



Enrique Jardiel Poncela
(1901 - 1952)

LOS LADRONES SOMOS GENTE HONRADA
(1941)

Comedia casi policíaca en un prólogo y dos actos

Circunstancias en que se ideó, se escribió y se estrenó LOS LADRONES SOMOS GENTE HONRADA

Nunca es más difícil conseguir un éxito como después de haber padecido un fracaso.

Y, sin embargo, nunca es más necesario conseguirlo.

Porque al que tiene éxito se le da siempre la razón, aunque no la tenga. Y el que fracasa no tiene razón nunca, aunque rebose de razón.

Estas perogrulladas iba yo pensando una tarde de finales de febrero de 1941, a la salida del teatro de la «Comedia», donde acababa de sostener una entrevista con Tirso Escudero.

He aquí la traducción de lo que Tirso y yo hablamos aquella tarde, claramente expuesto:

—*Querido Tirso: vengo a que hablemos muy seriamente.*

—*Usted dirá, Jardiel.*

—*Es a propósito de nuestro compromiso...*

—*¡Ah!*

—*...que, por mi parte, si usted quiere que lo suspendamos, estoy dispuesto a ello.*

—*¿Pero qué dice usted?*

—*Pues eso: que si usted quiere que deshagamos nuestro compromiso, estoy dispuesto a complacerle¹. Porque seis comedias son muchas comedias: y ya ve usted que no ha empezado con muy buen pie que digamos.*

—*¡Qué tontería! ¿Se refiere usted a lo ocurrido con la última obra?*

—*¡Claro!*

—*¿Y usted se piensa que yo voy a exigirle ni a usted ni a nadie que acierte siempre? Si yo buscara un autor que no se equivocara nunca, estaría loco, porque ese autor no existe. A usted le esperan éxitos muy grandes y fracasos igual de grandes también, como a todo autor de primera línea.*

—*Pero...*

—Déjese usted de historias y empiéceme cuanto antes la comedia nueva, que me va a hacer falta para el viernes que viene. ¿Tiene usted ya título?

—Creo que sí. Probablemente, Los ladrones somos gente honrada.

—Buen título. Muy gracioso y muy atractivo. ¿Habrá papel largo para Elvira?

—Espero que sí. Pero, de todas maneras, esta vez voy a preocuparme poco del reparto.

—¿Pues?

—Porque voy, ante todo, a ver si agarro un éxito económico de los grandes. Las experiencias del tipo de El amor sólo dura 2.000 metros no pueden repetirse mucho, pues usted mismo acabaría por perder la fe en mí.

—No. Eso, no. Porque...

—Bueno, yo me entiendo, Tirso. Yo me entiendo... A usted y a mí nos hace falta ahora una comedia muy brillante y muy estridente, y ¡hay que ir por ella!

—Bien; pues manos a la obra.

—Empezaré mañana mismo.

Este fue el diálogo a consecuencia del cual iba aquella tarde por la calle pensando las perogrulladas que han quedado advertidas de

NUNCA ES MÁS DIFÍCIL CONSEGUIR UN ÉXITO COMO DESPUÉS DE HABER PADECIDO UN FRACASO, y

SIN EMBARGO, NUNCA ES MÁS NECESARIO CONSEGUIRLO.

Pero estaba firmemente resuelto a lograrlo, y lo primero que había de tener en consideración para llegar a aquel fin era el tema de la futura comedia, el cual —forzosamente— debía reunir condiciones especiales de atractivo, de simpatía, de gracia, de interés y de popularidad.

Un par de días antes había rebuscado mentalmente entre las *células primarias* de argumentos que poseía «en almacén», y del primer golpe y sin dudar elegí una microidea cuya época de «catalogación» se elevaba a quince años atrás y residía latente en un cuento que publiqué en *Blanco y Negro* en 1926 con el título de *El poder de la imaginación*.

El asunto del cuento no era muy complicado, pero sí delicadísimo:

Una noche, en un baile dado en cierta «villa» veraniega, dos personas coinciden en salir a respirar aire puro a la terraza: él es un hombre de más de treinta años; la edad de ella ya no es tan fácil de determinar, pues en lo

físico revela una fragante juventud, pero su prestancia, su mirada y su personal aplomo denuncian la experiencia de una mujer madura; enlazada la charla entre ambos, la dama refiere una vida atormentada, de viajes extraordinarios, aventuras fantásticas y fabulosas peripecias; ha sido espía, estafadora, princesa consorte; ha derrochado fortunas; ha padecido terribles amores y los ha inspirado no menos terribles; ha atravesado por media Tierra como un vendaval apasionado y mórbido; lo ha visto todo, lo ha sentido todo y lo ha vivido todo; ahora está ya exhausta, quiere descansar, reclinar en algún regazo la agotada cabeza; el caballero — impresionado por el relato— se siente atraído por la «mujer fatal» que hay en la dama y esclavizado por el hechizo de su juvenil apariencia; la habla en voz baja; suspira; va probablemente a confesarle y a transmitirle sus sentimientos; pero entonces la dueña de la «villa» donde se celebra el baile irrumpe en la terraza y traba conversación con el caballero y con la dama. «¿Cómo? ¿No se conocen?», y los presenta: «El señor don fulano de tal..., mi hija Herminia, que acaba de salir del internado y a la que ponemos de largo hoy.» El caballero retrocede un paso estupefacto, clavando sus atónitos ojos en la colegiala que él tomó por una aventurera internacional; la niña tiene la vista fija en el suelo; por sus mejillas ruedan las lágrimas.

Este precioso cuento (ustedes perdonen que afirme que es precioso siendo mío, pero igual lo afirmaré si no lo fuese); este precioso cuento —digo— constituía indudablemente el arranque de una comedia, porque en él existía un tipo de mujer, el de la joven imaginativa: y basta un tipo de mujer, o de hombre, siendo bueno, para hacer una comedia. Y si a este tipo de mujer, de apariencia complicada y exótica, pero en el fondo inocente y colegial, se le unía un tipo masculino antitético, es decir, de exterior sencillo e ingenuo, pero en realidad vivido, experto, audaz y aventurero, la comedia ofrecía el porvenir máximo.

Desde el momento en que vi en aquel cuento mío la posibilidad de una comedia futura, decidí que el tipo masculino fuese un ladrón de guante blanco, que al acudir al baile lo hiciera con el propósito de «dar un golpe» en la casa, y que al enamorarse de la muchacha renunciara a su propósito. Después, y a consecuencia de eso...

Bueno: lo que a consecuencia de eso tuviera que ocurrir después... *era ya lo de menos.*

.....

Tan «era lo de menos», que en junio de 1936, después de estrenar en el

«Infanta» *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*, bajo el primitivo título de *Morirse es un error*, comencé la comedia basada en el cuento relatado, sin más idea ni más trama ulterior, con destino a la compañía de Arturo Serrano y denominándose: *Los encantos de la delincuencia*. Decidí entonces un prólogo y tres actos y construí el prólogo sobre el argumento y la acción del cuento, añadiéndole únicamente la idea complementaria de que «el caballero de la terraza» fuese un ladrón preparado a «dar un golpe» allí; y la de que el ladrón, seducido por la infantil ingenuidad de la dama, se enamoraba de ella y renunciaba, al final, a dar el golpe. Sólo que para enterar al público de ambas cosas era necesario algún personaje supletorio, y con ese objeto añadí otro ladrón —un ayudante, o «consorte», como se dice en la jerga carcelaria—, introducido como criado en la «villa».

El prólogo quedó, pues, terminado en aquella época con la intervención de cuatro figuras nada más: el ladrón, la dama, la madre de la dama y el «consorte» del ladrón; y en la última escena se insinuaba la posibilidad de que el ladrón y la damita se casasen más adelante.

Pero ya no pasé de allí. Comprometido con la «Cifesa» para realizar unas películas cortas en los estudios C. E. A., de la Ciudad Lineal, abandoné la comenzada comedia y me dediqué por entero a la nueva labor. Pero tampoco este trabajo estaba destinado a terminarse. Me hallaba una mañana enzarzado con la parte de *imagen* de mis «cortos», cuando alguien entró de pronto, agitadamente, en la sala de montaje, lanzando una frase de once palabras que nos dejó paralizados de estupor a cuantos estábamos presentes en aquel momento:

—Esta madrugada unos guardias de Asalto han asesinado a Calvo Sotelo.

Era el principio del fin.

Cuatro días después, el Ejército de África se alzaba en armas contra el marxismo gobernante; éste se revolvía, como una víbora pisada, contra el Ejército y contra los españoles de corazón que le seguían, y de allí en adelante, en la zona «gubernamental», se acabó todo trabajo decente, todo esfuerzo digno y toda vida civilizada.

El 18 de julio, tres forajidos y dos mujerzuelas me quitaron de mis propias manos el automóvil, ganado a fuerza de trabajo, de lucha y de esfuerzo.

Mientras se alejaban dentro de él, entre risotadas de burla, pensé:

—Es lo mismo, granujas. Las cosas pueden obtenerse robándolas; pero

cuando se han robado, no se conservan. Igual que lo habéis conseguido os quedaréis sin él para siempre. Y yo, trabajando, volveré, siempre también, a tener otro igual.

Un mes más tarde, el 16 de agosto, cinco milicianos —los fusiles y las pistolas por delante— se colaron en mi domicilio. Salí al pasillo en pijama.

—¿Enrique Jardiel Poncela?

—Sí.

—Tiene usted que venir a declarar.

—¿Adónde?

— Cuando lleguemos lo sabrá.

—¿De qué se me acusa?

—De esconder a Salazar Alonso.

—En mi vida he cruzado la palabra con él.

—Bueno; eso ya lo veremos. Vístase y véngase con nosotros.

Era la fórmula típica del «paseo». Con estas palabras, desde hacía ya veinte días —y luego, por espacio de meses—, se estaba sacando de sus casas a miles de hombres honrados para llevarlos a fusilar a cualquier cuneta del extrarradio.

Como se trata de contar la verdad, tengo que dejar dicho que, en virtud de no sé qué mecanismo interno, no me alteré en absoluto. Y que lo que aquella vez pensé fue únicamente:

—Pues si queréis verme asustado, vais listos.

Me vestí, pasé ante la fila de pistolas que me encañonaban en el pasillo y bajé, escoltado por la milicianada.

En los pisos altos de la casa oí a alguien que decía:

—Del principal se llevan a «uno»...

A la vuelta de la esquina aguarda un «Rolls» amarillo. Avanzamos en grupo, y justo en el momento de poner el pie en el estribo noté que la lengua se me pegaba al paladar y que me quedaba sin saliva. Pero no fue más que un instante, y al caer en el diván, entre dos milicianos que se colocaron a derecha e izquierda, volví a sentirme normal, y no sólo normal —extraños misterios del sistema nervioso—, sino inclinado a la burla.

—Buen coche, ¿eh? —exclamé sonriendo y pensando «así no es difícil

tener buenos coches».

—Sí. No es malo —contestó con el ceño fruncido uno de aquellos hombres.

Y dirigiéndose al que llevaba el volante, ordenó:

— ¡A Medinaceli!

Menos mal. No íbamos hacia el extrarradio. Para empezar íbamos a una «checa». Y no se habló más.

Llegamos al palacio de los duques de Medinaceli, convertido en «checa» en aquella época por las milicias socialistas de la «motorizada». Subimos por la suntuosa escalera del vestíbulo central, que ya empezaba a no ser suntuosa; me metieron en una salita-despacho con balcón al jardín, y me dejaron, mano a mano, con un miliciano de cara tan sumamente espantosa, que, a la primera ojeada que lancé sobre él, supuse:

—Este es un infeliz.

En efecto, era un infeliz, como todos los seres de cara demasiado espantosa. Al primer pitillo, la cara se le puso más espantosa aún: era que sonreía. Al segundo pitillo ya hablábamos como viejos amigos. Respecto a la guerra, que entonces empezaba y que había de durar tres años, el miliciano tenía opiniones absolutamente personales. Por ejemplo :

—Esto es cosa de diez u doce días.

—Con esto de las guerras pasa que los unos arrean unas veces y los otros arrean otras.

—En *esto* hay mucha traición, porque infinidá de veces avanza usted, un suponer, por el campo pensando que es de uno, y está plagao de «facistas».

—No hemos tomao Ávila, sin ir más lejos, porque los «facistas» han formao alrededor de las murallas un cinturón de mujeres y chicos.

—De Rusia nos van a mandar un aeroplano que lleva dentro de las alas otros aeroplanos más pequeños, pa soltarlos de pronto y pillar desprevenido al enemigo, con el que se va a acabar *esto* escapao.

—Los *del Alcázar* se rindieron ya el martes pasao, y eso que había dentro cuarenta mil hombres.

—En cuanto que tomemos al Alto del León, ya estamos en Coruña.

Etcétera, etc.

Le llevé el aire, y al cuarto o quinto pitillo logré que hablásemos de mi

caso. No sabía mucho, pero sabía algo.

—Usted ya está arreglado con la de denuncias que tiene...

—¿Hay muchas denuncias contra mí? —indagué.

—¡Uf!

—¿Se reciben muchas denuncias diarias?

—Aquí, unas tres mil un día con otro.

—Yo que ustedes las rompía todas sin leerlas.

Se sonrió con aquella deliciosa expresión que le caracterizaba de orangután de Borneo para decir de un modo despectivo y suficiente:

— ¡Claro! Usted, sí. Tos lo de la cuerda de usted romperían las denuncias pa librar el pellejo y...

Le atajé bruscamente, poniendo en el gesto y en el tono toda la grosería, toda la chulería, toda la superioridad y toda la acometividad que me fueron posibles; y bajando la voz, para mayor efecto:

—No sea usted animal. Yo no digo que rompería las denuncias para librar el pellejo, porque a mí me sobran agallas para morir yo o para cargarme un tío si se tercia.

—¿Eh? —susurró él.

—Digo que rompería las denuncias porque son todas falsas.

—¡Sí, falsas!—replicó con desdén y empezando a mirarme de mala manera.

Seguí, convencido de tenerlo ya en el bolsillo, a pesar de todo, y siempre hablándole en su «idioma»:

—El que denuncia es un cobarde que quiere matar a un enemigo y no se atreve a hacerlo de cara *por sí las moscas*; y con el truco de la denuncia consigue que se lo maten ustedes sin molestias y además gratis.

Mi hombre sufrió una conmoción mental y se quedó con la boca abierta, en silencio. Hacía tanto tiempo que aquellas desgraciadas gentes no oían más que mentiras idiotas, que el peso de una verdad, asestado de pronto, era superior a sus fuerzas. Me aproveché de su esperado estupor para remachar el clavo con un martillazo más:

—Y así resulta que ustedes están matando enemigos de desconocidos, no enemigos propios; es decir: están ustedes matando, seguramente, inocentes.

Hubo un larguísimo silencio. El miliciano, al cabo de mucho rato, exclamó de pronto, mirándome recto a los ojos y quizá asaltado por una sospecha:

—¿Usted está sindicao?

—No —contesté—. Yo no estoy sindicado. Yo soy un trabajador libre.

Volvió a aparecer en su rostro el desdén hostil que apareciera antes.

—¿Trabajador? ¿Y usted en qué trabaja?

—Escribo comedias y novelas.

El miliciano arrugó el ceño, como si no conociera el significado de aquellas palabras. Yo busqué en mi interior el título de mi comedia más popular, y agregué:

—¿No vio usted una *función que echaron* en «Cervantes», y que se llamaba *Usted tiene ojos de mujer fatal*? Pues esa *función* la inventé yo.

Mi hombre cambió su gesto por una expresión de asombro; me contempló minuciosamente de arriba abajo, y, por fin, dijo:

—¡Ah!

Y ya no volvimos a cruzar la palabra.

Las horas pasaron lentas y densas en la soledad de la salita-despacho. Al cabo, la puerta se abrió y entró otro miliciano de aspecto bastante menos cerril. Mi «amigo» se apresuró a llevarse a un rincón al recién llegado, y allí cuchicheó largo rato con él. Como final de la conversación, el que acababa de entrar avanzó hacia mí y me preguntó:

—¿Y usted por qué esta aquí?

—Porque me han sacado a la fuerza de mi casa esta mañana, pistola en mano y me han traído en un coche. Parece ser que se sospecha que escondía en mi domicilio a Salazar Alonso.

—¿Y no es verdad?

—Yo no conozco a Salazar Alonso más que de fotografía. Pero, en fin: no lo conozco porque ha dado la casualidad de que nadie me lo ha presentado, pues si hubiésemos coincidido en algún lado con un amigo común de los dos, ahora sería yo amigo suyo. ¿Y eso qué demostraría?

Nuevo silencio.

—¿Y por qué más le han traído a usted?

—Este (y señalé al miliciano primero) dice, que, además, hay muchas denuncias contra mí.

—¿Y de qué le acusan en esas denuncias?

Terció el primer miliciano, tomando la palabra:

—De que *aquí* (señalándome a su vez) es «fascista».

—¿Y usted qué dice a eso?

—Que me juego la cabeza a que esas denuncias están firmadas por compañeros de oficio, que me aborrecen y que desean que ustedes me quiten de en medio cuanto antes.

—¿De quién sospecha usted?

—De Fulano, Mengano y Zutano.

Y di tres nombres de redactores de un popular diario de la noche.

Un interrogador revolvió en un gran montón de papeles y me preguntó sin levantar la vista de ellos:

—¿Qué nombres ha dicho?

—Fulano, Mengano y Zutano.

Una pausa.

El miliciano volvió a dejar los papeles sobre la mesa y murmuró:

—Está bien.

Dio media vuelta y se encaminó a la puerta, desde la que añadió antes de irse:

—Ahora vendrá el comandante.

—¿Y quién es el comandante?—le pregunté al miliciano de la cara espantosa.

—Puente. El comandante Puente, de las milicias socialistas.

Era la primera vez que oía yo aquel nombre.

—¿Y es militar?—insistí.

—Claro. Es comandante de las milicias socialistas.

—Digo si es militar de oficio.

—No. De oficio es panadero.

El «comandante» Puente tardó aún en presentarse una hora larga. Por fin

hizo irrupción andando de prisa, desparramando autoridad y seguido de dos o tres más. *Mi miliciano*, al surgir los nuevos personajes, quedó convertido en un mueble con patillas. Puente era un hombre joven y rubio; vestía de uniforme y llevaba una pistola al cinto. Daba la sensación de hallarse muy satisfecho de sí mismo. Cruzó la estancia sin mirarme siquiera y se instaló detrás de la mesa, de espaldas al balcón. A su lado, de pie, quedó un joven moreno, con aire de empleado de Banco o algo así. Entre los acompañantes de Puente figuraba el que mandaba el piquete de milicianos que había ido a buscarme a casa; pero volvió a marcharse en seguida de entrar.

Durante diez minutos largos Puente revisó los papeles desparramados sobre la mesa con una cara tan seria y un entrecejo tan excesivamente fruncido, que empecé a sospechar que no leía nada y que en realidad estaba *pasando* todo el rato para mí y para sus hombres. En esto, la puerta se abrió y asomó un miliciano.

—¿Qué hay?—dijo Puente.

—El chófer de la marquesa de ***, que viene a poner a nuestra disposición los tres coches de la casa —contestó el miliciano.

—Bueno; que se queden aquí los coches —ordenó Puente—. Y al chófer le asustáis un poco y luego le dejáis marchar.

El miliciano sonrió; todos sonrieron; yo sonreí también.

Sólo que la sonrisa de ellos quería decir: «¡Qué bromas tan graciosas se le ocurren al comandante!», y la sonrisa mía significaba: «Ahora, después de veros en la intimidad, ya estoy seguro de que perdéis la guerra.»

Pasaron otros diez minutos, y, al fin, Puente cruzó unas palabras con el joven moreno y se encaró conmigo:

—Y siendo usted escritor —preguntó—, ¿no está usted sindicado?

—No.

—Pues la Sociedad de Autores pertenece a la U. G. T.

—Los empleados administrativos, sí; los autores no pertenecíamos a nada. Yo no me he sindicado jamás.

—Pero se sindicará usted ahora...

Dudé qué contestar, pero decidí seguir en la actitud firme y sin paliativos de siempre.

—No he pensado nunca en sindicarme —dije—. Y ahora, menos que nunca.

—¿Cómo dice usted? —borbotó el comandante.

—Que no he pensado nunca en sindicarme, y ahora menos que nunca —repetí—. El que se haya sindicado antes pudo haberlo hecho por ideas; el que se syndique ahora lo hará únicamente por serles a ustedes simpáticos o por miedo. Yo no me sindicaré².

Un brusco silencio siguió a mis palabras. De pronto, Puente volvió a tomar la voz cantante para advertirme:

—Se dice que tiene usted amigos que son de Falange y otros que son de derechas.

—Es muy posible —contesté—, porque el círculo de mis amistades es grandísimo y yo no he preguntado nunca a mis amigos a qué partido político pertenecían. Lo que sí puedo afirmarle desde ahora es que los peores amigos que tengo, los más cobardes, y peor intencionados, son de izquierdas.

—¿Cómo?

—Porque de izquierdas son los que me han denunciado.

El joven moreno de la cara de empleado de Banco se inclinó a su oído y le habló en voz baja al «comandante».

Ambos discutieron un cuarto de hora; tal vez más tiempo aún, sin que ni una sola palabra llegase hasta mí.

Por último, el «comandante» me dijo bruscamente:

—Vamos a mandarle a usted a su casa...

Creí haberle entendido mal, pues en todo aquel diálogo se habían razonado cuestiones que, sin duda, requerían más de una explicación³. Pero no había entendido mal, por cuanto mi interlocutor se apresuró a repetir:

—Vamos a mandarle a usted a su casa por ahora.

—Lo celebro —contesté—, porque la congoja en que estará mi familia debe de ser terrible.

—Puede usted telefonar tranquilizándoles.

No me hice repetir la invitación. Y desde el mismo teléfono del panadero-militar llamé a los míos, asegurándoles que estaba bien y que regresaba a su lado. Puente me advirtió a continuación:

—Mañana irán otra vez a buscarle para nuevos interrogatorios.

—Pues le agradecería, para evitar un nuevo susto allí, que no fueran a mi casa. Que vayan al café «Europeo», donde estaré trabajando.

—Bien —dijo el «comandante».

Hizo un gesto el miliciano de la cara espantosa, y éste abrió la puerta de la salita. Salí, y la puerta se cerró detrás.

Unos momentos después estaba en la calle.

.....

Desde aquel mismo instante empecé a tener miedo.

.....

Insondables misterios de la psicología y del sistema nervioso.

¿Por qué conservé aquella sosegada indiferencia dentro de la *checa* de Medinaceli, donde todo pudo haber ocurrido? ¿Y por qué al cesar el riesgo de mi permanencia entre los milicianos me invadieron la preocupación y el temor?

No sé. Pero así fue, y como repito que aquí estamos para decir la verdad, no hay más remedio que apuntar el fenómeno; desde que salí de la *checa* de Medinaceli, hasta lograr abandonar Madrid, muchos meses después, tuve ya siempre miedo; verdadero miedo; escrito lisa y llanamente: MIEDO.

No obstante, sin decirles nada a los míos, cogiendo un puñado de cuartillas cualquiera, y haciendo un esfuerzo violento sobre mi miedo, a la siguiente mañana me fui al café «Europeo», dispuesto a *trabajar*.

Me senté ante una mesa próxima a uno de los ventanales, extendí las cuartillas, desenchufé la pluma ¿Qué cuartillas eran las que había cogido? El lector lo habrá adivinado ya. Eran el *Prólogo* de la iniciada comedia «*Los encantos de la delincuencia*».

Pero, naturalmente, no trabajé absolutamente nada, ni creo que nadie hubiera sido capaz de trabajar en mi caso: sentado en un café, en el verano de 1936, en Madrid y aguardando la llegada de unos milicianos para ser llevado por segunda vez a la «checa» de Medinaceli... Pero había que seguir dando la sensación de indiferencia. Y durante un par de horas hice que trabajaba: copié de nuevo varias *réplicas*, corregí otras: eso fue todo.

A la una, el corazón me dio un fuerte brinco dentro del pecho.

Acababa de ver a mis milicianos, que se habían apeado del coche, acercarse al ventanal que quedaba a mi izquierda y contemplarme al través del cristal...

Apresuradamente comencé a escribir. Mi pluma galopaba por el papel. Ellos seguían mirándome. Después se pusieron a deliberar en la acera. Yo escribía cada vez con más furia. Luego volvieron a contemplarme. La pluma corría a más y mejor. Por fin, se separaron de la ventana; regresaron lentamente al coche. Y yo continuaba escribiendo con ansia. Aún discutieron algo entre sí. Y yo escribía, escribía. Por último, entraron en el coche, cerraron y se fueron *boulevard* abajo. Dejé caer la pluma, con un suspiro profundo.

He aquí lo que había escrito en todo aquel tiempo:

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

*Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.
Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.
Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.
Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.
Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.
Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplí-
simo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo
vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo
vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo
vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestí-
bulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de
la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa
del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del
padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre
de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de
Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de
Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de
Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de
Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Her-
minia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia,*

en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid. Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.

No podía decirse que con aquello avanzase mucho la comedia, pero mi actitud había alejado para siempre a los milicianos. (Un hombre que escribía tranquilamente en un café era —en el verano de 1936, en Madrid— un hombre que no tenía miedo. Y un hombre que no tenía miedo —en el verano de 1936, en Madrid— era un simpatizante del marxismo.)

Y también era indudable —y esto, indudable de veras, que, gracias a mi *trabajo* de aquellos momentos en que los milicianos me contemplaron desde el ventanal, el lugar de acción del primer acto de la obra quedaba resuelto:

AMPLÍSIMO VESTÍBULO DE LA CASA DEL PADRE DE HERMINIA, EN MADRID.

* * *

Todavía, en dos ocasiones distintas, volví a recurrir al dichoso prólogo, a saber:

1937: Buenos Aires, recién salido de zona «roja». —Nueve conferencias de tema libre, contratadas en la Radio. (La cuarta conferencia fue el prólogo en cuestión, con el título de *El golpe de mano*.)

1939: Barcelona, a poco de la Liberación. —Una novela corta, pedida para la revista «Los Novelistas», la constituyó también el prólogo de la comedia empezada, titulándose en esta ocasión *Diez minutos antes de la medianoche*.

* * *

Y en fin, aquella tarde de febrero de 1941, después de mi conversación con Tirso Escudero, por cuarta y última vez me puse a la mesa, cara a cara, con el resobado prólogo, decidido a convertirlo definitivamente en una comedia

lo suficientemente atractiva, simpática, graciosa, interesante y popular, para que, al ser estrenada en el coliseo de la calle del Príncipe, constituyese un éxito excepcional, capaz de hacer olvidar a todo el mundo el fracaso de *El amor sólo dura 2.000 metros*.

Mi mesa de trabajo estaba instalada en esta circunstancia en el café «Cóndor», plaza de Santa Ana, entrando a la izquierda, en el fondo. Y he aquí lo que, sentado en aquella mesa y ante las cuartillas del prólogo, resolví en la primera tarde de labor:

PRIMERO. Cambiar el título primitivo por el últimamente ideado, a todas luces mejor, más ingenioso y más brillante: *Los ladrones somos gente honrada*; y hacer dos actos en vez de tres.

SEGUNDO. Partir de la idea final del prólogo —el ladrón enamorándose de la dama y renunciando por ello a «dar el golpe»—, para presuponerlos a ambos ya casados en el principio del primer acto.

TERCERO. Ya convertido el ladrón en hombre honrado, por matrimonio con la dama, enfrentarlo dentro de su nuevo hogar con otros ladrones, antiguos compañeros suyos.

De esta última idea brotaron en seguida cinco *consecuentes*:

- A) Que los ladrones amigos del protagonista fueran dos pobres diablos de la «profesión».
- B) Que acudieran a robar a casa de su antiguo compañero.
- C) Que éste les sorprendiese en el trance, afeándoles su conducta.
- D) Que se enterase de ello el suegro del ladrón, y que éste, para no descubrir su verdadera filiación, presentara los dos «cacos» como parientes venidos a menos.
- E) Que los dos se instalasen definitivamente en la casa, con todas las consecuencias, la principal de las cuales era que acabasen por proceder ellos también honradamente.

Y por antítesis humorística de esta última consecuente brotaba fácilmente una idea-clave; a saber:

Que los tres ladrones resultasen honrados y que los personajes

aparentemente honrados fueran en la realidad delincuentes, a los que los otros desenmascarasen en sus fechorías.

Para un primer día de trabajo no podía pedirse más: allí estaba ya toda la comedia.

Porque únicamente faltaba por idear las fechorías de los dueños de la casa, y eso «ya iría saliendo»...

... ..

A la mañana siguiente empecé el arreglo del prólogo, elevando el número de sus intérpretes de cuatro a seis, con la introducción de los «chorizos» *El Tío del Gabán* y el *Castelar*. Los dos nuevos personajes quedaron ya, en su breve intervención del prólogo, teatralmente definidos.

A continuación la emprendí con el primer acto estampando unas palabras que quizás el lector ya conoce...

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Amplísimo vestíbulo de la casa del padre de Herminia, en Madrid.

¡Pero en qué diferentes circunstancias las escribía ahora!

Y durante días y días trabajé sin levantar cabeza.

* * *

Entretanto se había estrenado en la «Comedia» la obra cómica titulada *La casa de los brujos*, de Antonio Quintero y Pedro Pérez Fernández, con Elvira Noriega y Mariano Azaña a la cabeza del reparto, y que tuvo un buen éxito inicial, pero que no era la comedia arrolladora que aguardaba Tirso, por lo cual el primero de marzo empezó ya a meterme prisa.

Como de costumbre, seguí trabajando a mi velocidad normal, sin hacer caso de sus excitaciones a la rapidez, las cuales fueron aumentando progresivamente con el paso de los días, lo que probaba que el público no se daba de cachetes ante la taquilla de la «Comedia» por ver a la Noriega y a Mariano Azaña en sus creaciones.

En el interregno se había despedido de la compañía Eloísa Muro, y Tirso la sustituyó contratando a Consuelo Nieva, hermosa mujer y excelente actriz, a la que mentalmente dediqué de antemano el papel de *Germana*. Ya el primer acto empezaba a dar las boqueadas, y había que ir pensando en el «reparto», que —por otra parte— no era muy complicado, a saber: la Noriega, *Herminia*; para Orjas y Miguel Gómez Castillo, los dos ladrones de vía estrecha; el suegro, Monsell, actor modelo de disciplina y de comprensión; el galán, Lemos; y a Pepe Rivero le destiné desde el primer momento el falso mayordomo, que después había de llamarse *el Pelirrojo*, y que entonces llamé *el Chino*, porque así era como denominábamos en la intimidad al entonces primer actor de la «Comedia», por su eterna *cara de poker*, impenetrable e inalterable. Los demás papeles se distribuirían entre la salada Conchita Fernández, que haría la doncella «llorique»; María Zaldívar, Amelia Noriega, Gutiérrez, Fernangómez, Hidalgo, Mallén y Ayora. En cuanto a Mariano Azaña, quedó tachado de la lista para que pudiera consagrarse al turismo contemplativo, que tan ganado se tenía desde mi estreno anterior.

El día 8 de marzo concluí el primer acto de *Los ladrones somos gente honrada*, se lo llevé a Tirso, junto con el prólogo, y se dieron a copiar manuscritos.

El 10 leí a la compañía.

Fue un fracaso completo. Nadie se sonrió ni durante la lectura del prólogo ni durante la lectura del primer acto. Es decir: a nadie le gustó ni uno ni otro. El galán, Lemos, al darse cuenta de la longitud de su papel, se animó algo. Orjas me pidió que le dejase el ejemplar para leerlo.

—Porque no me he enterado de la comedia, don Enrique —me confesó.

Y únicamente Monsell y Paquito Gutiérrez Galván, el apuntador, me dijeron:

—Va a ser un éxito muy grande.

—Sí; indudablemente va a serlo —les contesté—, porque, como veis, no le ha gustado a nadie⁴.

Al acabar, todo el mundo se apresuró a salir corriendo, a divulgar por el mundillo teatral el clásico: «¡Menuda nos van a dar con la obra que nos han leído!», propio de estos casos.

Me quedé solo en el escenario con Manolo González.

—Bueno: ya ha visto usted —le dije—; se han ido hechos polvo...

—¿Y cómo quiere usted que se vayan, si no ven más allá de sus narices? —replicó González.

—Entonces, ¿a usted le ha gustado esta primera parte?

—A mí me ha parecido muy divertida y muy interesante.

—Eso creo yo; y, después de este espectáculo, ya casi estoy seguro del éxito, y no le oculto que me voy contentísimo.

Reímos y nos marchamos juntos a tomar café al «Cóndor», a hablar de los decorados y del *atrezzo*.

.....

Los ensayos comenzaron al día siguiente, bajo la dirección de González.

En cuanto a mí, tenía bastante con trabajar en el acto segundo y deshacer la madeja de misteriosos acontecimientos que había dejado liada al final del primer acto, y de cuyo desenvolvimiento y solución no poseía en aquellos momentos la más mínima idea.

Conforme pasaron los días y el acto avanzaba, la madeja se liaba más, y el 18 de marzo aún no sabía yo si *el Chino (el Pelirrojo)* luego) era o no un traidor, ni quién había disparado desde el jardín durante el concierto de *Conchita*, ni qué pito tocaba *Díaz* en todo aquel asunto, ni quién era la dama que se hacía pasar por *Doña Andrea*. Pero la necesidad de resolver esto último —es decir, el misterio particular de *Herminia*—, obligándome a imaginar que *Teresa* era la madre vergonzante de la muchacha, me llevó como sobre ruedas a solucionar lo demás.

El día 19 ya estaba todo claro en mi interior: *Teresa* y *Díaz* eran los indignos padres de *Herminia*, a la que *Arévalo* había prohijado, y cuya fortuna —legada a *Herminia* por el hermano de su madre— estaba *Felipe* dilapidando arrastrado a ello por *Germana*. *Díaz* había ido a la casa a exigirle a *Arévalo*, bajo amenazas de muerte, la entrega del dinero de su hija, que *Felipe* tenía aún en su poder; y *Teresa*, haciéndose pasar por el ama de llaves asesinada, había estado, hasta ahora, intentando abrirle los ojos sobre la verdad a *Herminia*, para que se apoderara de los restos de la fortuna que le pertenecía; y en esta empresa la ayudaba *el Chino (el Pelirrojo)* luego) por pura hombría de bien. Por su parte, *Germana*, valiéndose de la sugestión amorosa que ejercía sobre *Antón*, trataba de que éste se apoderase del dinero y huyera con ella y con los fondos, ante el

dolor y la indignación de *Adelcisa*, enamorada, a su vez, de *Antón*. Por lo que afectaba a *Doña Andrea*, había muerto, intoxicada con pantopón, a manos de *Díaz*, para evitar que denunciase a la Policía toda la verdad, que conocía y que amenazaba con revelar. En cuanto a *Menéndez*, era un agente enviado por la Brigada de Investigación para esclarecer los hechos por denuncia del vecino de la «villa» de al lado, el *Doctor Laredo*.

Llegado a estas conclusiones, retrocedí al prólogo y al primer acto un par de veces para introducir en ellos antecedentes justificativos, y seguí —ya el terreno desbrozado— hasta volver a detenerme momentáneamente en las últimas escenas. Porque, al llegar allí, *era preciso un acontecimiento extraordinario* que elevase al máximo el interés de toda la comedia, justo en el instante en que ésta iba a terminar. Sin *este acontecimiento extraordinario, surgiendo en los últimos instantes de las comedias, no hay gran éxito posible*. Apréndanlo y no lo olviden los autores noveles. En España, en el oficio teatral español, no existe palabra propia que exprese ese *acontecimiento final imprescindible en las comedias*. En inglés, sí. En inglés se llama *clímax*; y al especial cuidado de idearlo y aplicarlo siempre se deben todos los éxitos, por ejemplo, del cine norteamericano, pues en Hollywood no se ignora esta verdad axiomática, que sería muy conveniente que grabaran en su mente los jóvenes autores españoles:

EL ÉXITO DE UNA COMEDIA O DE UNA PELÍCULA DEPENDE DE SUS ÚLTIMOS DIEZ MINUTOS.

En ninguna de mis comedias falta el *clímax*; y cuando el *clímax* estuvo bien elegido, el éxito fue rotundo, y fue menor o no existió el éxito cuando el *clímax* falló por debilidad de imaginación o por concepción equivocada⁵.

Estaba a 22 de marzo y seguía sin hallar el *clímax* apetecido para mis «Ladrones». Por fin, el día 23, afeitándome, lo cacé entre la selva de mil ideas nacidas y rechazadas a poco de nacer; era sencillo y de extraordinario efecto, como todo lo sencillo: se reducía a solucionar la comedia por medio de un disco de gramófono, en el cual hubieran quedado impresas todas las escenas que el público no conocía, por suponerse ocurridas durante el entreacto. Para ello no había sino darle la vuelta al personaje llamado *Menéndez*, y que en vez de ser un pobrecillo inepto para su profesión policíaca, fuese, por el contrario, un hábil policía que hubiera fingido la tontería y la ineptitud.

Puse manos a la obra, y en cuarenta y ocho horas la comedia quedó terminada. El 24 de marzo, por la tarde, eché el telón final de *Los ladrones somos gente honrada*. La había escrito en veinticinco días y medio.



Si el prólogo y el primer acto gustaron poco en la lectura a la compañía titular de la «Comedia», menos gustó aún el segundo y último acto. Aquello fue tan triste y tan negro como una visita de pésame en el Níger, y sólo bajo juramento podía creerse que se trataba de la primera audición de una comedia cómica que, justamente un año más tarde, había ya recorrido triunfalmente todos los escenarios de España.

El «desfile» de las actrices y actores se celebró esta vez aún más rápidamente, si cabe, y ya al llegar al vestíbulo, sin esperar siquiera a instalarse en los cafés, se oyeron los comentarios que cabía esperar de las caras, de las actitudes y de las miradas y sonrisitas despectivas sorprendidas y observadas durante la «lectura».

En este acto ni el galán Lemos tuvo ocasión de animarse al ver la longitud de su papel, pues en el segundo la actuación suya era mucho más breve que en el acto primero: por lo que se apresuró a unirse a la fila india del «desfile», pasando inmediatamente a ser uno más entre los detractores de la comedia que aguardaban el fracaso como se aguarda la lluvia en abril: impepinablemente.

Conque seguimos creyendo en la obra Manolo González, el actor Monsell, el apuntador y un servidor de ustedes... *Pas plus!*

Yo estaba ya —al llegar a este punto— absolutamente seguro de haber logrado lo que me proponía: una comedia atractiva, simpática, graciosa, interesante, y, por lo tanto, popular. Y logrado todo esto, el éxito era matemático.

Pero miento... Otro hombre aún creía ciegamente en el éxito futuro de *Los ladrones somos gente honrada*: mi padre. El cual me dijo después de leerla:

—Si esta comedia no gustase, podías retirarte de la profesión. Pero gustará. Y te producirá en el primer año veinte mil duros.

—Con que produzca doce mil, me conformo —le contesté.



Puesto Burmann a la tarea de pintar el decorado, sólo me quedaba cuidarme

del *atrezzo*, que esta vez se redujo a fabricar tres pistolas; a encargar los numeritos de música que *Monchita* canta en el principio del segundo acto, y a grabar el disco de gramófono con que la obra concluye.

Para la música llamé a Pepe Rivera, un joven lleno de porvenir, con el que ya había trabajado al hacer *Mauricio, o una víctima del vicio*, el cual me compuso rápidamente las dos graciosas intervenciones musicales que completan la comedia.

En cuanto al disco, me puse al habla con la casa «Columbia», y en una mañana, en el viejo edificio del «Forteen», de la calle del Barco, quedó grabado para un tiraje de veinte copias.

Los ensayos continuaron a toda marcha, y una tarde pasé al teatro a dar un vistazo. Era un espectáculo irresistible. Nunca, a lo largo de mi carrera teatral, había presenciado ni había de presenciar tanta descortesía, tanta hostilidad, tan inicua actitud de desdén hacia mí y hacia una comedia mía como la que testifiqué aquel día en que acudí a presenciar ensayos de *Los ladrones somos gente honrada*. Convencidos todos del fracaso, con las únicas excepciones ya enunciadas; apoyados para creerlo —por contera— en el fracaso de la obra anterior; persuadidos, quizá, de que con el hundimiento de esta comedia iba a terminar para siempre mi actividad en aquel escenario; unidos la mayor parte de los intérpretes alrededor de Elvira y Amelia Noriega —descontentas por igual de sus papeles— en una tácita ofensiva contra mí, tuve la sorpresa de ver como se me insolentaban actores siempre disciplinados —Miguel Gómez Castillo, por ejemplo—, a quien le aguardaba, sin embargo, el mayor triunfo personal que pudiera apetecer.

Era demasiado para mis nervios, y decidí no soportarlo, porque disponía de una solución: retirar la obra; pero ni me lo permitía, sin suscitar un conflicto, el compromiso establecido con Tirso Escudero, ni me convenía después del tropiezo de *El amor sólo dura 2.000 metros*. Había que aguantar y obtener un éxito ruidoso que dejase sin habla a todos los conjurados. Pero para aguantar allí, a pie firme, un día y otro, hacía falta demasiada paciencia, y yo había agotado la mía en aquella única sesión. Se lo dije a González al salir:

- Usted comprenderá, Manolo, que esto no hay quien lo soporte.
- No, señor; no hay quien lo soporte. Pero no venga usted por aquí.
- No pienso volver hasta los ensayos generales.

Y no volví. Me aislé de nuevo en «Cóndor», dedicado a componer una

conferencia sobre Teatro que debía inaugurar un ciclo organizado por la Sociedad de Antiguos Alumnos de San Antón, y era González quien todas las tardes, al acabar el ensayo, iba dándome noticias de la marcha de todo. Una de esas tardes me habló de la conveniencia de variar el reparto, vista la importancia que en el acto segundo había adquirido el personaje *Menéndez*, entregado al principio a Fernangómez. Me pareció imprescindible el cambio; Fernangómez pasó a hacer *el Chino*, y Pepe Rivero se encargó del *Menéndez*. Con la nueva combinación, el apelativo de *Chino* ya no tenía base, y la circunstancia de ser pelirrojo Fernangómez me movió a bautizar de *Pelirrojo* al mayordomo, con lo cual los actores que más tarde hicieron la comedia por provincias tuvieron que ponerse peluca, y al pasar la obra al cine, pintarse el pelo de amarillo.

Nos hallábamos ya en abril. El Sábado de Gloria había comenzado la temporada de primavera en el teatro de Tirso Escudero con la reposición de *Lo increíble* y entradas muy flojas. Urgía estrenar.

El 17 volví por la «Comedia», di el visto bueno a la dirección y montaje de González, que eran excelentes, y nos dedicamos ambos, ya juntos, a perfilar los últimos detalles y a ensayar el altavoz y el *pick-up* «Philips», a quienes estaba encomendado hacer llegar al público, amplificado, el disco de gramófono. Ajustamos esta última escena, que no dejó de plantearnos dificultades por el entreverado de voces humanas y voces de disco, y, después de varias pruebas, instalamos el altavoz en el reloj de pared del foro, de frente al público.

El día 23 todo estaba ya listo, y el 24 celebramos el ensayo general definitivo.

Resultó admirablemente bien, pero falló el altavoz. Y los pocos que asistieron al ensayo, bajo aquella mala impresión final, quedaron convencidos de que íbamos de cabeza a una catástrofe. No creía yo semejante cosa, sino precisamente lo contrario, pero el altavoz tenía que funcionar por fuerza.

—Si no logramos que funcione, no hay estreno mañana —resumí.

Al día siguiente, recién levantados, fui al teatro con González, y nos pusimos a la tarea de hacerlo funcionar. A la hora de comer seguimos trabajando. A las cuatro de la tarde el altavoz funcionó.

.....
.....

Desde el miércoles 23 no había ya localidades para el estreno de *Los ladrones somos gente honrada*.

El viernes 25, a las diez y media de la noche, el teatro fulgía.

Se alzó el telón. Pasaron los primeros instantes de expectación y de reserva atenta, y estalló el éxito —mutis aplaudidos, frases ovacionadas—, que ya no debía acabar sino cerca de las dos de la mañana.

Fue un triunfo tan abundante, que alcanzó a todos, chicos y grandes.

—¡Claro! Con una compañía así... —decían por los pasillos los que no quieren reconocer ni las verdades patentes—. Con actores de la talla de ese rubio que hace el mayordomo...

El «rubio» en cuestión, el «actor de talla» había sido meritorio hasta el año anterior, y en aquel momento cobraba tres duros.

Así se escribe la historia en el Teatro cuando quien la escribe la ve únicamente desde la butaca, ajeno a toda interioridad, y no sabe nada de nada, creyendo saber de todo.



Los críticos reconocieron el éxito; unos, como *El Tebib Arrumi* y Marquerie, sin paliativos y señalando todos los méritos de la comedia; otros, yéndose por los cerros de Úbeda, en su *buen deseo* de quitarle toda la importancia posible al indudable y completo acierto.

Entre éstos —¿cómo no?— se hallaba mi adorado y despistado amigo don Cristóbal de Castro —de la buena sociedad antidiluviana—, el cual sostenía que los personajes de la comedia tenían bula para hacerlo todo sin justificar nada, falsedad manifiesta, pues todo cuanto los personajes hacían estaba justificado reiterada y claramente, y ¡ay de mí de no haber sido de esa suerte!... Pero este buen señor, con su manía de volverse de espaldas al escenario durante la representación, no se enteraba de las cosas más que a medias. Hablando de Orjas añadía que había estado «gracioso *en facha* y *fecha*.» En facha y fecha... ¿Sabría lo que escribía ni lo que quería decir al escribir el imponderable don C. de C.?

En cuanto a Igoa, aun elogiando la comedia, olvidaba en tal ocasión su

frecuente claro juicio al empezar su crónica con estas palabras inverosímiles en un hombre de su discreción: *Si bien no es demasiado difícil armar una comedia policíaca...* Cuando realmente, tratándose de una trama eficaz no hay en el teatro nada, pero nada, más difícil de hacer que lo que Igoa reputaba como fácil.

Obregón, incluido también en el grupo de los que quitaban hierro al éxito, pequeñez y cicatería tan suyas, escribía varias toninadas, como de costumbre, y repetía una vez más, creyendo, sin duda, hacerme con ello un gran daño, la risible insidia de que yo no había escrito nunca más que fragmentos de comedias.

Ródenas salía del paso con cuatro camelancias acerca de lo disparatado del tema, demostrando una vez más que la silla de Aristarco solvente seguía vacía en su redacción desde que la abandonara Araújo Costa.

Y don Jorge de la Cueva, el ilustre crítico-autor, decía —agárrense ustedes bien, señores— que *con arreglo al procedimiento de construcción inversa usado por Conan Doyle en sus novelas, es sencillísimo imaginar una intriga interesante*. No se me alcanza cómo a don Jorge de la Cueva le puedan ser tan familiares los procedimientos de construcción usados en la intimidad de su cuarto de trabajo por Conan Doyle, aunque quizá el novelista victoriano pudo comunicárselo, como amable y amistosa expansión, en uno de los infinitos viajes hechos a Edimburgo, cada lunes y cada martes, por don Jorge de la Cueva, que, como todo el mundo sabe, se pasa la vida en Escocia. Pero suponiendo que, en efecto, Conan Doyle hubiera escrito sus novelas valiéndose de tan grosero mecanismo, y no siendo difícil, aplicando ese sencillo truco, realizar una intriga interesante, ¡Santos Cielos!, ¿por qué no se valía de él el propio señor Cueva, cuando actuaba de autor, para darles algún interés a sus comedias? ¿O es que, tal vez, lo verdaderamente difícil es escribir comedias, sin interés ninguno, y el señor de la Cueva seguía deliberadamente el camino difícil?

En fin: sin excepción, todos los críticos, hasta estos últimos, declararon que la obra había gustado; y, en el fondo —perdidas ya por completo las esperanzas de oírles decir alguna vez algo sagaz o inteligente— ya me conformaba con eso.

.....

¿Y mi propia opinión?

Ahí va.

Los ladrones somos gente honrada no es, ni mucho menos, mi mejor comedia; ni siquiera la incluyo en el grupo de las más próximas a la perfección, como son —por ejemplo— *Un marido de ida y vuelta*, *Las cinco advertencias de Satanás*, *Angelina*, *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*, *Eloísa está debajo de un almendro*, *Madre (el drama padre)* y *Blanca por fuera y Rosa por dentro*.

Es —pura y simplemente— una comedia ingeniosa y construida con la máxima habilidad técnica. Es una comedia escrita *para gustar*. Y desde ese exclusivo punto de vista, mi acierto no podía ser más grande, pues gustó, gusta y gustará mientras el Teatro sea Teatro y el público sea público.

* * *

— ¡Bueno, don Manolito! —le dije al día siguiente del estreno a González, mientras intercambiábamos un estrecho abrazo de mutua felicitación—. Nos hemos salido con la nuestra de lograr un éxito excepcional...

—Sí, querido. Nos hemos salido con la nuestra de lograr ese éxito..., y yo me voy de la «Comedia».

—Lo esperaba.

—Haré un par de películas —continuó González— y luego formaré compañía.

Volvimos a abrazarnos.

—Le deseo el mejor resultado —repliqué— en lo uno y en lo otro. Y ya sabe usted que se lo deseo de corazón.

Y el resultado no pudo ser más brillante.

Meses después, González formaba la compañía que había de conocerse en toda España por los *cuatro ases*.

Por mi parte, con *Los ladrones somos gente honrada* también había hecho *poker*.

Cuando mi padre me predijo los 20.000 duros de ingreso en el primer año, y cuando yo me declaré conforme con 12.000, nos quedamos los dos muy cortos. En el primer año la comedia «destinada al fracaso» llegó a producirme, incluyendo su venta para el *cine*, 265.000 pesetas.

Exactamente, 2.560 pesetas por cada cuartilla escrita.

Y justo, 10.000 pesetas por cada día de trabajo.

Enrique Jardiel Poncela

LOS LADRONES SOMOS GENTE HONRADA

Comedia casi policíaca en un prólogo y dos actos

REPARTO DEL ESTRENO

PERSONAJES

HERMINIA.....
GERMANA.....
TERESA
EULALIA
MONCHITA.....
ADELCISA.....
LUCÍA.....
MARIFÉ
DELFINA
DANIEL
EL «TÍO DEL GABÁN»
EL «CASTELAR».....
FELIPE ARÉVALO
MENÉNDEZ
EL «PELIRROJO».....
EVELIO.....
ANTÓN
BENITO
DÍAZ
LAREDO
RÍOS
MUGURUZA

ACTORES

Elvira Noriega
Consuelo Nieva
Antonia Plana
Conchita Fernández
María Zaldívar
Amelia Noriega
María T. Alonso
María V. Muñoz
Esperanza Muguerza
Carlos Lemos
José Orjas
Miguel Gómez Castillo
Antonio Monsell
José Rivero
Fernando Fernangómez
Manuel Gutiérrez
Juan Hidalgo
Luis Mallén
Antonio Ayora
Manuel Gutiérrez
Luis Mallén
Armando Casado.

La acción, en Madrid los actos primero y segundo, y actualmente. El prólogo, tres meses antes, en una finca de verano, en San Sebastián.

PRÓLOGO

Telón corto, en las primeras cajas, que representa la terraza de un hotel o villa particular. El foro, absolutamente constituido por el jardín: un telón negro, porque es de noche y el jardín aparece completamente en sombras; dicho jardín figura rodear la casa, y sobre él se levanta la terraza en cuestión. En la izquierda, un paño estrecho, con puerta de cristales, que desde la terraza sirve de acceso a la finca. Se supone que el patio de butacas es un estanque situado en el jardín; y paralela a la batería corre de derecha a izquierda, todo a lo ancho de la embocadura del escenario, una balaustrada de piedra, la cual por el extremo izquierda termina y muere en el paño de la puerta, y por el extremo derecha se pierde en las cajas. La balaustrada simula, pues, limitar y bordear el estanque invisible, y por entre la balaustrada y la batería hay una faja de hierba o césped.

Son las doce menos veinte minutos de la noche. Se celebra una fiesta en la casa, y de vez en cuando el rumor de una música de baile llega hasta la escena. Al levantarse el telón, la escena desierta. Hay una pausa, durante la cual se oye la música que suena dentro y que ya se ha oído, durante unos instantes, con el telón echado. De pronto cesa la música y

EMPIEZA LA ACCIÓN

Hacia la derecha, dentro, se oye un silbido prolongado, seguido de dos cortos. La puerta de la casa se abre poco a poco, para dar paso a *Daniel*. Es un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, bien plantado, de aire enérgico, decisivo y resuelto. Va de frac o de «smoking» y sin nada a la cabeza. Se dirige rápidamente hacia la derecha y queda mirando hacia dentro. Se oye un nuevo silbido y en seguida, por la derecha, pisando la faja de césped, entra el *Pelirrojo*, un individuo vestido de criado, de aire listo y sagaz. Avanza con precauciones y se reúne con *Daniel*.

DANIEL.—¿Qué pasa?

PELIRROJO.—Nada, Daniel. Te avisaba para que supieras que por nuestra parte está todo listo.

DANIEL.—¿Y no hay novedad, «Pelirrojo»?

PELIRROJO.—Ninguna.

DANIEL.—Por aquí dentro también van bien las cosas.

PELIRROJO.—Lo esperaba: porque donde tú trabajas y lo que tú diriges...

DANIEL.—La invitación que falsificaste a nombre del argentino Juan Torres, con la que logré entrar en la fiesta, ha pasado como buena. Cada cual me ha supuesto conocido de los demás..., y desde hace una hora soy amigo de la infancia de los dueños de la casa..., «tus amos», y de varios invitados importantes.

PELIRROJO.—Bueno, es que, realmente, eres el único.

DANIEL.—¿Está ahí todavía el «Tío del Gabán», o se ha ido ya a su sitio?

PELIRROJO.—No. Está aquí aún, echando un pitillo para tranquilizarse, mano a mano con el «Castelar».

DANIEL.—Llámalos.

PELIRROJO.—*(Asomándose a la derecha y dirigiéndose hacia dentro, a media voz.)* ¡Pchs! ¡«Tío»! ¡«Castelar»!... ¡Zumbad, que os llama Daniel! *(Mirando hacia dentro, sonriente.)* Son unos pintarrias, pero no los hay más decididos en el oficio... *(Por la derecha, -por la franja de césped, aparece el ilustre personaje conocido por el «Tío del Gabán». Es, efectivamente, una pinta de edad indefinida, vestido con una ropa indescriptible, color de ala de mosca. También la gorra que luce ha debido de ser premiada en varias exposiciones.)*

TÍO.—¿Ocurre algo que me me afezete?

PELIRROJO.—El jefe te dirá.

TÍO.—¿Qué hay, «Melancólico»?

DANIEL.—¿Por qué no estás en tu sitio?

TÍO.—Porque tú me diste orden de que aztuase a las doce en punto, y como no son más que las doce menos veinte...

DANIEL.—Pero, ¿a las doce?

TÍO.—A las doce estaré en mi puesto como un clavo.

DANIEL.—¿Y el «Castelar»?...

TÍO.—Se ha quedao ahí, metiéndose unas piedrecitas en la boca, pa ver si así consigue hablar claro contigo, porque hoy está incapaz.

PELIRROJO.—Aquí viene. *(Por la derecha surge el Castelar, otro pinta como el Tío, con un gran aire de pasmado, pero que, en realidad, no tiene de pasmado más que el aire. Da la sensación de que habla en rumano.)*

CASTELAR.—Atarapaná maléfico.

TÍO.—Esto es que te saluda.

CASTELAR.—Tora de tarum picitas pormoción, pero trupemenerdio todo.

TÍO.—Dice que se ha tragado las piedrecitas y que se le traba la lengua de la emoción, pero que está dispuesto a todo.

PELIRROJO.—Oye... ¿Es que ahora le traduces lo que habla?

TÍO.—Sí. Pero cuando el párrafo es largo, le cobro una peseta.

DANIEL.—Tú no olvidarás mis instrucciones, «Tío».

TÍO.—Descuida. A las doce en punto, en cuanto que empiecen a sonar

las campanadas del reloj del asilo de la esquina, que, por cierto, va seis minutos atrasao, apagaré la luz de toda la casa.

DANIEL.—Eso es.

TÍO.—Y éste también está al tanto de lo suyo.

CASTELAR.—Atropó mistigale turliendo turliendo; con la pandalla del droguro caresto colupinas logran dar ler otros.

TÍO.—Venga la peseta. (*Castelar le da una peseta, que el Tío se guarda. A Daniel.*) Ha dicho que él y tres hombres más de la pandilla de Isidro el «Inseguro» tienen su puesto en las cocinas. Y que, aprovechando el barullo, llegarán hasta el salón grande a ayudarte a ti y a los otros.

DANIEL.—¿Y los coches?

TÍO.—Dispuestos para la fuga, en la fachada que da al rompeolas. La verja está abierta, y de los perros tampoco ties ya que preocuparte...

DANIEL.—(*Serio.*) ¿Habéis matado a los perros?

TÍO.—No. Les hemos traído una perra a cada uno. Están encantaos. (*Ríen.*)

DANIEL.— ¡Chist! No arméis ruido. ¿Tú no «descuidarás» tu misión, «Pelirrojo»?

PELIRROJO.—No pases cuidado. Como nadie sospecha de mí, después de dos meses de servir a conciencia en la casa, ya sé que mientras dure la cosa, yo, ¡quieto! Y que en cuanto que se oiga el ruido de los coches, huyendo de la fachada de atrás, a entrar en el salón, disimulando y preguntando azorao: «Pero, ¿qué ha pasao aquí? Pero, ¿qué ha pasao aquí?...» Con la mayor cara de idiota que me sea posible...

TÍO.—...que es mucha.

PELIRROJO.—Esta es la cara de idiota que voy a poner. (*La pone.*)

TÍO.—Puede que sea demasiao.

DANIEL.—Y si todo sale bien, como supongo, ya sabéis: a primeros de mes os venís con éste (*por el Pelirrojo*), que os esperará en la frontera de Portugal y os tendrá preparado, en Ayamonte, lo que os haya correspondido en el reparto.

TÍO.—Se le hace a uno la boca agua de pensar que, si todo sale bien, de esta hecha puede uno retirarse de los negocios...

DANIEL.—Todo el que quiera podrá retirarse. (*Con voz sorda.*) El que buscara dinero nada más, desde luego que se podrá retirar.

PELIRROJO.—¿Y tú no, Daniel?

DANIEL.—Yo ya he comprobado por mí mismo hace tiempo que el dinero no basta para vivir a gusto. A mí no me retiraría más que una mujer. Tal vez si encontrase una mujer joven e inocente...

TÍO.—Pues no pides tú na...

CASTELAR.—¿Y para qué querías que fuese inocente?

TÍO.—Pa que dejase de serlo a su lado, so primo.

CASTELAR.—¿Y joven?

TÍO.—Pa que le durase más tiempo.

CASTELAR.—(*A Daniel, admirado.*) ¡Con razón se te conoce en la

profesión por el «Melancólico»! Y por algo se murmura que eres un hombre raro...

DANIEL.—(*Volviendo la cabeza bruscamente hacia la izquierda.*) ¡Chist! ¡¡Calla!! (*Queda escuchando.*)

TÍO.—¿Eh?

DANIEL.—Alguien sale...

CASTELAR.—(*Tragándose las piedras del susto.*) Achumpe te renesta tiren demigarcio andata...

TÍO.—Dice éste que el que sea va a meter la pata...

DANIEL.—No hay cuidado. Si es hombre, lo arrastraré para adentro charlando. Si es mujer, me la llevaré a bailar. El plan no debe alterarse por nada. ¡Cada uno a su puesto con los relojes al segundo! ¡Todos prevenidos!

TÍO.—Bien.

PELIRROJO.—Conformes.

CASTELAR.—Atrupacio.

DANIEL.—Y a las doce en punto, ¡decisión, confianza y al bulto! (*Se van los tres agachándose, para ocultarse con la balaustrada, y desaparecen por la derecha. Ya es tiempo. Porque por la izquierda, por la puerta de cristales, que vuelve a cerrar tras sí, ha surgido la delicada silueta de Herminia. Es una muchacha, vestida de noche, de edad indefinida. Por la firmeza y soltura de sus líneas, puede tener dieciocho o veinte años; pero, por el aplomo, la gallardía y la determinación de sus gestos, representa mucho más. Sus ojos, que miran de frente y con firmeza, tienen el fuego propio de los caracteres apasionados, y en el trazado de la boca se le descubre una rara energía. Todo ello contrasta con la delicadeza juvenil de su aspecto, formando un conjunto poderosamente atractivo. Herminia avanza lentamente, como si se saliese de la terraza sin objetivo fijo. Saluda a Daniel con una simple inclinación de cabeza y se acerca a la balaustrada, apoyando en ella sus brazos abiertos y mirando a lo alto. Daniel contesta a la inclinación de cabeza de ella.*)

DANIEL.—Buenas noches... (*Larga pausa. Daniel intenta entablar conversación.*) Precioso cielo, ¿eh?... (*Herminia ni contesta, ni siquiera mira a Daniel. Él vuelve a la carga.*) Precioso cielo y preciosa luna, aunque demasiado pálida. Alguien ha dicho que la luna está tan pálida porque hace exclusivamente vida de noche. No deja de tener gracia, ¿verdad? (*Herminia le mira un solo instante, distraídamente, como si fuera un mueble, y no contesta. Nueva pausa. Y como Herminia mira hacia abajo, donde se supone que está el estanque, Daniel mira también hacia abajo, y toma el estanque de tema para un nuevo intento.*) ¡Qué fuerza misteriosa la de la luz de la luna cuando se refleja en las aguas de un estanque! (*Acercándose a Herminia y mirándola insinuante.*) La misma fuerza misteriosa que adquiere una mujer cuando, en lugar de hablar, lo mira todo silenciosa y ensimismada. (*Daniel, ante el mutismo de Herminia, echa miradas impacientes a su reloj. Lanzándose de nuevo.*) Y, al fin y al cabo,

¿para qué hablar? Tiene usted razón. El silencio es lo más elocuente que existe. Sólo cuando callamos lo decimos todo...

HERMINIA.—Entonces, ¿por qué no se calla usted?

DANIEL.—(*Se le escapa un suspiro de alegría por haber logrado hacerla hablar.*) Porque yo no tengo nada que decir.

HERMINIA.—¿Y si tuviera usted algo que decir, se callaría?

DANIEL.—Sí.

HERMINIA.—Pues es una pena que no tenga usted nada que decir.

DANIEL.—Supóngase que estuviese un rato sin hablar. ¿Sabe usted lo que diría con mi silencio? Pues que mi alegría suprema sería entrar de nuevo ahí (*Por la izquierda*), y que bailásemos juntos un baile, dos bailes, todos los bailes de la noche...

HERMINIA.—Gracias, pero aborrezco el bailar.

DANIEL.—Me extraña en una muchacha como usted.

HERMINIA.—(*Burlona.*) ¿Como yo? Pues ¿qué edad cree usted que tengo yo?

DANIEL.—Dieciocho..., veinte...

HERMINIA.—(*Enderezándose, después de reír, mirándole con lástima.*) ¡Dieciocho! ¡Veinte! ¡Cuánta ingenuidad!

DANIEL.—(*Maravillado.*) ¿Ingenuidad?

HERMINIA.—Ingenuidad, claro... (*Vuelve a reír.*)

DANIEL.—(*Con cierta broma.*) ¿Le parezco a usted realmente un ingenuo? ¡Qué extraordinario!

HERMINIA.—Por lo demás, todos los hombres son ustedes igualmente ingenuos.

DANIEL.—(*Con guasa.*) ¿Ha tratado usted a muchos?

HERMINIA.—Los suficientes para aprender esa verdad; y para saber también que si todos los hombres son igualmente ingenuos, aquellos que la sociedad tiene por malos, como ladrones, estafadores y delincuentes de diversas clases, esos son los más ingenuos de todos...

DANIEL.—(*Poniéndose serio de un golpe, ya para siempre, y sin poder evitar un sobresalto.*) ¿Eh?

HERMINIA.—¿Decía usted algo?

DANIEL.—Decía «eh». Simplemente «eh».

HERMINIA.—(*Ligeramente.*) Por otra parte, también es verdad que he cumplido los treinta y cuatro años...

DANIEL.—¡Los treinta y cuatro años!

HERMINIA.—Que mi vida ha sido hasta ahora tan novelesca como pueda serlo, por ejemplo, la vida de usted...

DANIEL.—(*Interrumpiéndola, ya alarmado.*) ¿Mi vida?

HERMINIA.—... y que, en realidad, en el mundo ya no hay nada ni nadie capaz de asombrarme. He viajado por casi toda la tierra y en mi camino se han cruzado, por lo tanto, hombres de los más opuestos caracteres y profesiones.

DANIEL.—¿Incluso delincuentes?

HERMINIA.—Eso es. Incluso estafadores y ladrones... ¿Le asusta?

DANIEL.—¡Tanto como asustarme!...

HERMINIA.—Hace quince años que abandoné la casa de mis padres por el amor de un hombre que no lo merecía: como tantas otras muchachas. Tuve una hija, que me fue arrebatada al nacer, y de la que no he vuelto a saber nada, y traté por primera vez delincuentes en viaje a Buenos Aires, cuando salí de España huída y queriendo olvidar. Ellos me ayudaron a su modo, porque yo viajaba sin un céntimo; pero al tocar en Río ya había reunido seiscientos pesos. Los había «ganado» asociándome a uno de ellos, un tal Díaz, que «trabajaba» las líneas sudamericanas jugando al «poker» con ventaja.

DANIEL.—Oiga usted; ¿aquel Díaz tenía una cicatriz en la cara?

HERMINIA.—Sí.

DANIEL.—¿En qué parte de la cara?

HERMINIA.—En la frente.

DANIEL.—¡Justo! En la frente.

HERMINIA.—¿Es que acaso le ha conocido usted?

DANIEL.—No... Bueno, es decir, sí. Me ganó el dinero en una travesía. ¿No ha dicho usted que él «trabajaba» las líneas marítimas sudamericanas? Yo he hecho ese viaje varias veces... ¿Y cómo acabó aquello?

HERMINIA.—Enamorándose Díaz de mí y huyendo yo de él en cuanto llegamos a Buenos Aires. Después pasé a Chile con un tal Landau, que se dedicaba a la venta clandestina de cocaína: un negocio seguro y relativamente ilegal...

DANIEL.—¿Relativamente ilegal? ¿Era quizá que la cocaína que vendía Landau contenía un cincuenta por ciento de perborato?

HERMINIA.—No. Era que contenía un noventa por ciento de ácido bórico... (*Ríen.*) Pero, por desgracia, la cocaína que Landau y yo nos acostumbramos a tomar algún tiempo después carecía de ácido bórico en absoluto; y, al año, Landau moría intoxicado en ciudad de México, y yo ingresaba en un sanatorio de Veracruz. Curé gracias a los esfuerzos desesperados de un médico austriaco, que, no contento con haberme vuelto a la vida física, normalizó del todo mi vida espiritual casándose conmigo. Guillermo y yo nos trasladamos a Colombia, a las plantaciones de caucho del Alto Orinoco. ¿No ha estado usted nunca en una plantación de caucho del trópico? Son sitios olvidados de Dios. Los caucheros trabajan de sol a sol, sin poder salir de allí, rodeados de insectos monstruosos y bajo las miradas feroces del capataz. Estos capataces, mimados por las empresas explotadoras, no llevan látigo, pero se untan con «curare» la uña del dedo pulgar; y para ser verdugos de los trabajadores, les basta con un simple arañazo. (*Sordamente.*) Guillermo quiso luchar a favor de los condenados de aquel infierno, y pereció en la lucha contra enemigos demasiado poderosos. Me lo mataron una noche, cuando volvía de la plantación. (*Daniel hace un gesto de asombro.*)

DANIEL.—¿Es posible?

HERMINIA.—Días enteros pasé yo preguntándome eso mismo. Pero había sido, y mi vida acababa de desmoronarse para siempre. (*Con acento ligero.*) Los ocho años transcurridos desde entonces los he vivido sin conciencia de vivirlos. Pasé maquinalmente de unos países a otros; y he hecho de todo, sin que nada de lo que hacía interesase verdaderamente. Una temporada me dejé absorber por la música... Durante los dos años que siguieron practiqué el espionaje... He tenido ráfagas de misticismo... Épocas de vivir obsesionada por el juego... Para unas personas, he sido un demonio; para otras, un ángel. Y, en realidad, sólo soy una mujer que se ha dejado en el camino los mejores resortes de la vida. (*Confidencialmente.*) ¿Comprende usted ahora por qué no me interesa la fiesta que se celebra ahí dentro (*Por la izquierda*), y por qué no he aceptado su invitación de bailar? He caído hoy en esta casa, donde ni siquiera conozco a los dueños, por pura casualidad. Me he refugiado en este rincón para estar a solas con mis recuerdos...

DANIEL.—Y yo se lo he impedido...

HERMINIA.—Todo lo contrario. Usted me ha hecho evocarlos en voz alta... Le estoy muy agradecida. Como que casi le he tomado afecto.

DANIEL.—(*Que ha vuelto a recuperar el control de sí mismo y ha lanzado una nueva ojeada a su reloj. Intentando llevarla hacia dentro.*) Pero ahora son ya las doce menos diez...

HERMINIA.—Sí. Y a las doce en punto empieza a funcionar el bar. Vaya usted, amigo mío. Y, para cuando yo entre, ¿me tendrá usted preparado un *whisky* con hielo?

DANIEL.—(*Consultando, ahora abiertamente, su reloj.*) Sí, si no tarda usted en venir más de cinco minutos...

HERMINIA.—Se lo prometo.

DANIEL.—En ese caso, hasta ahora mismo. (*Se vuelve para iniciar el mutis. En ese instante, la puerta de la izquierda refleja una sombra interior.*) ¡Ah!

HERMINIA.—¿Qué ocurre?

DANIEL.—La dueña de la casa viene hacia aquí.

HERMINIA.—(*Asustada.*) ¿La dueña de la casa? (*Por la izquierda aparece Germana. Es una dama de treinta y tantos años, muy elegante, con una gran estampa.*)

GERMANA.—(*Yendo recta hacia Daniel.*) ¡Querido señor Togores! ¡Muchas gracias, muchísimas gracias por la gentileza que representa de su parte el estar dándole conversación a Herminia! (*A Herminia.*) Justamente andaba buscándoles para presentarles. Pero la juventud no necesita presentaciones. ¿Qué? ¿Le habrá mareado bastante, ¿verdad?...

DANIEL.—(*Sin comprender nada.*) ¿Quién?

GERMANA.—(*Sorprendida.*) ¿Quién va a ser? Herminia. (*Más sorprendida todavía.*) ¡Ah! ¿De manera que estaban charla que te charla sin conocerse? ¿Cómo podía figurármelo? (*Sonriente.*) Herminia es mi hija, querido señor Togores. A mis buenos diecisiete

años me casé con su padre en un momento de desvarío. Y no lo digo porque me haya ido mal, sino porque las mujeres no debíamos casarnos tan jóvenes... Pero no tenemos arreglo; y lo que yo hice con el padre de Herminia a los diecisiete años, lo hará también Herminia cualquier día a sus dieciocho.

DANIEL.—(*En el colmo del estupor.*) ¿A sus dieciocho? (*Vuelve su mirada a Herminia, que tiene los ojos clavados en el suelo.*)

GERMANA.—Ni uno menos, pero ni uno más. Herminia ha salido del colegio el mes pasado: estaba interna desde los siete. Ahora que yo no he visto una cabeza más despabilada que la suya... Todo lo sabe, de todo se entera, todo lo lee... ¿Qué le parece a usted que se trajo del internado, que se los había dejado el hermano de una compañera? ¡Cinco tomos, así de gordos, que se titulaban: «Misterios de la Policía y del Crimen»! Y anoche tuve que entrar en su cuarto a apagarle la luz, porque se había quedado dormida leyendo. Y el libro que tenía en la cama se llamaba: «La vida en las plantaciones de caucho de Colombia». ¿Hay absurdo mayor? En mi vida me ha interesado a mí el caucho, ni podía yo figurarme que se plantase como los espárragos. Yo pienso que las mujeres no hemos nacido para leer libros, sino para dar motivo a que se escriban, porque... Pero ¿qué es eso? ¿Lloras?

DANIEL.—(*Dando un paso hacia Herminia, que ha roto a llorar.*) Herminia...

GERMANA.—(*Avanzando también.*) ¿Qué te ocurre? ¡Nena!

HERMINIA.—Déjame... (*Con voz ahogada; rechazándola.*) ¡Déjame! (*Huye por la izquierda, ocultando el rostro.*)

GERMANA.—Pero, ¿qué le pasa? ¡Se va llorando!! ¡En un día como el de hoy! Pero, discúlpeme, amigo Togores. (*Inicia el mutis.*) Voy a ver. Hasta ahora. (*Se va por la izquierda, cerrando la puerta. Por la derecha aparece de nuevo el Pelirrojo.*)

PELIRROJO.—¿Qué?

DANIEL.—¡«Pelirrojo»! ¡A escape! ¡Avisa al «Tío», que no apague las luces de la casa a las doce!

PELIRROJO.—¿Que no apague las luces de la casa?

DANIEL.—¡Contraorden general! ¡Que se retiren los coches de la fachada del rompeolas! ¡Que se larguen todos!

PELIRROJO.—¡Pero, Daniel!

DANIEL.—Ya no se da el golpe esta noche.

PELIRROJO.—¿Que no se da ya?

DANIEL.—¿Es que no hablo claro? ¡Que no!! ¡Anda, y no pierdas un segundo, «Pelirrojo»!

PELIRROJO.—Ahí voy, ahí voy. (*Se va por la derecha rápidamente. Daniel queda pensativo, apoyado en la balaustrada. Dentro vuelve a sonar la música de baile.*)

DANIEL.—(*Hablando consigo mismo.*) Madre de una hija desaparecida... Cómplice de estafadores... Traficante en cocaína... Viuda de un marido que no tuvo nunca... Aventurera internacional...

Todo lo había conocido... Nada le interesaba ya... ¡Y llegó, incluso, a hacérmelo creer a mí! *(Sonriendo, embelesado.)* ¡Poder de la imaginación! ¡Poder de la juventud y de la inocencia! Inocencia y juventud: las dos cosas que yo he perdido, ¡y que sólo ella podría darme!... *(Una idea súbita le cambia, de pronto, la expresión del rostro.)* Pero, ¿por qué conoce a Díaz? ¿Dónde le ha visto para saber lo de la cicatriz en la frente? Un misterio... Un aliciente más... ¿No había de ser así mi compañera ideal, mi mujer ideal? ¡Casarse! ¡Casarte tú, Daniel! *(Se ríe, no sin cierta amargura en la voz y, de pronto, se queda serio, con la mirada fija.)* Y después de todo..., ¿por qué no? *(Sigue oyéndose dentro la música y empiezan a sonar doce campanadas en un reloj de torre lejano. Cae el*

TELÓN

(Un telón de boca, en el que se lee:)

DE SOCIEDAD

Esta mañana, en la iglesia de la Concepción, se ha verificado el enlace de la bellísima señorita Herminia Arévalo Iturride con don Juan Togores y Suárez Guerrico, de antigua familia española, radicado en el Plata desde hace varios años.

Apadrinaron a los nuevos esposos el padre de la novia, el acaudalado prócer don Felipe Arévalo, y su distinguida esposa. Y firmaron como testigos numerosos y honorables amigos de los contrayentes.

Con tan brillante ceremonia se ha escrito el último capítulo de una historia de amor que tuvo su iniciación hace seis meses en San Sebastián, donde la juvenil pareja trabó conocimiento en el hotelito veraniego de la novia, justamente la noche en que ésta, recién salida de un internado de Toulouse, celebraba su puesta de largo y su feliz entrada en Sociedad.

Esta noche, en el palacete de los Arévalo, en la calle de Lista, se festejará con una comida íntima el dicho acontecimiento.

Felicitamos a todos los interesados, y deseamos una luna de miel eterna a los nuevos esposos.

(De un semanario dedicado a la vida social.)

ACTO PRIMERO

Amplísimo vestíbulo en la casa del padre de Herminia, en Madrid. Es una mezcla de vestíbulo y de salón, trazado muy irregularmente; el lateral izquierda y el foro forman un ángulo con la batería; y el lateral derecha, un brusco recodo con el foro. El muro del lateral izquierda es bastante más bajo que los otros muros que constituyen el recinto, pues por encima de él corre una galería por la que se baja a la escena merced a una escalera que, en su último tramo, da frente al público. En el extremo de la galería, ya en el foro, se abre una puerta que conduce a habitaciones interiores, y a la que llamaremos foro izquierda superior. En el otro extremo, otra puerta igual, «la izquierda superior». A lo largo de la galería, en el lateral izquierda, corre un ventanal con forillo de jardín. Debajo de la galería, el lateral izquierda forma una especie de chácena con una gran puerta que da al jardín, en el primer término del precitado lateral izquierda, y en el segundo término otro ventanal, también con forillo de jardín. Al lado de la gran puerta de la izquierda, pero en el foro, otra puertecita, cuya situación y tamaño corresponden exactamente con la del piso de arriba; para diferenciar ambas, a esta última la llamaremos puerta «del foro izquierda inferior». La pared del foro, que, como queda dicho, forma ángulo recto con la de la izquierda, se abre en un amplísimo arco de medio punto que conduce a un salón, muy iluminado, y cuya perspectiva se pierde hacia la derecha. Este salón está a un nivel superior al nivel de la escena, y se llega a él gracias a dos largos peldaños que nacen junto al pie del arco de medio punto descrito. A este hueco, para mayor claridad, le denominaremos «foro centro». Por lo que afecta al lateral derecha, está constituido por un paño que corre desde la batería hacia el foro con puerta en el primer término; al llegar al segundo, forma un ángulo recto para volver a doblar y concluir en la pared del foro, cerca del arco de medio punto. En ese segundo término así formado se abre una séptima y última puerta pequeña, por la que se va a las cocinas y demás dependencias de la casa.

Respecto al moblaje, es el siguiente: en primer término derecha, en la rinconada que forma este lateral, un diván en ángulo, con una mesita delante, y a su lado un sillón. Un gran diván en el salón del foro centro, y al lado, una mesita enana con un cacharro con flores y un piano de cola. Otro diván, en la izquierda, adosado al ventanal inferior y todo a lo largo de él. Al pie de la escalera, dando frente al público, dos silloncitos pequeños, y entremedias, una mesita enana

con un teléfono. En la pared del salón del foro, un gran cuadro encima del diván, y, a ambos lados, aparatos de luz. Luz indirecta en la chácena de la izquierda, con conmutador, que juega varias veces, situado en la jamba de la puerta de la izquierda, detrás de la escalera. Sobre el diván de la derecha, otros dos cuadros. El que da frente al público necesita aclaraciones: es pequeño, de unos 40 x 60, y está colgado de forma que se bascula al tocarlo; cuando el cuadro se retira del todo, detrás de él se descubre una trampita de unos 30 x 30 centímetros, y al accionar su resorte en la misma pared, la trampita se descorre hacia la derecha, mostrando el motivo de todo aquel artificio, y que es, sencillamente, una pequeña caja de caudales, redonda, de acero pulimentado, empotrada en el muro. En la pared de la derecha, segundo término, junto a la escalera de servicio, un teléfono interior. Hay que advertir, respecto a la puerta de la izquierda, que siempre que se abre y mientras se mantiene abierta, suena un timbre, que no cesa hasta que la puerta se cierra de nuevo. Es de noche, cerca de las once. En febrero.

Al levantarse el telón están encendidas todas las luces, y el cuadro del foro derecha aparece torcido. La escena, desierta.

EMPIEZA LA ACCIÓN

Unos instantes de pausa, y la luz de la chácena se apaga, aparentemente, sola. Nueva pequeña pausa, y se oye en la escena la voz del «Tío», aunque no se le ve por ninguna parte.

VOZ DEL TÍO.—¡Quieto! ¡Quieto! *(Otra brevísima pausa, y por el foro aparece el Pelirrojo. Va de mayordomo. Vestido de toda gala y con un empaque fantástico. Avanza solemnemente en dirección a la escena, estirándose los guantes; baja los peldaños y se dirige al teléfono interior del segundo derecha. Descuelga y habla, levantando una ceja con pedantería atroz.)*

PELIRROJO.—¡Oiga! ¡Alló! ¿Cocina? «Cuisine»? «Office»? Aquí es Peter, el mayordomo. Os llamo para rogaros encarecidamente que subáis al comedor, cuanto antes, el helado, porque los señores lo esperan desde hace tres minutos. *(Pausa.)* «Yes». Sí. *(Pausa.)* «Oui, oui»: el helado, el «glacé», el «ice cream». *(Pausa.)* Eso es. «Très bien.» «All right». *(Pausa.)* ¡Oíd, boceras, no me hagáis bajar ahí, porque si bajo, os voy a partir la boca a todos! ¡Y ya está aquí el helado como las balas!, ¿eh? *(Pausa.)* ¡Ah, bueno!... Bien. «Parfaitement». «Okay»! *(Cuelga. Fijándose de pronto en el cuadro torcido y arrugando el entrecejo.)* Pero... ¿otra vez? *(Se acerca al cuadro.)* Ya me está a mí mosqueando esto del cuadro torcido... *(Lo pone derecho y fija la vista, también con aire preocupado, en la chácena de*

la izquierda.) Y esa luz también me tiene ya negro. ¿Quién demonios la apaga? No voy a tener más remedio que echar un vistazo ahí fuera. (Saca del bolsillo una pistola, la monta, cerciorándose de que nadie le ve, y, después de encender la chácena, se va por la izquierda, volviendo a cerrar la puerta, con lo cual, el timbre, que suena al estar abierta, deja de sonar. Queda la escena sola. Una breve pausa y vuelve a oírse la voz del Tío, aunque sin vérselo por ningún lado.)

VOZ DEL TÍO.—Apaga otra vez esa maldita luz, que si no, van a acabar por vernos... *(La luz de la chácena se apaga.)* Y ahora que no hay nadie, ¡aprovecha! ¡Dame la bolsa de la herramienta! Y mucho tiento pa que, si vuelve del jardín ese granuja, no nos pille desprevenidos. *(De debajo de la escalera de la izquierda sale el Castelar, el cual se dirige al ventanal y observa el exterior. Del mismo sitio que el Castelar surge el Tío, con una bolsa de herramientas en la mano.)*

CASTELAR.—Cincontrar melandro los calataos...

TÍO.—«Castelar», maldita sea, no te pongas nervioso, que aquí no hay piedrecitas pa echarse a la boca...

CASTELAR.—Es que me parece que hemos hecho una burrada, «Tío». Hemos debido entrar cuando se hubieran ido todos los invitados y las gentes de la casa estuvieran durmiendo.

TÍO.—¿Y cómo habríamos entrao entonces? Si no nos colamos aprovechando el descuidillo de esta tarde, no nos colamos. ¿Pues no estás viendo que en cuanto se toca una ventana o una puerta suenan timbres?

CASTELAR.—Y estoy esperando que al tocar la caja de caudales suene un pasodoble. Esto ha sido cosa del «Melancólico».

TÍO.—Como que no hay hueso más duro que querer «afanar» en casa de uno del «oficio»; y peor aún cuando el del oficio es un ladrón de altura que se casa con una rica...; y peor todavía cuando está de mandamás en la casa un último mono de la profesión, como pasa aquí con el «Pelirrojo», que, protegido de Daniel, de criado chivato ha pasao a mayordomo. Y a la servidumbre la trae de cabeza, pa que no pueda sacar los pies del plato. Y así se da el pote que se da. ¿Has visto los cordones que lleva? ¿Y te has fijao que ahora se llama Peter?

CASTELAR.—Calla, hombre, que cuando daba órdenes mezclaba el inglés, el francés y alguna que otra frase de Cabestreros; pa no reírme he tenido que pensar en la cadena perpetua.

TÍO.—¡Nos lo tienen que pagar! Lo que han hecho con nosotros nos lo tienen que pagar... Suspende el «golpe» de este verano, que era hincharse, «Castelar», pa acabar el uno casándose con la niña de la casa, y el otro quedándose de mayordomo internacional: y tú y yo navegando por el Pacífico... y por el Paseo de Ronda... ¡Eso nos lo pagan! Porque el viejo guarda todo el dinero en casa, que hace falta estar borracho. Y la caja de caudales es una «Dover» de combinación de tres cifras, que con el tanteador numérico la abro yo en un Jesús. Y aliviando, «Castelar»... *(Va al foro derecha.)*

CASTELAR.—(*Muy nervioso y queriendo hablar, sin conseguirlo, con síntomas de excitación y alarma.*) ¡Tureponencio! ¡Tureponencio de delgüis!

TÍO.—¿Qué dices? ¿Pasa algo?

CASTELAR.— ¡Tureponencia una argarosa!

TÍO.— ¡Por tu madre, «Castelar»! ¿Qué dices? ¿Qué viene alguien? ¿Dices que viene alguien? (*Castelar afirma y ambos se esconden bajo la escalera. Por el foro centro surge Germana, vestida de noche. Viene riendo y mirando hacia atrás, pero en seguida deja de reír, mira con precaución a su alrededor y corre hacia el foro derecha. Ladea el cuadro, descorre la trampilla apretando un resorte de la pared y da vueltas al botón de la caja, consultando un papel que se ha sacado del escote.*)

GERMANA.—Dos... veintitrés... cincuenta y uno... (*Intenta abrir la caja sin conseguirlo. Furiosa.*) ¡No se abre! ¡Es falsa!! ¡También ésta es falsa! ¡Me ha engañado otra vez!! (*Corriendo la trampita y colocando el cuadro.*) ¡Con cien vidas no paga lo que yo estoy pasando! (*Va hacia el foro centro.*) ¡Ni con cien vidas! ¡Ni con cien vidas!... (*Se retoca la cara, hace un esfuerzo para adoptar un aire tranquilo y se va, foro centro.*)

TÍO.—(*Saliendo con Castelar.*) ¿Has visto?

CASTELAR.—¿Y ésa quién es?

TÍO.—La dueña de la casa. La madre. La suegra del «Melancólico».

CASTELAR.—¿Y qué líos se trae?

TÍO.—¡Cualquiera sabe!

CASTELAR.—Pues a mí sí me gustaría saberlo, porque estos barullos caseros me entusiasman; me viene de familia, porque como mis padres no se conocieron hasta cinco años después de nacer yo...

TÍO.—Bueno, deja en paz a tus padres y vamos con la caja. Ya está comprobado que la combinación es de tres cifras. Hay que dar con ella. Ponte ahí y me zumbas la alarma al menor ruido. Si te pones nervioso y no puedes hablar claro, me silbas. (*Va a la derecha, y cuando ha ladeado el cuadro y ha descorrido la trampita, Castelar da un respingo y silba. Ambos corren a meterse debajo de la escalera. El cuadro queda ladeado, como al principio del acto. Por el foro aparece Evelio, un mozo de comedor, con platos y bandejas con restos de comida. Va de muy mal humor.*)

EVELIO.—¡Vaya una manera de comer! Después de seis platos y de tres postres de no dejar nada, ahora del queso de Roquefort no sobra más que el papel de estaño, y del de Gruyère, los ojos. ¡Mira pa qué me sirven a mí los ojos! (*Al hacer mutis por el segundo derecha, se tropieza con Antón, otro criado bastante bien parecido, que viene leyendo un papel.*)

ANTÓN.—¡Cuidado!

EVELIO.—¡Ahí va eso!

ANTÓN.—¿Para qué te sirven a ti los ojos?

EVELIO.—Pa na. Eso es lo que venía diciendo. (*Se va segundo*)

derecha.)

ANTÓN.—(*Leyendo el papel.*) «Acaba de decirme la combinación. Esta noche sin falta. Rompe esta nota en cuanto la hayas leído, y tenlo todo preparado y dispuesto.» (*Por la izquierda vuelve a entrar el Pelirrojo guardándose la pistola.*)

PELIRROJO.—¿Pero otra vez han apagado aquí? (*Enciende la chácena y llama al mozo.*) ¡Antón!

ANTÓN.—(*Volviéndose.*) Mande usted, señor Peter. (*Se guarda el papel.*)

PELIRROJO.—¿Has apagado tú esa luz?

ANTÓN.—No, señor.

PELIRROJO.—¿Ni antes tampoco?

ANTÓN.—Tampoco.

PELIRROJO.—(*Viendo el cuadro torcido.*) ¡iiiEh!!! ¿Y ese cuadro? ¿No has tocado tú ese cuadro hace un momento?

ANTÓN.—No, señor.

PELIRROJO.—(*Mirándolo fijo.*) ¡A ver!... Mírame fijo. Más fijo... (*Lo mira muy fijamente.*) ¿Ese parpadeo es nervioso?

ANTÓN.—No, señor. Es de herencia. A mi hermana le da por guiñar un ojo, y todas las palizas que le atiza su marido son por culpa de eso.

PELIRROJO.—Respiras muy seguido.

ANTÓN.—Es que cuando dejo de respirar me asfixio.

PELIRROJO.—(*Dejando de mirarle, al parecer satisfecho.*) Bueno. Esta vez parece que no mientes. «All right». Anda con Dios.

ANTÓN.—Sí, señor. (*Se va por el foro centro. El Pelirrojo va al cuadro del foro derecha, lo ladea del todo, hace funcionar la trampita, que al descorrerse descubre la caja, y la examina atentamente.*)

PELIRROJO.—La caja está intacta. Pero aquí hay gato encerrado y tengo que avisárselo a Daniel ahora mismo. (*Corre la trampita y pone el cuadro en su lugar. Por el segundo derecha surge Evelio, llevando un gran helado adornado con siete fresas.*) ¿Qué es eso? ¿El helado?

EVELIO.—Sí, señor.

PELIRROJO.—Ya era hora. (*Por el segundo derecha, Benito, otro criado, que lleva una enorme bandeja con servicio de café para varias personas. Queda de pie aguardando el momento de hablarle al Pelirrojo.*) Oye, Evelio.

EVELIO.—Mande usted.

PELIRROJO.—En cuanto entres en el comedor, te acercas al señor discretamente y le dices de mi parte que yo creo que va a llover.

EVELIO.—¿Que usted cree que va a llover?

PELIRROJO.—Sí.

EVELIO.—Pero ¿al señor joven?

PELIRROJO.—Al señor joven.

EVELIO.—De manera que yo, al entrar en el comedor, me acerco al señor joven discretamente y le digo que usted cree que va a llover.

PELIRROJO.—Eso es.

EVELIO.—¿Y usted cree también que, en su noche de boda, al señor le

va a importar mucho que llueva?

PELIRROJO.—Tú haces lo que te he dicho, y lo que tengas que opinar lo escribes en un papel y te lo comes.

EVELIO.—Sí, señor.

PELIRROJO.—Pues andando. (*Evelio inicia el mutis foro centro.*) ¡Ah! Un momento... (*Con ademán de que se acerque.*) «Please»...

EVELIO.—(*Volviendo. Aparte.*) ¿Será capaz de notarlo?

PELIRROJO.—A ver ese helado, «s'il vous plaît».

EVELIO.—(*Aparte.*) Lo nota.

PELIRROJO.—(*Después de examinar el helado.*) ¿Cómo has tenido la poca vergüenza de meter aquí el dedo?

EVELIO.—¿Yo, señor Peter?

PELIRROJO.—Tú. Siete veces.

EVELIO.—(*Aparte.*) Lo ha notado. (*Alto.*) Pero, ¿pa qué iba yo a meter el dedo en el helado?

PELIRROJO.—Pa chupártelo. Pero como yo no me lo chupo, sé que esas siete fresas aburridas, que hacen de adorno, las has puesto tú para tapar los agujeros del dedo. ¿Lo niegas?

EVELIO.—No, señor. Yo a usted ya no le niego na.

PELIRROJO.—Pues si vuelve a ocurrir, ya sabes por dónde se va a la calle...

EVELIO.—Sí, señor.

PELIRROJO.—Sólo que tú te irías bastante más caliente que el helado. ¿Comprendes?

EVELIO.—Sí, señor.

PELIRROJO.—(*A Benito.*) ¿Y eso?

BENITO.—El café, señor Peter. Que quería preguntarle a usted dónde se sirve.

PELIRROJO.—En el saloncito verde. Pero acércame el servicio un momento...

EVELIO.—(*A Benito. Aparte.*) Verás...

PELIRROJO.—(*Examinando la bandeja de Benito.*) ¿Medio terrón de azúcar por taza?

BENITO.—Ya sabe usted, señor Peter, que el azúcar está un poco escaso ahora...

PELIRROJO.—(*Examinando un terrón.*) ¿Y porque está escaso hay que cortar los terrones con los dientes? (*Después de una pausa. Muy serio.*) Vengan los otros medios terrones que te has echado al bolsillo. (*Le saca terrones del bolsillo y se los guarda.*) Y quedas advertido: si quieres pasar un rato amargo, no tienes más que volver a coger azúcar... «All right» y en marcha.

BENITO.—Sí, señor. (*Se va con Evelio por el foro centro.*)

EVELIO.—(*A Benito.*) ¿Ves como tengo yo razón cuando digo que este tío ha sido de la policía? (*Se van. Se oye en la izquierda la voz del Tío.*)

VOZ DEL TÍO.—¿Te has fijao? ¡Se ha guardao el azúcar!

PELIRROJO.—¿Eh? (*Se vuelve rápidamente hacia la izquierda, donde ha*

sonado la voz, pero le despista la presencia de Eulalia. Es una doncella que aparece por la puerta del foro izquierda superior; tiene veinte o veintidós años y un aire muy sentimental. Viene enjugándose los ojos con un pañuelo.) ¡Eulalia! ¿Acabas tú de decir algo?

EULALIA.—¿Cómo, señor Peter?

PELIRROJO.—Que si acabas tú de decir algo. Que si has hablado sola hace un instante...

EULALIA.—¡¡Que si he hablao sola!! ¡¡Seguro que he hablao sola!! *(Echándose a llorar.)* ¡¡Ay, qué desgracia más grande, que ya hablo sola!! *(Bajando a la escena.)* ¡Otro motivo pa llorar! Hay días que no da una abasto. ¡Y menos mal, señor Peter, que a mí llorar me alimenta y me deja los nervios tan a gusto, que hay mañanas que hasta que no lloro un rato no puedo ni limpiar el polvo; porque está bien visto que yo, cuando no tengo un motivo pa llorar, es porque tengo dos, y cuando no tengo dos, es porque tengo tres! *(Se ha sentado en un sillón de la izquierda.)*

PELIRROJO.—¿Y hoy, cuántos has tenido?

EULALIA.—Hoy he tenido siete. Ayer no tuve más que cuatro...

PELIRROJO.—Es que era martes...

EULALIA.—Pues el domingo tuve once...

PELIRROJO.—El domingo es siempre mejor día.

EULALIA.—...y en el momento de acostarme no tenía ningún motivo pa llorar, pero de acordarme de los once que había tenido, se me saltaron las lágrimas y me resultó la docena.

PELIRROJO.—Vives como quieres, Eulalia. ¿Y eso te ocurre desde hace mucho?

EULALIA.—De niña ya era algo llorica; pero luego me ha ido creciendo con los años. Ahora que así, en gran escala, lo que se podría llamar el llanto navegable, ése no me ha empezado hasta que vine a servir a esta casa. Porque una no quiere decir na, y, a fuerza de empapar pañuelos y de escurrir pañuelos, va tirando; pero en esta casa se ven cosas pa que la instalen a una grifos, señor Peter!... *(Llora.)*

PELIRROJO.—*(Acercándose interesado.)* ¿Qué cosas son las que ves, Eulalia?

EULALIA.—No se las digo, porque si se las dijera se echaría usted a llorar; y pa eso ya estoy yo aquí.

PELIRROJO.—¿Pero... cosas relativas a las personas de la familia?

EULALIA.—Sí, claro. Todas a las personas de la familia: el señor mayor y la madre, ¡y hasta la señorita!, todos tienen su misterio y hacen cosas que, si no tuviese una la suerte de quedarse como un reloj cuando llora, se volvería tarumba, señor Peter...

PELIRROJO.—¡Chist! ¡Calla ahora! *(Disimulando, se pone a hojear una revista. Por el foro centro aparecen Evelio y Benito con las bandejas vacías. Por la posición de Eulalia y Pelirrojo, no ven a éstos y cruzan la escena sin dejar de hablar.)*

EVELIO.—¿Te puedes creer, Benito, que me he acercao a la presidencia

del banquete, que me he encarao con el señor, que le he dicho: «Señor, de parte de Peter, que él cree que va a llover», y que no me ha tirao ningún objeto? Ni se ha extrañado siquiera... Se ha puesto muy serio de pronto y me ha contestao: «Bien, gracias.» Y es que en esta casa, no sé por qué me parece que hay mucho tomate, Benito...
(*Se van por segundo derecha.*)

PELIRROJO.—(*Dejando la revista; a Eulalia.*) ¿Dices que el señor mayor y la madre y hasta la señorita tienen su misterio y hacen cosas, Eulalia?

EULALIA.—Sí, señor. Pero hay otra cosa mucho más gorda todavía... Lo del ama de llaves.

PELIRROJO.—¿Qué ama de llaves?

EULALIA.—Doña Andrea.

PELIRROJO.—Pero si a doña Andrea se la llevaron enferma al hospital hace seis meses, y murió a poco de ingresar.

EULALIA.—(*Con retintín.*) Sí, sí...

PELIRROJO.—¿Cómo que sí, sí?

EULALIA.—Que doña Andrea se moriría en el hospital, pero yo le digo a usted que doña Andrea, a ratos, viene aquí. Sí, señor. Y se mete en su habitación. (*Señala el foro izquierda inferior.*)

PELIRROJO.—Pero, ¿tú la has visto?

EULALIA.—Sí, señor. Y me caí redonda al suelo al verla. Y si no me he muerto en ese momento, es que a mí ya no hay quien me mate. La vi anoche con la señorita.

PELIRROJO.—¿Con quién?

EULALIA.—Con la señorita, que, después de acostarse, cuando ya estaban apagadas todas las luces y suponía que no había nadie levantado, bajó de puntillas de su cuarto y se metió ahí. (*La puerta del foro izquierda inferior*), en la habitación que ocupó doña Andrea antes de morir. Y yo vi que doña Andrea le daba un papel.

PELIRROJO.—¿Qué papel?

EULALIA.—Debía de ser una carta, porque la señorita, después de leerlo, lo rompió, y yo luego cogí un pedazo que se le había caído en el suelo. Sólo que tuve la mala pata de no pescar más que la fecha. Una de esas fechas escritas con números, que yo siempre tengo que contar por los dedos pa averiguar el mes, porque me hago un lío. La fecha correspondía a noviembre del año pasado, porque los números eran: 3-11-40.

PELIRROJO.—¿Tres, once, cuarenta?

EULALIA.—Sí. El 3 el día; el 40 el año, y el 11 el mes; noviembre.

PELIRROJO.—(*Que ha sacado un lápiz, escribiendo sobre el puño de la camisa.*) ¿Conque los números eran 3-11-40? (*Mirándola con gesto duro.*) ¿Y no encontraste más?

EULALIA.—No, señor.

PELIRROJO.—¿De verdad, de verdad que no encontraste más, Eulalia?

EULALIA.—¿Pero es que lo duda? (*Rompiendo a llorar.*) ¡¡Ay, Virgen del Amparo!!

PELIRROJO.—¿Eh?

EULALIA.—¡¡Ay, Virgen del Amparo, en lugar de creerme, desconfía de mí!! ¡¡Otro motivo pa que yo lllore hoy!!

PELIRROJO.—Eulalia...

EULALIA.—¡¡Otro motivo pa que yo lllore hoy, y ya van ocho!! *(Se echa a llorar perdidamente. Por el foro centro, Daniel, de etiqueta.)*

DANIEL.—Acaban de darme tu recado. ¿Qué ocurre?

PELIRROJO.—Cosas serias, Daniel. *(Se lo lleva a la derecha.)*

DANIEL.—Entonces que se marche esa chica... *(Por Eulalia.)*

PELIRROJO.—Esa chica te va a hacer falta dentro de un rato.

DANIEL.—Pero puede oírnos...

PELIRROJO.—No hay cuidado: ha encontrado un motivo de llanto colosal... Y, por si se le acaba el gas, le voy a dar otro par de motivos para que tenga repuesto. *(Cruza rápidamente a la izquierda y se encara con Eulalia.)* Eulalia: siento decírtelo, pero así, llorando, estás hecha un asco.

EULALIA.—¿Llorando estoy hecha un asco? ¡Ay, madre!

PELIRROJO.—Ahora, que cuando no lloras estás para darte un tiro, Eulalia.

EULALIA.—¡¡Para darme un tiro!! ¡¡Cuando no lloro, pa darme un tiro!! ¡¡Aaaaay!! ¡Estos sí que son motivos, Virgen Santísima! *(Se va llorando al diván de la izquierda.)*

PELIRROJO.—*(Volviendo junto a Daniel.)* Ahora ya es seguro que no nos oye. En dos palabras: desde que empezó la cena, alguien anda intentando forzar la caja.

DANIEL.—¿Qué dices?

PELIRROJO.—Y el que sea tiene que estar dentro de la casa, porque los timbres de alarma funcionan bien. Pienso yo, Daniel, si alguno de tus invitados al banquete...

DANIEL.—¿Mis invitados? ¡Son todos compañeros nuestros, Pedro!

PELIRROJO.—Por eso lo digo; porque nuestros compañeros, el que no ha cumplido doce años en Alcalá es porque ha cumplido catorce en Ocaña. Y como ninguno de ellos, que yo sepa, se ha contagiado aún de esto de la honradez... Te prevengo que antes de entrar he tenido que cachearlos a todos en el guardarropa.

DANIEL.—Ellos respetan esta casa por ser mía. Y, además, no se han movido del comedor. No pienses más en eso. ¿La caja está intacta?

PELIRROJO.—A la vista, sí.

DANIEL.—Vamos a ver. *(Van a la derecha, ladean el cuadro, etcétera.)*

PELIRROJO.—¿Quiénes de la familia conocen la combinación de la caja, Daniel?

DANIEL.—Mi suegro. Y yo, desde anteayer, que me la dijo reservadamente.

PELIRROJO.—¿Y conociendo la combinación desde anteayer, no has abierto la caja todavía?

DANIEL.—*(Volviéndose hacia él y mirándole severamente.)* ¡Pedro!

PELIRROJO.—*(Recogiendo velas.)* Por curiosidad, hombre... Por simple

curiosidad... ¿Y... nadie más que tu suegro conoce la combinación?
¿Ni su mujer?

DANIEL.—Ni su mujer; según parece, Arévalo, además de dinero, guarda ahí documentos cuyo secreto le importa mucho.

PELIRROJO.—¿Y no le importa, en cambio, que tú se los fisgues?

DANIEL.—Tiene confianza en mí y supone que, sin permiso suyo, no había de fisgarlos. ¿Es que lo dudas tú?

PELIRROJO.—No, hombre. ¡Qué disparate! Yo qué voy a dudar... Ya sé que una vez que nos hemos hecho honrados... (*Transición, ligeramente.*) La combinación será de tres cifras, claro.

DANIEL.—Sí: 4-16-65.

PELIRROJO.—(*Con extrañeza.*) ¿4-16-65?

DANIEL.—¿Por qué te extraña?

PELIRROJO.—Por nada, por nada...

DANIEL.—(*Dándole al botón de la caja las vueltas que indica.*) Tres vueltas a la izquierda y se marca el 4; dos vueltas a la derecha y se marca el 16; y otra vuelta a la derecha y se marca el 65. Ya está. (*Hace jugar la cerradura, pero inútilmente. Sofocando un grito.*) ¡¿Eh?!

PELIRROJO.—¿Qué pasa?

DANIEL.—Que no se abre.

PELIRROJO.—Me lo estaba figurando.

DANIEL.—¿Cómo?

PELIRROJO.—Que tu suegro no es tan honrado como nosotros, Daniel, y la combinación que te ha dado reservadamente es falsa. Pero olvida la falsa, y prueba a ver qué pasa con esta otra combinación que tengo yo apuntada en un puño: 3-11-40.

DANIEL.—¿Cómo?

PELIRROJO.—Pruébala, hombre, y no desconfíes, que yo no soy tu suegro. Tres...

DANIEL.—(*Marcando en el botón de la caja.*) Tres.

PELIRROJO.—Once...

DANIEL.—Once...

PELIRROJO.—Cuarenta.

DANIEL.—Cuarenta. (*Hace jugar la cerradura.*)

PELIRROJO.—¿Hay apertura?

DANIEL.—(*Asombrado de ver que la caja se abre.*) ¡«Pelirrojo»!

PELIRROJO.—¡Hay apertura! Pero, ¿qué haces?

DANIEL.—(*Cerrando la caja con gesto duro.*) Cerrar.

PELIRROJO.—(*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Cerrar! ¿Sin echar siquiera un vistazo dentro? Hay cosas a las que no me acostumbraré nunca.

DANIEL.—(*Poniendo la trampita y el cuadro en su sitio rápidamente y acercándose al Pelirrojo, a quien coge por un brazo.*) ¿Cómo has sabido la verdadera combinación? ¿Te la ha dicho alguien?

PELIRROJO.—(*Señalando a Eulalia.*) Doña Cañerías. (*Levantándose.*) Pero ella cree que las tres cifras de la combinación son una fecha.

DANIEL.—¿Una fecha?

PELIRROJO.—(*Llamando.*) ¡Eulalia! (*A Daniel.*) Y prepárate a enterarte de una cosa que no ocurre todos los días.

EULALIA.—(*Levantándose, enjugándose los ojos y retocándose la cara.*) Ahí voy, señor Peter.

PELIRROJO.—Porque parece ser que doña Andrea, aquella ama de llaves que murió hace seis meses en el hospital, viene alguna que otra noche por aquí a ver a tu mujer.

DANIEL.—¿Qué estás diciendo?

PELIRROJO.—Y tu mujer baja en puntillas, cuando todos duermen a charlar con el cadáver.

DANIEL.—¿Eh?

EULALIA.—(*Acercándose a ambos.*) Mande usted, señor Peter.

PELIRROJO.—El señor quiere enterarse de algunos detalles... Explícale al señor si no era una carta lo que anoche le dio doña Andrea a la señorita...

EULALIA.—Debía de serlo, pero yo no pesqué más que la fecha. ¡Y a mí no me meta usted en líos, que bastantes motivos tiene una pa...!

PELIRROJO.—(*Mirando al foro centro e interrumpiéndola.*) ¡Chist! (*Se oye reír y hablar a Herminia dentro.*) ¡La señorita! (*En el foro centro aparece Herminia, con traje de noche. Habla hacia dentro, sonriente.*)

HERMINIA.—Voy por él, porque no quiero separarme de mi marido la misma noche de la boda; sería demasiado pronto... (*Ríe mirando hacia dentro, y al avanzar un paso más, queda profundamente seria y preocupada.*)

PELIRROJO.—(*Aparte a Daniel.*) Viene a buscarte.

DANIEL.— ¡Calla, a ver!... (*Quedan los tres ocultos de Herminia en el segundo derecha. Herminia cruza la escena casi corriendo, procurando no hacer ruido, y va a la puerta del foro izquierda inferior. Da con los nudillos suavemente y habla en voz baja, dirigiéndose a alguien que se supone que está dentro.*)

HERMINIA.—No te muevas... No hagas ruido... Luego vendré. (*Herminia va a la izquierda y quita el interruptor metálico que hay medio oculto en el marco.*)

DANIEL.—(*En voz baja.*) ¿Qué hace ahora?

PELIRROJO.—Quitar el contacto de los timbres de alarma. Eso es que va a salir y no quiere que se entere nadie. (*Herminia abre, en efecto, la puerta de la izquierda sin que suene timbre ninguno y se va, cerrando la puerta tras sí.*) Se fue. Fin de la primera parte...

DANIEL.— ¡Vamos allá! (*Corre hacia el foro izquierda inferior.*)

EULALIA.—Señor... ¡No entre ahí!

PELIRROJO.—No te preocupes: lo más que va a encontrar en esa habitación es un ama de llaves muerta hace seis meses.

EULALIA.—¿Y le parece a usted poco?

DANIEL.—(*Abriendo y mirando dentro.*) Aquí no hay nadie.

PELIRROJO.—¿Que no hay nadie? (*Va hacia Daniel.*)

EULALIA.—¿Que no hay nadie? (*Abre unos ojos como puertas.*)

DANIEL.—(*A Pelirrojo.*) Entra y registra la habitación de arriba abajo. Yo me voy a averiguar ahí fuera.

PELIRROJO.—Está bien; pero llévate esto. (*Le da su pistola a Daniel, el cual se va por la izquierda, cerrando tras sí.*) Ven conmigo, Eulalia.

EULALIA.—Ahí voy, señor Peter. (*El pelirrojo se va por el foro izquierda inferior, dejando la puerta abierta. En cuanto él se ha ido, Eulalia cambia de actitud, va a la puerta de la izquierda, la abre, dejándola entreabierta, y accionando el conmutador apaga y enciende tres veces la luz de la chácena; luego corre en puntillas al teléfono y habla en voz muy baja.*) Que se ponga Adelcisa. ¡Ah! ¿Estás al aparato? Oye: es el momento. Sube, que ya le he avisado con la luz. ¡Corre! (*Cuelga el teléfono y se echa a llorar de pronto.*) ¡¡Vamos, que las cosas que a mí me están ocurriendo!! ¡Las cosas que a mí me están ocurriendo!! (*Reacciona, se seca las lágrimas y se dirige al foro izquierda inferior.*) ¡Ahí voy! ¡Ahí voy, señor Peter. (*Se va, cerrando la puerta. Por el foro izquierda superior aparece Teresa, una dama de unos cuarenta años, tapada con un abrigo de viaje. Baja la escalera con precauciones y se va por la izquierda.*)

TÍO.—(*Saliendo de debajo de la escalera, seguido de Castelar.*) Tenía razón el crio aquel, «Castelar». En esta casa hay mucho tomate...

CASTELAR.—Hombre, esto es la huerta de Murcia. Pero a mí las familias así son las que me enamoran. Por algo mi abuelo paterno estuvo seis años creyendo que mi abuela era una señora, que luego resultó ser mi tía. Y si es mi abuelo materno, pues aquél...

TÍO.—¿Vas a dejar ahora en paz a tus abuelos?

CASTELAR.—Nunca encuentras tú ocasión pa hablar de mi familia. ¿A qué viene ese mal humor, con la noche que nos estamos pegando y habiendo averiguao, pa postre, la combinación de la caja?

TÍO.—A que me parece a mí que Daniel no se ha casao pa dar ningún golpe. Que se ha casao por mor del cariño y que se ha precipitao un poco al casarse, «Castelar»...

CASTELAR.—Todo el que se casa se precipita.

TÍO.—Y a que me da en la nariz que está metido en un lío muy gordo. ¿Querrás creerlo? Si no fuera porque el dinero es el dinero y porque lo que han hecho con nosotros el «Pelirrojo» y Daniel se merece un castigo, te diría que nos quedásemos aquí pa echarle una mano.

CASTELAR.—Pues si no fuera por eso, ya te lo habría propuesto yo; porque quedarse en esta casa es como ir al cine. De un lado, por lo que hemos visto, ¿la mujer de Daniel está clara?

TÍO.—Está «Mahou».

CASTELAR.—De otro lado, ¿el suegro no es pa escamarse?

TÍO.—Es pa escamarse.

CASTELAR.—Y la mujer del suegro, ¿no tiene lo suyo?

TÍO.—Y me parece que aspira a tener lo de los demás.

CASTELAR.—Si te pones a estudiar lo de la doña Andrea, esa que después de muerta se da garbeos por aquí...

TÍO.—¡Calcula!

CASTELAR.—Y si es la doncella...

TÍO.—A la doncella me gustaría a mí estudiarla en la intimidad.

CASTELAR.—Y ya habrás visto que, quitao Daniel, que se ha tirao pa la honradez como quien se tira a un pozo, el que más y el que menos sólo piensa en la caja de caudales.

TÍO.—Como que nunca hemos «trabajao» con más competencia.

CASTELAR.—(*Oyendo ruido.*) ¡Ya vuelven! Debe ser el «Pelirrojo». (*Se parapetan tras la escalera. La puerta de la izquierda se abre para dar paso a Menéndez. Es un hombre de unos treinta y cinco años, de mirar resuelto y ademán rápido. Viste gabardina y lleva el sombrero en la mano.*) Pues no es el «Pelirrojo»...

TÍO.—¡Arrea! Éste es nuevo.

CASTELAR.—¡Y qué poco me gusta su cara! (*Se esconden de nuevo debajo de la escalera. Menéndez cierra la puerta, vuelve a conectar el interruptor de la puerta y queda un momento en el centro de la escena, en una actitud indecisa, mirando a su alrededor. Entonces, por el segundo derecha, aparece Adalcisa, trayendo en la mano una chaquetilla blanca de mozo de comedor y la faja. Es una doncella muy mona.*)

MENÉNDEZ.—¡Ah! Ya estás aquí...

ADELICISA.—Acaba de avisarme la Eulalia. No hará mucho que espera usted...

MENÉNDEZ.—No. Acabo de entrar. (*Se quita la gabardina y la americana y se pone la chaquetilla y la faja, ayudado por Adalcisa.*)

ADELICISA.—Dése usted prisa, que puede venir alguien...

MENÉNDEZ.—¿Están aún en el comedor?

ADELICISA.—No. Ya hace rato que están en el salón verde tomando el café.

MENÉNDEZ.—Pues vamos. Esconde eso (*Por sus ropas*), y en seguida a reunirme conmigo, que puedo necesitarte. ¡Anda! (*Se va por el foro centro; Adalcisa hace mutis por el segundo derecha.*)

TÍO.—(*Asomando con Castelar.*) ¡Ay, mi madre!

CASTELAR.—Oye: yo creo que tienes razón tú y que nos debemos quedar aquí pa siempre. Pero, ¿qué clase de bollo es éste?

TÍO.—Pues que ya no falta por aparecer más que un señor con barba... (*Por el foro centro surge Felipe Arévalo, un caballero de unos cincuenta años, de aire suave y apacible. Va de etiqueta y gasta barba entrecana.*)

CASTELAR.—¡Chavó!

TÍO.—Ya está aquí el que faltaba... (*Vuelven a esconderse. Felipe avanza en silencio hacia la izquierda, quita el contacto del interruptor metálico de los timbres, y, consultando su reloj de bolsillo, se dirige a la puerta del primero derecha. En ese momento, en el foro centro, aparece Germana. Sus ojos echan chispas y a duras penas logra contener una gran furia interior.*)

GERMANA.—¡Te habrás quedado muy satisfecho!, ¿verdad?

FELIPE.—(*Volviéndose.*) ¿Eh?

GERMANA.—(*Avanzando hacia él.*) ¡Y has vuelto a burlarte otra vez de mí diciéndome una combinación falsa! Me gustaría saber a qué viene ahora este juego idiota... ¿Para qué todo esto de pronto? ¿Para defender la caja y los papelotes que hay dentro? ¿Crees que te los voy a quitar? Pues estate tranquilo, que no me rebajo yo a tanto. Guárdatelos y que te entierren con ellos.

FELIPE.—El día que me entierren, me enterrarán a mi sólo; y los papeles quedarán aquí, Germana.

GERMANA.—¿Y si en vez de morirte fueras a presidio?

FELIPE.—(*Sin perder su humildad.*) Entonces, quizá no fuera yo solo; y los papeles quedarán aquí también.

GERMANA.—¿Es que me amenazas?

FELIPE.—No, Germana.

GERMANA.—Sí. Me amenazas. Te insolentas. (*En el foro centro aparece Antón, que queda de pie, contemplando la escena sin que se den cuenta de su presencia Germana y Felipe.*) Por lo visto te ha dado ánimos el matrimonio de Herminia... ¿Piensas que su marido te va a guardar las espaldas? Pues bien: sabes que hay algo peor para ti que morirte o ir a presidio; y que, a pesar de todo, el día que se me antoje...

FELIPE.—(*Con aire fatigado.*) Lo de siempre... Tu recurso de siempre para todo... (*Viendo a Antón.*) ¡Eh!

ANTÓN.—(*Inclinándose al verse descubierto por Felipe.*) ¿Llamaban los señores?

GERMANA.—No, Antón.

FELIPE.—No llamábamos.

ANTÓN.—(*Sonriendo, disculpándose.*) Perdonen los señores, pero me pareció oír gritos, y...

GERMANA.—Nadie ha gritado aquí. (*Inicia el mutis por el foro centro. Encarándose en lo alto del foro centro con Antón.*) Me temo mucho que tenga usted el oído demasiado fino, lo cual, en un criado, no es una virtud. Sígame. (*Aparte, en el momento de reunirse con él.*) La combinación era falsa.

ANTÓN.—(*Aparte.*) Peor para él. (*Germana se va por el foro centro y Antón la sigue. Al desaparecer ambos, Felipe vuelve a consultar su reloj y, dirigiéndose rápidamente al primero derecha, abre la puerta con una llave que saca del bolsillo y habla hacia dentro.*)

FELIPE.—Salga usted, Díaz. (*Sale Díaz. Es un hombre de cuarenta años largos, de aire duro y poco simpático. Tiene una cicatriz en la frente.*)

DÍAZ.—¿Es que pensabas tenerme encerrado toda la noche en tu habitación? Dijiste que vendrías a sacarme a las once, y son cerca de las doce...

FELIPE.—No he podido antes. Ahora el contacto de los timbres de alarma está quitado. ¡Aproveche y váyase!...

DÍAZ.—(*Despectivo.*) Aproveche... Tengo que ser yo el que corra, ¿eh? Hasta que me harte, lo eche todo a rodar, ¡y te reviente!

FELIPE.—Váyase. Puede llegar alguien.

DÍAZ.—¿Tienes miedo de que llegue alguien? *(Se ríe.)* Pues no te preocupes: el daño no te va a venir de los demás, sino de mí mismo. ¡Voy a hacer contigo un escarmiento!

FELIPE.—*(Mirando temerosamente a su alrededor.)* Mañana, a primera hora, se lo daré todo...

DÍAZ.—No sé si tendré paciencia para llegar a mañana. Fíjate en esto. *(Saca un revólver y se lo enseña.)* Es nuevo... y a lo mejor lo estreno antes de que amanezca.

FELIPE.—*(Tembloroso.)* No... No...

DÍAZ.—¡Veremos a ver! *(Se va por la izquierda, sin cerrar la puerta. Felipe, al quedar solo, saca un pañuelo y se enjuga el sudor. Por el segundo derecha aparece Adalcisa, avanzando hacia el foro centro.)*

ADELICISA.—¿Deseaba algo el señor?

FELIPE.—Nada. *(Inicia el mutis foro centro.)*

ADELICISA.—¿Qué le ocurre al señor? ¿Se encuentra mal el señor?

FELIPE.—No, no. Estoy bien. Estoy bien. *(Se van ambos foro centro. En cuanto han desaparecido, por la puerta de la izquierda vuelve a entrar Díaz, el cual atraviesa la escena rápidamente y, subiendo la escalera, hace mutis por el foro izquierda superior, cerrando esta puerta.)*

TÍO.—*(Asomando la gaita por debajo de la escalera.)* «Castelar», ¡pero qué clase de tomate!

CASTELAR.—¡Comprenderás que yo de aquí no me voy ni atao!

TÍO.—Hombre, ni yo. La caja la liquido; pero sin empaparme a fondo del lío no me marchó. Y mañana se lo cuento todo en un anónimo a Daniel, pa que él pueda desenredar la madeja. ¿Llevas tú bien la cuenta de todo lo que estamos viendo?

CASTELAR.—Hasta ahora sí. Pero como esto siga un poco más, te vas a tener que traer un taquígrafo.

TÍO.—¡Chist! ¡Achántate, que ahora sí que viene el «Pelirrojo»! *(Se esconden de nuevo. En efecto, por el foro izquierda inferior surge el Pelirrojo. Trae en la mano un traje de hábito oscuro. Viene preocupadísimo, nervioso.)*

PELIRROJO.—No me explico de dónde ha podido salir esto... *(Mirando las ropas.)* ¡Y son de ella! ¡Son de ella! *(Va a meter las ropas debajo del diván de la derecha, cuando por la puerta de la izquierda entra Daniel, impidiéndoselo.)* ¡Ah! Ya estás de vuelta... ¿Y qué?

DANIEL.—He seguido a Herminia hasta el garaje, donde ha estado unos momentos buscando algo en el interior del coche grande, pero, al parecer, no ha hallado lo que buscaba. ¿Y tú? ¿Qué ropas son ésas? ¿Las has encontrado ahí? *(Señalando al foro izquierda inferior.)* ¿A ver?... *(Las mira.)* ¡Son de doña Andrea! ¡Y los que vinieron a desinfectar la habitación quemaron todas las ropas de doña Andrea, Pedro! ¡Hay muchas cosas inexplicables! La misma noche que conocí a Herminia ya noté yo cosas inexplicables. Pon otra vez el contacto de los timbres de alarma.

PELIRROJO.—Ahí voy. *(Va a la izquierda y pone el contacto del*

interruptor metálico. Por el foro izquierda inferior, Eulalia, con una cofia en la mano. Viene corriendo y muy nerviosa.)

EULALIA.—¡La cofia de doña Andrea! ¡La cofia de doña Andrea, señor! ¡¡Pa que luego digan!! ¡¡Hasta la cofia ha aparecido!! ¡Y esta mañana no había ahí ninguna ropa!

DANIEL.—¿Estás segura de que esta mañana no había ahí dentro ninguna ropa?

EULALIA.—Sí, señor. ¿Se convence de que es verdad que hay noches que viene doña Andrea y que yo no lo he soñado, sino que la he visto? ¡Esta noche ha venido también!

DANIEL.—O va a venir, Eulalia...

PELIRROJO.—*(Que miraba por el ventanal.)* Ya está aquí la señorita.

DANIEL.—Bien. Marchaos. Y tú *(a Eulalia)*, fíjate bien en lo que voy a decirte: si le cuentas a alguien algo de lo que has visto o de lo que has oído...

EULALIA.—¿Yo, señor? ¡¡Ay, madre, pero si yo...!!

PELIRROJO.—A ésta déjemela el señor a mí. *(Cogiendo a Eulalia por un brazo y llevándosela hacia el segundo derecha.)* Ven, que te voy a dar un motivo imponente para que llores. Te voy a explicar lo que pienso hacer contigo si abres la boca.

EULALIA.—¡Pero si yo no voy a abrir la boca, señor Peter! *(Se van ambos por el segundo derecha. Daniel, al quedar solo, sube rápidamente la escalera y queda en el primer descansillo, mirando hacia abajo, apoyado en la baranda. A los pocos instantes la puerta de la izquierda se abre, con su correspondiente ruido de timbres. Entra Herminia, que cierra inmediatamente, alarmada del ruido.)*

DANIEL.—*(Desde arriba.)* ¿Quién va?

HERMINIA.—¡Dios mío!

DANIEL.—*(Bajando la escalera y fingiendo sorpresa.)* ¿Tú? ¿De dónde vienes, Herminia?

HERMINIA.—*(Reaccionando, sonriente.)* ¡Ah! ¿Ya andabas buscándome? *(Cogiéndole por un brazo.)* También yo te buscaba. Y hacía tanto calor ahí dentro *(el foro centro)*, que pensé: «Juan está en el jardín»... Entonces salí con la esperanza de que me repitieras, mirando al cielo, aquello que me dijiste hace seis meses, en una velada feliz, como la de hoy: «La luna está tan pálida porque hace exclusivamente vida de noche.» ¿Te acuerdas?... Yo en aquel tiempo era una niña tonta que sólo vivía con la imaginación. Por ti lloré la primera vez, cuando Germana te descubrió todas las mentiras con que había querido hacerme la interesante a tus ojos: y aquel llanto, Juan, me convirtió en mujer. Ya nunca he vuelto a mentirte ni ya te podría mentir jamás. *(Se han sentado en la derecha.)*

DANIEL.—¡Herminia!... Cuando has salido antes al jardín, ¿no han sonado los timbres de alarma?

HERMINIA.—¡Qué pregunta! Claro que sí. ¿Cómo no iban a sonar? Sonaron al salir, igual que ahora, al entrar. ¿Dónde estabas tú, que no los has oído?

DANIEL.—Arriba.

HERMINIA.—¡Ah, arriba! Habrás visto, entonces, que nuestras habitaciones han quedado preciosas...

DANIEL.—Sí.

HERMINIA.—Y quizá no te arrepientes ya de que nos hayamos quedado a vivir aquí.

DANIEL.—Fue imposición tuya.

HERMINIA.—Me hubiera resultado imposible separarme de mi padre. ¿No piensas, como yo, Juan, que hay un drama en su vida?

DANIEL.—En todas las vidas hay un drama, Herminia.

HERMINIA.—(*Con ansia.*) Sí, ¿verdad? (*Dominándose.*) ¿En la tuya también?

DANIEL.—También.

HERMINIA.—¿Y qué drama es ése?

DANIEL.—El haberme enamorado de una mujer hasta el punto de casarme con ella sin descubrirle mi pasado.

HERMINIA.—(*Poniéndose de pie con brusco mal humor.*) ¡Tu pasado no me interesa! Otras veces te lo he dicho ya. El pasado hay que olvidarlo como se olvida la infancia; porque, como la infancia, no tiene más valor, ni ha servido para otra cosa que para llegar al presente. (*Excitada.*) ¡No me interesa el pasado de nadie! ¡Sólo oír hablar del pasado de alguien ya me crispa! Y los seres a quienes quiero no tienen pasado para mí.

DANIEL.—(*Asombrado de su actitud.*) Herminia...

HERMINIA.—(*Dulcificando su tono.*) ¿Qué ha de haber en tu pasado? ¿Errores? ¿Vicios? ¿Alguna mala acción? ¿Otras mujeres? Nada de eso me importa. Hoy (*acercándose a él*), en ti no hay ni malas acciones, ni vicios, ni errores; y la mujer de tu vida soy yo. (*Abrazándole.*) Dame un beso, Juan. (*Lo besa.*) Y perdóname este arrebató. Quizá no tengo los nervios bien. Y a las muchachas que se casan enamoradas hay que concederlas que estén nerviosas el día de su boda... Por lo demás (*sonriendo*), aunque tú hubieras tenido un pasado turbulento, nunca habría sido tan turbulento como el mío... (*Echándose a reír.*) ¿No te acuerdas? ¿No te acuerdas? Confidente de ladrones, traficante en cocaína, mujer de un médico austriaco, asesinado en las plantaciones de caucho del Alto Orinoco. (*Ríe.*)

DANIEL.—(*Mirándola fijamente.*) Sí, ya me acuerdo. Y cómplice de Díaz, aquel maleante que tenía en la frente una cicatriz...

HERMINIA.—(*Poniéndose seria ante la mirada de él.*) ¿Por qué me miras así? (*Esforzándose por echarlo a broma.*) ¿Es que tengo yo también alguna cicatriz en la frente?

DANIEL.—(*Siempre con los ojos fijamente clavados en los de ella.*) Herminia: en seis meses de noviazgo y de confianza, no te he hecho nunca ninguna pregunta, porque tú te negabas a hacerme preguntas a mí. Pero ahora empiezo a pensar si no te negabas tú a hacerme preguntas para que yo, a mi vez, no te preguntase...

HERMINIA.—¿Adónde vas a parar?

DANIEL.—A decir, por primera vez, que aquella noche no todo fue imaginación en ti. Sin sospechar que yo pudiera descubrirla, mezclaste entre tus fantasías una verdad.

HERMINIA.—(*Extrañada.*) ¿Cuál?

DANIEL.—Díaz. Díaz existe; y anda por el mundo, si no ha parado en una cárcel; y es, en lo moral y en lo físico, tal como tú lo describías. No dudo de ti. Pero el corazón me dice que hoy voy a hacer un bien preguntándote... Herminia: ¿dónde y cuándo, y en qué circunstancias has conocido a Díaz? Contéstame.

HERMINIA.—(*Riéndose.*) ¿Pero hablas en serio?

DANIEL.—¿Que si hablo en serio?

HERMINIA.—Puesta a inventar, dije el nombre de Díaz porque fue el primer apellido que se me vino a la boca. Entonces tú me preguntaste: «¿Ese Díaz tenía una cicatriz en la cara?» Y contesté que sí, como pude haber contestado que no. Todavía insististe: «¿En qué parte de la cara?» Y se me ocurrió en la frente... y acerté. (*Riendo.*) Y tú haces un folletín de aquella tontería... ¡Vamos, Juan! (*Con lástima afectuosa.*) Después de esto, ¿a quién podrás convencer de que has tenido un pasado que merezca la pena de investigarse? No será a mí...

DANIEL.—Ni a mí tus bromas podrán convencerme tampoco, Herminia.

HERMINIA.—(*Jubilosamente.*) ¿Es posible?

DANIEL.—Porque, hace un instante, cuando me has dicho que al salir al jardín han sonado los timbres de alarma, me has mentido.

HERMINIA.—¿Que te he mentido?

DANIEL.—Tú misma quitaste el contacto, levantando el interruptor.

HERMINIA.—(*Riendo.*) ¿Yo?

DANIEL.—Y un momento antes llamabas con los nudillos en la antigua habitación de doña Andrea. Y hablabas hacia dentro, diciendo: «No hagas ruido. No te muevas. Luego vendré.» Y anoche bajaste a ese mismo cuarto, cuando todo el mundo dormía; y alguien, una mujer, que te diría que era la propia doña Andrea, si no estuviese tan seguro como estoy de que murió, te entregó un papel escrito, con la combinación numérica que abre la caja de caudales de tu padre. Finalmente, en esa habitación acaban de aparecer unas ropas que usó en vida doña Andrea. ¿Qué dices a todo esto?

HERMINIA.—(*Riendo.*) Digo que eres un encanto, Juan. Pero que la broma llega tarde.

DANIEL.—(*Seramente.*) Herminia, no pretendas envolverme; sería infantil. Cuanto te he dicho ha ocurrido.

HERMINIA.—(*Con benevolencia.*) Bueno...

DANIEL.—(*Más seriamente aún.*) Ha ocurrido, y a ti te consta. Las razones son las que no sé. Pero a mí puedes decírmelo todo: sea lo que sea; puedes confesármelo todo, porque...

HERMINIA.—(*Cortándole, ya un poquito seria también, y con cierta impaciencia.*) Bien, Juan. Para broma quizá es un poquito pesada. ¿No crees?

DANIEL.—(*Después de una pausa, de mirar fijamente a Herminia. Levantándose y yendo decidido al segundo derecha.*) ¡Pedro! (*Volviéndose hacia ella.*) Necesitas ayuda y te resistes a aceptarla... Pero yo voy a ayudarte, Herminia, aun en contra de tu propia voluntad. Y, para empezar, voy a hacerte confesar ahora que lo que he contado ha ocurrido de veras...

HERMINIA.—(*Burlona.*) ¿Cómo? ¿Haciendo que el mayordomo corrobore tus palabras? Un mayordomo dice siempre lo que su amo le ha mandado decir.

DANIEL.—No. Te presentaré pruebas materiales y palpables. (*Por el segundo derecha aparece el Pelirrojo.*)

PELIRROJO.—¿Llamó el señor?

DANIEL.—Sí. Tráete las ropas encontradas en la habitación de doña Andrea.

PELIRROJO.—¿Qué ropas, señor?

DANIEL.—(*Volviéndose.*) ¿Qué ropas van a ser? Las que encontrasteis Eulalia y tú al registrar la habitación.

PELIRROJO.—No sé de lo que me está hablando el señor. Sin duda el señor está confundido. Ni yo he registrado con Eulalia la habitación de doña Andrea, ni he encontrado ropa ninguna.

HERMINIA.—Vamos, Peter. Mírale al señor frente a frente... Apuesto a que te está guiñando un ojo y tú no te das cuenta.

DANIEL.—(*Que se ha acercado al Pelirrojo. Aparte.*) ¿Eres imbécil? Te estoy hablando en serio.

PELIRROJO.—(*También aparte.*) Pero si es que no sé a que te refieres, Daniel... Yo no he registrado la habitación con Eulalia y mal he podido encontrar nada en ella.

HERMINIA.—(*Desde el otro extremo de la escena.*) ¿Qué? ¿Ya recuerdas lo que el señor te dice que ocurrió, Peter?

PELIRROJO.—(*Aparte a Daniel.*) Espera... (*Se asoma al segundo derecha. Habla hacia dentro.*) Ven aquí tú... (*Saca a Eulalia por un brazo del segundo derecha.*)

EULALIA.—(*Asustada.*) ¡Señor Peter!

PELIRROJO.—¿Has registrado tú conmigo la habitación de doña Andrea? ¿Hemos encontrado algo dentro?

EULALIA.—¡No, señor Peter! ¡Yo no he visto nada! ¡Yo no he oído nada! ¡A mí no me meta usted en líos, que bastante tiene una con...! (*Llorando.*) ¡Ay, Virgen Santísima, qué día llevo hoy!!

HERMINIA.—(*Avanzando.*) Bien, Peter. Puedes retirarte. Y tú también, Eulalia. El señor quería gastaros una broma, pero vosotros sois muy torpes y no entendéis las bromas. Id con Dios.

PELIRROJO.—Sí, señora.

EULALIA.—Señora... (*Se van por el segundo derecha.*)

HERMINIA.—(*Avanzando a Daniel. Sonriendo.*) Mentira parece que un hombre, tan hombre como tú, sea igual que un chiquillo... Apuesto a que, como los chicos, ahora te has enfadado de que esos infelices no hayan sabido llevarte el aire. ¡Tonto! (*Cogiéndole por un brazo.*)

Anda, ven. Vamos con la gente. Seguro que están ya murmurando de nosotros. Y cuando regañes a Peter, no le regañes demasiado, ¿eh? (*Van a salir, cuando en el foro centro aparece Felipe.*)

FELIPE.—Venía a buscaros. No se puede tener a los amigos abandonados en una noche como ésta.

HERMINIA.—Sí, padre. (*Inicia el mutis foro y centro.*) Ahí voy. (*Parándose.*) ¿Has tomado tu medicina? Son las doce...

FELIPE.—A eso iba.

HERMINIA.—Pues hasta ahora. (*Se va por el foro centro.*)

FELIPE.—Y a ti, Juan, tengo algo que decirte... Urge que sepas que la combinación de la caja que te di anteayer ya no abre. La cambié anoche por 3-11-40.

DANIEL.—(*Sorprendido agradablemente.*) ¿Eh?

FELIPE.—Te parecerá raro... Ya te explicaré el por qué de eso y de otras muchas cosas. Desde hoy eres mi hijo, Juan. ¿Y quieres que te descubra la verdad? De todos los que me rodean sólo creo en ti y sólo confío en ti. ¡Y no sabes bien lo que necesito confiar en alguien!

DANIEL.—(*Emocionado.*) ¡Arévalo! ¡Arévalo, es necesario que hablemos de muchas cosas; principalmente de mi pasado, que, para merecer yo semejante confianza, debe usted antes conocer a fondo y en toda su miseria!

FELIPE.—Respecto a eso, ya te he expuesto otra vez mi opinión. Si tu origen es humilde o miserable, me da igual. ¿Crees que yo desciendo de príncipes? El nacimiento no significa nada. (*Mirando el reloj.*) Las doce y cinco; se me pasa la hora de la medicina. Ahora vuelvo. (*Se va por el primero derecha, cerrando. Daniel, cuando Arévalo se ha ido, se asoma al segundo derecha.*)

DANIEL.—(*Llamando hacia dentro.*) ¡Pedro..., Pedro! (*Se va por el segundo derecha.*)

TÍO—(*Saliendo de la escalera.*) ¡Arrea, «Castelar»! Vamos a aprovechar mientras Daniel le entreviua al «Pelirrojo» por el lío de las ropas... ¡Arrea, antes de que salga otro, o entre una, o vengamos dos, o crucen tres. (*Va hacia el foro derecha.*)

CASTELAR.—¿Pero es que vamos a irnos sin saber lo que aquí pasa, «Tío»? (*Tío ladea el cuadro, da al resorte y descubre la caja.*)

TÍO.—No. Pero la «tela» es la «tela», y luego habrá tiempo de lo demás... Vigila bien. (*Mientras Castelar queda en el centro de la escena. Tío marca números en la caja.*) 3... 12... 40. (*Hace jugar la cerradura, que no cede.*) ¡Maldita sea, no se abre! (*Al Castelar.*) ¡Qué no se abre, tú!

CASTELAR.—(*Acudiendo al foro derecha.*) Pero ¿cómo no se va a abrir? ¿Pues qué has marcao?

TÍO.—Tres, doce, cuarenta.

CASTELAR.—Es que no es doce, sino once; ni es tres, sino que es cuatro.

TÍO.—¿Cuatro? (*El Castelar pasa a la caja.*)

CASTELAR.—Cuatro, sí, cuatro. (*Marca él mismo en la caja.*) Cuatro...

once... cuarenta. (*Juega la cerradura, que no cede.*)

TÍO.—¿Qué?

CASTELAR.—Que tampoco.

TÍO.—¡Como que no es cuatro, so bestia! ¡Como que no es cuatro!

CASTELAR.—¿Pues qué es?

TÍO.—¡Dos! ¿Te has enterado ya? ¡¡Dos!! (*Pasa él a la caja.*)

CASTELAR.—Pues no es ni dos ni cuatro. ¡Ahora me acuerdo! ¡¡Es tres!!

TÍO.—¡Te digo que es dos!

CASTELAR.—¡«Tío», no me pongas nervioso, por tu padre, que ya me acuerdo de la combinación entera! ¡¡Que ya me acuerdo de toda!! ¡Que te la puedo decir de corrido!

TÍO.—Venga. Di.

CASTELAR.—(*Agitadísimo.*) Tres... Triborcie... Tratrenca...

TÍO.—¿Cómo?

CASTELAR.—Tretitroncie... Tiborcía... Travencia...

TÍO.—Bueno. Hasta que no te tranquilices, cállate, porque hablas en balde. Voy a probar yo la 2-11-40, que es fetén... (*Manipula en la caja. En este instante, por el segundo derecha, aparece Daniel, pensativo y abstraído. Se detiene, mirando al suelo, hablando para sí, y sin darse cuenta de la presencia de Castelar y el Tío.*)

DANIEL.—¿Qué explicación tiene esto? ¿Por qué me niega que encontró las ropas del ama de llaves? ¿Y las ropas, dónde han ido a parar? (*Paso a paso, mirando al suelo y reflexionando, se dirige al foro centro, donde se detiene otra vez a encender maquinalmente un cigarrillo. Castelar, que, al verle, se ha quedado como una estatua, avisa al Tío nerviosamente y se mete detrás de un sillón de la izquierda.*)

CASTELAR.—¡Tres triborcies conuncio!

TÍO.—(*Sin mirarle y marcando números.*) ¡Que te calles, «Castelar»!...

CASTELAR.—(*Desde su escondite, con angustia.*) ¡Trestriborcies conuncio pirepinocias!

TÍO.—¿Pero te vas a callar, berzotas? (*Marca números en la caja. Daniel, de pronto, oye ruido y alza la cabeza, volviéndose.*)

DANIEL.—¿Eh?

CASTELAR.—(*Con un soplo de voz, porque se ha dado cuenta del movimiento de Daniel.*) ¡Triborcies! ¡Conuruncio!...

TÍO.—Bueno. Lo que tú quieras. (*Acabando de marcar.*) Y cuarenta... (*Juega la cerradura inútilmente.*) ¡¡Tampoco!! ¡Si tendré yo la negra! (*Daniel, entretanto, ha avanzado lo suficiente para descubrir al Tío, y después de dominar su primer gesto de sorpresa, se pone al lado suyo, junto a la caja.*)

DANIEL.—Prueba la tres, once, cuarenta.

TÍO.—(*Sin darse cuenta de que quien le habla es Daniel.*) ¿Tres, once, cuarenta?... ¡Calla, pues puede que sea ésa! (*Marcando.*) Tres, once, cuarenta. (*Hace jugar la cerradura y la caja se abre. Alegrísimo. Volviéndose hacia Daniel y abrazándole.*) ¡Esa es! ¡¡Esa es!!

(Abrazado a Daniel, se da cuenta, de pronto, de que no es el Castelar a quien está abrazado.) ¿Eh? *(Se separa bruscamente y le mira de frente. Despachurrado y con una gran cara de primo.)* ¡Ah!... *(Sin dejar de mirarle, retrocede y cierra la caja. Se vuelve de nuevo hacia Daniel.)* Hola... *(Le da al resorte y hace correrse la trampilla. Volviéndose hacia Daniel.)* Hola, Daniel... *(Coloca el cuadro en su sitio, lo limpia con la gorra y se vuelve hacia Daniel otra vez.)* Hola, ¿qué tal? *(Desconcertado por el silencio de Daniel.)* Aquí estoy, porque he venido... He venido a... A eso de la de ahí... Ya sabes. A lo de... ¡eso! Y ahora me voy por lo de... Por lo de allá... Ya comprendes... Te parecerá extraño, claro... *(Señalando hacia la izquierda.)* Aquél te explicará *(Llamando.)* ¡«Castelar»! ¡Oye! *(A Daniel.)* ¿Ves? También el «Castelar» ha venido. *(Al Castelar, que, ya descubierto, ha salido de detrás del sillón y avanzado tímidamente dos pasos.)* Oye... Explícale aquí, a Daniel, cómo ha sido el venir.

CASTELAR.—Turutenencia tara de pilobaco el espories, y remitos... *(Se para de pronto, mirando muy fijo a Daniel.)*

DANIEL.—Traidores... ¿Esto es lo que yo puedo esperar de vosotros? ¡Mangantes! ¡Chorizos! ¡Palanqueteros!...

TÍO.—Eso no, Daniel...

DANIEL.—Eso sí. ¡Y nada más que eso!

TÍO.—Hemos venido a por la caja, pero sin palanqueta. Con el tanteador... Yo manejo el tanteador...

DANIEL.—Tú qué vas a manejar, desgraciado... Si has nacido para «tomador del dos» y no has pasado de ahí... *(Volviéndose a Castelar.)* Y este «consorte» indecente...

CASTELAR.—Daniel, «consorte», bueno; pero indecente, no... Porque uno podrá ser «consorte» de un compadre que va y le dice a uno: — «Castelar», vamos a dar un golpe esta noche—. Pero uno, si tuviera uno la pata de casarse con una chica rica, no abandonaría uno a los antiguos compinches, dejándolos tiraos, como un gato en un solar...

DANIEL.—¿Sabía yo por dónde andabais? ¿Habéis venido alguna vez a pedirme algo?

TÍO.—Hombre, siempre se está a tiempo...

DANIEL.—¿Ahora? ¿Después de esta traición? ¿Qué clase de ladrones sois vosotros, que no sabéis respetar la casa de un compañero?

TÍO.—*(Ya arrepentido.)* Daniel...

CASTELAR.—Hombre, Daniel...

DANIEL.—¿Cómo no se os cae la cara de vergüenza de haber querido «afanar» aquí? ¡Y justamente la noche de mi boda!

TÍO.—*(Confuso.)* Nosotros...

CASTELAR.—Yo te aseguro, Daniel...

DANIEL.—¿Es así como felicitáis a un amigo, a un antiguo jefe, que se casa enamorado y que se retira para siempre?... Ninguno de los dos tenéis corazón, ni coraje, ni fantasía, como debe tener un ladrón de altura para presumir de categoría y de clase; porque, si los tuvieseis, estando como estáis en activo habríais hecho lo que han hecho los

compañeros a quienes, en premio, he invitado a la fiesta; que se han pasado toda la noche de ayer «trabajando» joyerías y casas de objetos de arte, para poder ofrecerme un recuerdo del día de hoy. No he querido aceptarlos, porque lo honrado era no aceptarlos, y yo soy ya un hombre honrado. Pero ¡ahí se ve la clase, «Tío»! ¡Ahí se ve la categoría, «Castelar»!

TÍO.—(*Haciendo pucheros.*) Daniel...

CASTELAR.—(*Restregándose los ojos.*) Daniel, yo...

DANIEL.—Cuando se es como vosotros, no se presume; cuando se es carne de Comisaría y de quincena...

TÍO.—Daniel: yo he cumplido seis años en Ocaña.

CASTELAR.—Y yo tres en Santoña.

DANIEL.—¡Vosotros qué vais a cumplir! Vosotros no sois más que dos «chorizos» vulgares, y como no sois más que dos «chorizos» vulgares, habéis venido a «trabajar» aquí hoy, en lugar de haberos cargado el cierre de una tienda de flores, para llenar esta noche mi casa de rosas, que eso sí que lo hubiera aceptado, y no lo habría olvidado jamás... Porque no tenéis imaginación, ni compañerismo, ni sabéis lo que es un afecto..., y acabaréis «afanando» bolsillos de criadas en los mercados.

TÍO.—(*Soltando el trapo y sacando un pañuelo.*) Bueno, ya está bien, Daniel...

CASTELAR.—(*Sacando un pañuelo también.*) Sí, Daniel; ya está bien...

TÍO.—(*Llorando.*) Di que andas buscando que uno la hingue, maldita sea, y ya te has salido con la tuya...

CASTELAR.—(*Llorando.*) Que venga uno de buena fe a una casa pa que luego...

TÍO.—Mal está lo hecho, y ahora comprendo que no ha sido de compañero y de amigo, pero decirle a uno las cosas que nos estás diciendo...

DANIEL.—No voy a deciros ninguna más. Porque ahora mismo os vais a ir a la calle, que es lo vuestro. (*Va a la izquierda y hace jugar el interruptor metálico, quitándolo.*)

TÍO.—Nos echa...

CASTELAR.—Y nosotros que pensábamos quedarnos pa ayudarle.

TÍO.—¡Y con lo bien que se debe vivir aquí, «Castelar»...!

DANIEL.—(*Que ha abierto la puerta.*) Ya podéis salir sin ruido.

TÍO.—Pero... (*Va hacia él.*)

DANIEL.—A la calle...

TÍO.—Daniel, atiende un momento... Aparte de lo de la «tela», nosotros queríamos favorecerte y echarte una mano, porque...

DANIEL.—¡A la calle! (*Por el primero derecha aparece Felipe, que queda un instante en la puerta sin que le vean.*) Que sólo hablaros me avergüenza y no sois dignos ya de tratar conmigo. Como si no nos hubiéramos conocido nunca; como si nunca hubiéramos tenido nada que ver. A la calle. Y tú, el primero, «Tío». (*Al oír esto último, Felipe avanza y se interpone entre ellos.*)

FELIPE.—¡No, Juan!

DANIEL.—¿Eh?

TÍO.—(*Aparte.*) ¡Arrea! ¡El barbas! (*Inicia el mutis con Castelar.*)

FELIPE.—(*Conteniéndoles.*) ¡Chist! Ustedes, quietos, amigos míos! (*A Daniel.*) Eso no, Juan. Eso no...

DANIEL.—¿Qué dice usted, Arévalo?

FELIPE.—Que tu tío no se va de aquí. Que tu familia, por humilde que sea, no se merece esto. Te conozco y comprendo que no lo haces por dureza de corazón hacia ellos, sino por delicadeza para conmigo. Pero ya sabes cómo pienso respecto a eso; bien poco hace que hablábamos del asunto. La humildad del origen nada importa; y la pobreza, mucho menos. Si tú has logrado triunfar de la vida en América, elevándote sobre el pasado, y si ellos no han tenido esa suerte y vienen ahora a ampararse en tu posición social, hay que ampararlos. Es deber tuyo y mío.

DANIEL.—Pero...

FELIPE.—Vistiéndoles, equipándoles, instalándolos con nosotros, como de la familia que son. Tu tío se queda a vivir aquí por ahora.

TÍO.—Muchísimas gracias. No encuentro palabras más...

FELIPE.—(*A Castelar.*) Y usted, también. ¿Qué es usted de Juan?

CASTELAR.—Primo.

FELIPE.—(*A Daniel.*) ¿Y es ésta toda tu familia?

TÍO.—No tiene más que a nosotros en el mundo, don Felipe.

FELIPE.—¿Qué es eso de don? Trátame con confianza. Llámame Arévalo. O Felipe a secas. Así como así, el corazón me dice que usted y yo simpatizaremos e intimaremos pronto, y que, juntos, vamos a pasar muy buenos ratos. ¿Qué tal maña se da usted para el «robby»?

TÍO.—(*Alarmado.*) ¡¿Cómo?!

FELIPE.—Le pregunto si juega al «robby».

TÍO.—(*Tranquilizándose.*) ¡Ah! Es un juego... Es que la palabra me ha chocado. Pues... no lo juego, pero me suena.

FELIPE.—Es muy fácil. Yo lo juego muy bien; se lo enseñaré, y en un mes me comprometo a hacer de usted un profesional del «robby».

TÍO.—Eso antes de un mes.

FELIPE.—Y por el momento, Juan, el mayordomo tiene que proporcionarles ropas. Mañana haré que avisen a mi sastre. (*Llamando hacia el segundo derecha.*) ¡Peter! ¡Peter!

DANIEL.—(*Yendo hacia él.*) Arévalo... Escuche usted, Arévalo... Esto no es posible...

FELIPE.—¿Que no es posible? Lo es para mí, ¿y no va a serlo para ti? Juan, no me hagas rectificar el juicio moral que me mereces. ¡Peter! (*Se va por el segundo derecha. Hay un silencio. Castelar y el Tío están encantados del sesgo del asunto, pero temen la explosión de indignación de Daniel. Éste permanece unos instantes mirándoles de hito en hito.*)

DANIEL.—(*Muy serio.*) Bueno; ya comprenderéis, granujas, que mañana mismo... (*Hace una castañuela con los dedos, indicando que*

saldrán los dos pitando al día siguiente.)

TÍO.—Mañana mismo, ¿qué?

CASTELAR.—¿Que nos vayamos?

TÍO.—¿Que nos vayamos, con lo simpático que yo le he sido a Felipe y...? ¡Venga, hombre!...

DANIEL.—(*Comiéndoselos con los ojos.*) Mañana por la mañana recibo yo una carta de Buenos Aires, firmada por el encargado de un negocio que tengo allí, en la que me dirá que han surgido dificultades y que es preciso que vaya con urgencia una persona de toda mi confianza. Y tú (*Al Tío*) te largas de aquí inmediatamente, explicando que no quieres perder el primer barco, y éste (*Castelar*), te acompaña para que no hagas el viaje solo.

TÍO.—Bueno, Daniel; pero nadie se va a Buenos Aires así, sin ocho o diez díttas pa preparar cosas...

DANIEL.—¡Os vais de esta casa en cuanto yo diga que he recibido la carta, porque queréis estar mañana sin falta en Barcelona! ¿Entendido?

CASTELAR.—(*Al Tío.*) Quiere echarnos y nos echa, «Tío». No hay na que hacer. Ya ves el cuento que se ha discurrido en dos patás...

TÍO.—Está bien, Daniel; nos iremos mañana. To lo que nos has largao antes a nosotros de compañerismo, de afeztos, de corazón, etcétera, etcétera, te lo podría yo largar ahora a ti, pero yo no soy orador, como dicen los oradores. Teníamos la oportunidá de quedarnos en esta casa, que es la oca, en lugar de andar por ahí fuera, expuestos siempre a que le «trinque» a uno la «bofia». Y teníamos la oportunidá de hacernos honraos pa los restos; pero tú quieres ser honrao tú sólo pa refregárselo a uno. Bien está. Sólo que el que ha sido del oficio no deja nunca de ser del oficio, aunque deje de ser del oficio. Tú tienes cuentas pendientes igual que nosotros, y si un día un agente se colase aquí, y le diera en la nariz quién eres, te pondrían a la sombra igual que a nosotros, por más honrao que estés siendo y aunque pagues inquilinato; porque lo pasao no se borra ni con un matrimonio ni con una goma de «Faber». Ojalá no ocurra, Daniel; pero si algún día nos «trinca» a los tres, entonces no habrá entre nosotros diferencias sociales, que se dice; y puede que comprendas que no éramos tan granujas, ni tan desagradecidos, ni tan malos compañeros como tú nos haces. Y pa entonces ya nos dirás qué ha pasao con el lío de doña Andrea, con los barullos de tu suegra, con el laberinto en que está metido el pobre Felipe, con la amnesia del «Pelirrojo», con el crio misterioso, con el otro crio que va vestido de crio, pero que no es crio; con la doncella llorica, que también tiene lo suyo; con la señora del abrigo abrochao, con el gachó que ha estrenao hoy revólver, y con tu mujer, que eso necesita un capítulo aparte, como decía don Ale Dumas...

DANIEL.—(*Cuya estupefacción crecía conforme iba hablando el Tío. Avanzando hacia él.*) ¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha contado a ti que...?

TÍO.—(*Riendo, al Castelar.*) Contar... ¿Oyes tú? Contar... (*A Daniel.*) ¡Visto! ¡Visto con estos ojos bonitos, que en las horas que llevamos aquí si lo escribimos todo, salen diez entregas!

CASTELAR.—Estás metido en un bollo de a kilo, Daniel. Y nosotros pensábamos echarte una mano, porque un testigo presencial es siempre un testigo presencial. En fin: ya sabes tú la fuerza que manda un testigo presencial...

TÍO.—(*A Daniel.*) Pero estate tranquilo, que, como somos quien somos, a pesar de tu conducta, te lo vamos a contar todo.

CASTELAR.—Pe a pa.

TÍO.—Ahora, que eso no se cuenta en una noche...

CASTELAR.—Y menos en una noche de bodas.

TÍO.—Eso necesita calma, buenos sillones, alimentación sana y algún cigarro...

CASTELAR.—Y días por delante.

TÍO.—Eso es; días por delante pa ayudarte a desliar el ovillo, lo que vamos a hacer éste y yo, como dos jabatos.

DANIEL.—Pero...

TÍO.—¡Chist! ¡Que viene Felipe! (*Por el segundo derecha aparece Felipe, seguido del Pelirrojo.*)

FELIPE.—De mi ropa no les servirá nada. (*Al Pelirrojo.*) Tienes que elegir lo que sea en el guardarropa del señor. Y hazlo cuanto antes. (*Al Castelar y al Tío.*) Suban ustedes con el mayordomo. (*Al Pelirrojo.*) Peter: te presento al tío y al primo del señor.

PELIRROJO.—(*Que ha quedado asombrado, al ver en escena al Castelar y al Tío, en el colmo del asombro.*) ¿Eh?

TÍO.—(*Aparte al Castelar.*) Este recobra la memoria de la impresión.

FELIPE.—Desde hoy vivirán con nosotros y tú te tienes dos nuevos amos, Peter.

CASTELAR.—(*Aparte al Tío.*) Y ahora se cae al suelo.

PELIRROJO.—(*A Felipe.*) Sí, señor. (*A Daniel, aparte.*) ¿Qué quiere decir esto?

FELIPE.—Voy a darles la noticia a Herminia y a Germana. Estoy seguro de proporcionarles una gran alegría. (*Se va por el foro centro.*)

PELIRROJO.—(*A Daniel.*) Pero no me digas nada, que ya me lo explico. Estos furcios han entrado a «trabajar» aquí, les ha sorprendido Arévalo y has tenido que arreglarlo tú, haciéndoles pasar por unos parientes pobres. Ahora comprendo quién pretendía forzar la caja...

TÍO.—(*Al Castelar, por el Pelirrojo.*) ¿Qué chico más listo, verdá?

CASTELAR.—Como que creo que está el primero en su colegio.

PELIRROJO.—Pero supongo (*A Daniel*), que tú no consentirás que se queden, Daniel.

DANIEL.—Por ahora se van a quedar.

CASTELAR.—¿Lo has oído..., «Peter»?

TÍO.—Nos vamos a quedar a jugar al «robby»... y, de paso, a ver si encontramos las ropas de doña Andrea...

PELIRROJO.—¿Qué?

DANIEL.—(*Al Pelirrojo.*) Ellos vieron también, escondidos debajo de la escalera, que tú sacaste las ropas encontradas en la habitación, Pedro. Y que te las llevaste para abajo.

PELIRROJO.—(*Perplejo.*) Entonces no hay duda de que las encontré. Pero, ¿y cómo se me ha podido borrar de la memoria de esta forma? ¿Y dónde han ido a parar las ropas? Si me las llevé al bajar, ¿dónde las puse? ¿Y cómo no recuerdo nada de eso, precisamente de eso, Daniel?

TÍO.—Nosotros te ayudaremos a despejar la incógnita. ¿Verdá, tú?

CASTELAR.—Sí. Pero hay tiempo. Por ahora que se traiga algo para excitar la imaginación... (*Se sienta en un sillón de la izquierda, hecho un duque.*)

TÍO.—(*Sentándose en el otro sillón.*) Hombre, sí... ¿Café?

CASTELAR.—No. Coñac «Fundador».

TÍO.—(*Al Pelirrojo.*) Pa dos. Copa grande. (*Por el foro centro surgen Felipe, Herminia y Germana.*)

HERMINIA.—¿Es posible?

GERMANA.—¿Es posible?

FELIPE.—Ahí los tenéis.

HERMINIA.—¡Pobrecillos!

GERMANA.—¡Huy! ¡Qué pintas!

FELIPE.—(*Al Pelirrojo.*) Pero, Peter, ¿aún no les has preparado ropa a los señores?

PELIRROJO.—Ahora mismo, señor. (*Sube por la escalera de la izquierda lentamente, y queda en la galería contemplando la escena.*)

HERMINIA.—(*A Daniel.*) ¿Y cómo no me dijiste nunca nada? Esto sí debiste decírmelo, Juan.

FELIPE.—(*A Daniel.*) Preséntaselos.

DANIEL.—(*Tragando saliva.*) Mi tío Joaquín... (*Por el Tío.*) Mi primo Emilio... (*Por el Castelar.*) Mi mujer... (*Por Herminia.*)

HERMINIA.—(*Rectificando.*) Su sobrina y su prima, Juan. (*Yendo hacia Castelar y el Tío y apretándoles las manos.*) ¡Bien venido, Joaquín! ¡Bien venido, Emilio! Esta es vuestra casa. La familia de Juan es mi familia... (*Quedan formando grupo. En el foro centro han aparecido Adalcisa y Menéndez, que observan la escena.*)

MENÉNDEZ.—(*A Adalcisa.*) Pero, ¿son familia de tu amo?

ADELICISA.—Por lo visto, parientes pobres, señor Menéndez.

MENÉNDEZ.—Entonces no importa que se enteren también. Vamos allá... (*Avanzando hacia el grupo.*) Perdonen ustedes.

TODOS.—(*Volviéndose.*) ¿Eh?

MENÉNDEZ.—Hace un rato que espío la ocasión de encontrarles juntos y separados de los invitados, y, felizmente, lo consigo a tiempo todavía.

FELIPE.—¿Qué dice usted?

DANIEL.—¿Y qué libertades son esas en un...?

ADELICISA.—Perdón, señor. (*A Felipe.*) Pero aunque lo parezca, no es un criado...

HERMINIA.—¿Cómo?

MENÉNDEZ.—Señor Arévalo; me llamo Menéndez. (*Volviendo la solapa de la chaquetilla y enseñando la placa.*) Soy agente de policía. (*Desbandada general. El Pelirrojo abandona la galería y escapa por la puerta del foro izquierda superior. Castelar y Tío salen arreando escaleras arriba y se van por la misma puerta. Daniel se echa la mano al bolsillo de la pistola, retrocediendo dos pasos y poniéndose en guardia. Felipe, Herminia, Menéndez, Adalcisa y Germana, estupefactos.*)

GERMANA, HERMINIA, FELIPE, MENÉNDEZ Y ADELICISA.—¿Eh?

TÍO.—¡Adiós, Felipe!

HERMINIA.—¿Qué les ocurre?

FELIPE.—¿Qué les pasa?

MENÉNDEZ.—¿A qué viene esto?

DANIEL.—(*Tranquilizándose ante la actitud de Menéndez pero sin perderlo de vista, y sacando del bolsillo una pitillera en vez de la pistola.*) Han debido ir a buscar la ropa. Se avergüenzan de sus vestidos. ¡Los pobres!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Ha transcurrido una hora. El reloj de caja del foro aparece parado en la una y media.

Al levantarse el telón, en escena *Herminia, Germana, Felipe, el Tío, el Castelar, el Pelirrojo, Daniel, Adelcisa, Eulalia, Antón, Monchita, Larda, Muguruza, Ríos, Delfina, Lucía y Marifé*. A los primeros ya los conocemos. De los desconocidos hasta ahora, *Monchita*, que es una señora de cuarenta años muy corridos, pertenece a esa clase de mujeres que han perdido la memoria respecto al paso de los años, y vive, se viste, acciona y actúa como si tuviese quince o dieciséis. *Marifé*, su hija, es una chica bastante mona y bastante sosa, que no tiene otra cosa de particular que el hallarse en relaciones formales con su novio. Este novio es *Muguruza*, un pollo que, a su vez, no tiene de saliente sino el ser novio de *Marifé*. *Laredo* es un caballero de unos cincuenta años, con cara de aburrido, lo que se explica uno en el acto, al saber que es padre de *Marifé*, futuro suegro de *Muguruza* y marido de *Monchita*. *Ríos* es un hombre de unos treinta años, de buen aspecto; y *Lucía* y *Delfina*, dos guapas muchachas de veinte a veinticinco años. La disposición de los personajes al comenzar el acto es la siguiente: *Adelcisa* está sentada al piano, tocando. *Monchita* de pie, al lado del piano, con un papel de música en la mano, se halla en pleno concierto de canto. Los demás escuchan formando grupos, menos *Marifé* y *Muguruza*, que, en el diván de la izquierda, ajenos a todo y con las manos cogidas, se miran a los ojos embelesados. El *Pelirrojo* se halla de pie, junto al piano, pasándole a *Adelcisa* hojas de la particella. En la derecha, sentados, *Laredo* y *Felipe*, y entre ellos, también sentados, el *Tío* al lado de *Laredo*, y el *Castelar* junto a *Felipe*. El *Tío* y *Castelar* son los únicos que han cambiado de indumento, pues van vestidos de etiqueta, con ropas que denuncian claramente que el difunto era mayor; ambos se sacuden con frecuencia grandes latigazos de coñac y se están fumando unos puros imponentes, con sortija y todo. En la izquierda, también formando grupo, sentadas en los sillones, aparecen *Germana, Herminia, Lucía* y *Delfina*. Sentados en el foro centro se hallan *Daniel* y *Ríos*. *Antón* está de pie, en una actitud respetuosa, ante la puerta del segundo derecha. Y, finalmente, junto a *Antón*, se ve a *Eulalia*, trístísima, con un pañuelo en la mano.

EMPIEZA LA ACCIÓN

Unos momentos antes de levantarse el telón ya se oye a *Monchita* cantar. El telón se levanta en plena romanza.

MONCHITA.—(*Cantando.*)

Yo soy la flor
de suave olor
que expande su perfume alrededor.
Yo soy la flor
multicolor
que nace y muere al ritmo del amor.
Yo soy la flor.
Yo soy la flor.

TÍO.—(*Aparte a Laredo.*) Qué tizeretazo tiene...

MONCHITA.—(*Cantando.*)

Yo soy la flor
que ama el calor
y brilla ante el rocío mañanero.
Yo soy la flor
que de dolor
se muere si la olvida el jardinero.
¡La, la, la, la, la, la, la!
¡La floooooooooor!

(*Todos aplauden.*)

PELIRROJO.—¡Bravo!

FELIPE.—¡Bravo!

GERMANA.—¡Muy bien!

TÍO.—¡Mucho!

CASTELAR.—¡De nácar! ¡Le ha salido a usted de nácar!

MONCHITA.—(*Saludando a derecha e izquierda.*) Gracias.

CASTELAR.—De nácar.

MONCHITA.—Muchas gracias. (*A Adelcisa, que intenta levantarse del piano.*) Hijita, no se levante, que aún no he terminado...

TÍO.—(*A Laredo.*) ¡Arrea, pero si va a cantar más...!

DANIEL.—(*Que se ha levantado y se ha acercado a Monchita.*) En esta romanza se ha superado usted, Monchita.

HERMINIA.—(*Que se ha levantado y se ha acercado a Monchita con Germana, Lucía, Delfina y Ríos.*) Monchita se supera siempre, porque cuando canta lo siente.

TÍO.—(*Aparte a Laredo.*) Lo sentimos todos, ¿verdad, usted?

MONCHITA.—Muchas gracias... Muchísimas gracias...

EULALIA.—(*Al Pelirrojo, llorando.*) ¿Ha visto usted qué canción tan sentimental, señor Peter?... (*Quedan formando grupo el Pelirrojo, Eulalia y Adelcisa.*)

MONCHITA.—(*Yendo hacia el grupo de Laredo.*) Pero los aplausos que más me conmueven son los de estos nuevos amigos. (*Al Tío y al Castelar.*) Porque es a ustedes a quienes estoy dedicando esta noche

mi actuación.

CASTELAR.—Pues a nosotros nos ha dejao usté ya bizcos del derecho.

TÍO.—(*Aparte a Castelar.*) Más finura, «Castelar».

MONCHITA.—Lo creo. El final de la romanza, a pesar de lo alto que está, lo he alcanzado divinamente; y eso que a mí en las escalas me es difícil subir...

CASTELAR.—Claro, por el peso...

TÍO.—(*Aparte.*) «Castelar», cállate. Déjame a mí.

MONCHITA.—Pero, en cambio, en la nota última, que es más baja, me había propuesto dar el do de pecho, y lo he dado.

TÍO.—Usté de pecho puede dar lo que quiera, y aún le sobra. (*Aparte a Castelar.*) ¿Ves? Este es el tono.

FELIPE.—(*Levantándose.*) Pero, ¿cómo? (*Yendo al grupo de Herminia. A Ríos, Lucía y Delfina.*) ¿Se van ustedes también?

MONCHITA.—(*Acudiendo allí.*) ¿Que se van? ¿Es posible?

TÍO.—(*A Laredo.*) Pues, ¿no dice que si es posible, después que ha disuelto la reunión a fuerza de dos de pecho? Usted es el único invitao que aguanta todavía.

LAREDO.—Pchss... A mí ya no me produce efecto...

TÍO.—¿Es que la ha oído usté otras veces?

LAREDO.—No. Es que es mi mujer.

CASTELAR.—(*Rompiendo a reír con toda su alma.*) ¡Ja, ja! ¡Qué planchazo! ¡Vaya planchazo! ¡Ja, ja, ja!

TÍO.—(*Aparte.*) Calla, animal...

CASTELAR.—(*Riendo aún más fuerte.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué planchazo más imponente! ¡Qué manera de columpiarse! ¡Ja, ja!

DANIEL.—(*Pasando a la derecha. Al Castelar.*) ¿Te vas a callar, imbécil?

HERMINIA.—¡Eulalia! Los abrigos de las señoritas. (*Por Lucía y Delfina.*) ¡Antón! ¡El abrigo del señor! (*Por Ríos.*)

PELIRROJO.—Yo los traeré, señora. (*Eulalia se va por el foro centro y el Pelirrojo por el segundo derecha.*)

DANIEL.—(*A Laredo.*) Discúlpelos, doctor. Estoy avergonzado. No tienen ni noción de lo que es la vida civilizada.

LAREDO.—No se preocupe. A mí la vida civilizada no me deslumbra mucho.

TÍO.—¡Ole!

LAREDO.—Y lo que puedan decir de mi mujer no es nada, comparado con lo que yo digo.

TÍO.—¡Y ole y ole! ¡Hombre, chóquela usté, señor Laredo, que es usté un tío! (*Daniel, haciendo un esfuerzo por contenerse, se va otra vez al grupo de la izquierda.*) Usté es como Felipe. En cuanto le guipé me dije: «Este es como Felipe», y de los que a nosotros nos gustan. (*Al Castelar.*) ¿Verdá, tú?

CASTELAR.—Verdá.

TÍO.— ¡Un tío simpático! Hombre, «Castelar», dale aquí al señor Laredo su cartera.

LAREDO.—¿Mi cartera?

TÍO.—Sí. Que se le cayó a usted antes en el salón y la cogimos nosotros pa... devolvérsela en la primera oportunidad.

CASTELAR.—Eso es. Tome usted. Y tome usted también el collar de su señora, que también se le cayó en el salón.

LAREDO.—¡Caramba! Pues muchas gracias.

TÍO.—Gracias las de usted, que es usted un tío grande, señor Laredo. (*A Laredo.*) Usted seguro que cuando mate a un enfermo, va y dice: «Lo he matao.» (*A un gesto de Laredo.*) Bueno: no lo dice usted por mor de la cárcel, pero lo piensa, vamos; y no anda con la copla de que si el corazón no aguantó, o que si el hígado se declaró en huelga. Sino que dice: «Me lo he cargao yo por berzas.» ¡Como debe ser!

CASTELAR.—Como debe ser, sí, señor. Y si el enfermo la ha diñado, pues culpa suya ha sido, por no llamar a otro médico más perito mecánico.

TÍO.—Hala, sacúdase otro latigazo, señor Laredo. (*Le sirve.*)

CASTELAR.—Y cuidado con los lentes, que antes se le han caído a usted en la copa. (*Beben los tres. Por el foro centro ha entrado Eulalia con las capas o abrigos de Lucía y Delfina, y por el segundo derecha el Pelirrojo, con el abrigo, el sombrero y los guantes de Ríos.*)

EULALIA.—Los abrigos de las señoritas... (*Lucía y Delfina se los ponen, ayudadas por Germana y Herminia, Monchita y Felipe.*)

PELIRROJO.—(*A Ríos.*) Lo del señor...

RÍOS.—Trae. (*Forman grupo Daniel, el Pelirrojo y Ríos, que le ayudan a ponerse a este último el abrigo.*)

PELIRROJO.—(*Aparte a Ríos.*) ¿Venías tú armado?

RÍOS.—Sí.

PELIRROJO.—¿Qué traías?

RÍOS.—Una «Star» del nueve largo.

PELIRROJO.—(*Sacando una pistola disimuladamente.*) Justo. Tómala. Como eres el último en marcharte, temía haberme equivocado y habérsela dado a otro. (*Ríos se la guarda.*)

DANIEL.—Cuidado, que no os vean.

RÍOS.—No hay miedo. Bueno, Daniel... ¡Suerte! Que seas feliz como marido y como hombre honrado, ya que las dos profesiones te pillan de nuevas... (*Se abrazan.*)

DANIEL.—Gracias, Mariano. Y a ver cuándo me imitas.

RÍOS.—Yo no tengo vocación ni de lo uno ni de lo otro. Ahora ando planeando un «asunto» contra la Banca Torréns con Luis «el Gordo» y con...

DANIEL.—(*Interrumpiéndole.*) No me lo cuentes. Y te digo lo que les he dicho a los otros compañeros, Mariano. No quiero verte más, ni volver a saber nada de ti; pero no te olvidaré nunca.

RÍOS.—(*Volviendo a abrazarle.*) Pues de mí puedes estar siempre seguro, Daniel.

HERMINIA.—Antón, saca del garaje el coche de las señoritas. (*Antón se va por la izquierda.*)

LUCÍA.—¿En marcha, señor Ríos?

RÍOS.—Cuando ustedes gusten, señoritas.

LUCÍA.—Nos hace usted el gran favor ocupando un sitio en nuestro coche, porque hemos venido solas, y por estos andurriales debe de haber atracadores.

RÍOS.—Yendo yo con ustedes no se les acercará ningún ladrón.

PELIRROJO.—(*Aparte a Ríos.*) ¡Qué rostro tienes!

RÍOS.—(*Aparte al Pelirrojo.*) Pues anda, que tú... (*Van ambos hacia la izquierda.*)

LUCÍA.—(*A Daniel, señalando a la derecha.*) Ya nos despedirá de su tío y de su primo, Togores. Están ahora muy entretenidos. (*Van con Daniel hacia la izquierda.*)

MONCHITA.—(*A Marifé y Muguruza, que siguen en su rincón.*) ¡Niños! ¡Marifé! ¡Muguruza! ¡Venid a decir adiós!

MARIFÉ.—(*Levantándose y yendo hacia ellos.*) ¡Sí, mamá!

MUGURUZA.—(*Levantándose y yendo hacia allí.*) ¡Sí, mamá!

MONCHITA.—Los enamorados no se enteran nunca de nada...

HERMINIA.—(*A Lucía y Delfina.*) Os acompañamos hasta el coche. (*Delfina, Lucía, Ríos, Herminia, Daniel y Germana se van también seguidos del Pelirrojo, de Felipe, Monchita, Marifé y Muguruza.*)

TÍO.—(*A Laredo, con quien sigue en la derecha, copazo va, copazo viene, y entre chupada y chupada de puro.*) ¿De manera que usted vive en el hotelito de al lao y es amigo de esta familia desde hace tiempo?... ¿Entonces usted también será un lioso, verdad, doctor?

CASTELAR.—¡Hombre! El doctor seguro que es un lioso también...

LAREDO.—¿Cómo? ¿Que yo soy un lioso?

TÍO.—Ande, no se nos haga de nuevas, señor Laredo... Tome. Ahí va un purito, pa que usted se explaye.

LAREDO.—¿Qué?

CASTELAR.—Eso es. Expláyese usted, que me juego la cara a que está enterao de más de una cosa y de más de dos...

TÍO.—¡Seguro! Y a lo mejor, de lo de doña Andrea...

LAREDO.—(*Con sorpresa y agitación.*) ¿Eh? Pero... ¿Pero es que saben ustedes lo de doña Andrea?

TÍO.—(*Alegremente, a Castelar.*) ¿Te das cuenta?

LAREDO.—¿Es que han averiguado ustedes lo de doña Andrea?

TÍO.—(*Alegrísimo.*) ¡Está enterao! ¡Está enterao! Si me daba a mí en la nariz que aquí, el lentes, también tenía su tomate correspondiente. ¡Ay, qué demonio de señor Laredo!

CASTELAR.—¡Es usted un tío salao, señor Laredo!

LAREDO.—(*Perplejo.*) Ahora, que no me explico cómo ustedes han podido llegar a saber lo de doña Andrea. (*Confidencialmente.*) ¿Es que han encontrado restos del veneno?

CASTELAR.—(*Pegando un respingo.*) ¿Cómo?

TÍO.— ¡Ay, mi padre! ¿Pero qué dice éste?

LAREDO.—Porque al hacerle la autopsia comprobé yo que la habían matado con pantopón.

CASTELAR.—¡Con pantopón! Pero si eso es un calmante...

LAREDO.—Sí. Pero en grandes dosis, mata.

TÍO.—¡Pobrecilla! Morir pantoponada...

LAREDO.—Y si no me decidí a descubrirlo fue precisamente por ser tan amigo de la familia; porque como aquí, a causa del testamento de don Rodrigo, había más de una persona interesada en la muerte de doña Andrea, según ustedes saben...

CASTELAR.—¿Según nosotros sabemos?

LAREDO.—(*Recogiendo velas*). ¡Ah! Pero, ¿es que no saben ustedes lo del testamento de don Rodrigo? Entonces, quizá he hecho mal diciéndoles...

TÍO.—¡No, no! ¡Si lo sabemos!

CASTELAR.—¿Cómo no vamos a saberlo?

TÍO.—¿Lo del testamento de don Rodrigo? ¡Pero, hombre, señor Laredo!, ¿cómo no íbamos a saber nosotros lo del testamento de don Rodrigo? (*Aparte.*) Castelar de mí alma, ¿quién será don Rodrigo?

CASTELAR.—(*Aparte.*) A ver si es uno que acabó en la horca...

LAREDO.—Entonces, si lo saben ustedes, nada tenemos ya que hablar.

TÍO.—¿Cómo?

LAREDO.—Conque punto en boca.

CASTELAR.—¡Pero, señor Laredo!

LAREDO.—Algún día se aclarará todo. Cuando, después de la Resurrección de la carne, comparezcamos todos ante Dios. (*Se levanta y va hacia la izquierda.*)

TÍO.—¡Mi abuelo! ¿Y hay que esperar hasta entonces? Pues nos hemos lucido.

CASTELAR.—¡Mal empleo el puro que le has dao!

TÍO.—Pues es verdá. (*Quitándole a Laredo el puro de la boca.*) Venga ese puro, hombre, que ya ha chupao usted bastante...

LAREDO.—(*Asombrado.*) ¿Eh? (*Por la izquierda entran Germana, Herminia, Felipe, Monchita, Marifé, Muguruza. Daniel y el último Antón, que cierra la puerta.*)

MONCHITA.—(*A Germana y Herminia.*) ¿Qué les pasa a las de Arnal? ¿Por qué no acaban de irse?

GERMANA.—Porque se han encontrado el coche sin gasolina.

HERMINIA.—Pero ya se la está echando Peter, y ahora se van.

LAREDO.—(*Que ha ido al lateral izquierda. A Monchita.*) Nosotros debíamos marcharnos también, Monchita...

MONCHITA.—¿Y qué dirán estos amigos, que esperan mi última romanza? Es la canción del pájaro, y se la dedico hoy a Herminia, como despedida de soltera. (*Laredo vuelve a la derecha.*)

HERMINIA.—Muchas gracias, Monchita.

MONCHITA.—Y hay una sorpresa: que la voy a cantar a tres voces, con Muguruza y Marifé. (*Que ha ido de nuevo al piano, a Adelcisa.*) Prevenida, hijita. ¿Lista, Marifé?

MARIFÉ.—Sí, mamá.

MONCHITA.—(*A Muguruza.*) ¿Listo, Muguruza?

MUGURUZA.—Sí, mamá.

MONCHITA.—(A *Muguruza*.) Pues ya sabéis: tal como lo hicimos el jueves pasado en casa de las de Hinostrosa, y si se ríe alguien, no os azoréis. ¡A la una, a las dos, y a las tres! (Todos han vuelto a sentarse. *Germana, Herminia y Daniel, en la izquierda. Felipe, en el foro centro, ante la mesita. El Tío y Castelar, junto a Laredo, en la derecha, como antes. Eulalia, de pie, cerca de Felipe. Monchita, al lado de Adelcisa, en el piano, con Muguruza y Marifé.*)

MONCHITA.—¡Pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi!

MUGURUZA.—¡Pío, pío! ¡Pío, pío! ¡Pío, pío!

MONCHITA.—¡Pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi!

MUGURUZA y MARIFÉ.—¡Pío! ¡Pío! ¡Pío! ¡Pío!

MONCHITA.—¡Ay de mí!

MUGURUZA y MARIFÉ.—¡Pi, pi, pi, pi!

MONCHITA.—Yo soy el pájaro que el ancho cielo
cruza en un vuelo
fascinador.

MUGURUZA y MARIFÉ.—¡Pi, pi, pi, pi!

¡Pi, pi, pi, po!

MONCHITA.—Y huye tan rápido cual la saeta
de la escopeta
del cazador.

(*Dentro, en el jardín, se oye un tiro.*)

TÍO.—Ahí está el cazador. (*Sin que nadie lo toque, el jarrón que hay en la mesita del foro centro, donde está apoyado Felipe, se hace añicos y cae al suelo destrozado.*)

FELIPE.—¿Eh?

EULALIA.—¡Aaay!

TÍO.—¡Arrea!

CASTELAR.—¡Aguanta!

MARIFÉ.—¡Jesús!

HERMINIA.—¿Qué es eso? (*Todos se levantan estupefactos y alarmados. El grupo del piano queda inmóvil de sorpresa.*)

DANIEL.—(Va hacia Felipe.) ¿Qué ha pasado, Arévalo?

FELIPE.—No sé... Este jarrón, que se ha roto de pronto...

DANIEL.—Pero, ¿solo?

FELIPE.—Sí. Nadie le ha tocado. Se ha roto solo.

TÍO.—A no ser que alguien lo haya roto de un tiro.

DANIEL.—¿De un tiro?

TÍO.—Sí. Porque yo he oído uno.

DANIEL.—¡Ah! ¿También tú lo has oído? Entonces sí, era un tiro. Y pronto lo sabremos. (*Va hacia el ventanal.*)

MONCHITA.—¡Por Dios y por la Virgen! ¡No me digan ustedes que el jarrón lo ha roto alguien de un tiro, porque me desmayo!...

DANIEL.—(Que ha inspeccionado con el Tío el ventanal.) Pues desmáyese usted, Monchita, porque aquí en el cristal está el agujero de la bala.

MONCHITA.—(Desmayándose.) ¡¡Aaaay!!

CASTELAR.—Cumplió su palabra.

LAREDO.—Monchita.

MARIFÉ.—¡Mamá!

MUGURUZA.—¡Mamá! (*Van a ella y la tienden; ayudados de Adalcisa, Eulalia y Antón, la echan en el silloncito del foro.*)

TÍO.—(*Qué está mirando por el agujero de la bala.*) Por aquí no se ve nada; pero han tirado desde el jardín.

DANIEL.—¡Vamos afuera! (*Va a la puerta de la izquierda, pero no logra abrirla.*) ¿Eh? ¡Esto está cerrado! ¿Quién ha cerrado esta puerta?

ANTÓN.—(*Acudiendo a ellos.*) Nadie, señor. Yo entré el último. Es que esta puerta se atranca a veces. (*Habla mientras forcejea inútilmente en la puerta.*)

GERMANA.—(*Aparte, con Felipe y Herminia.*) ¡Dios mío! Han podido matarte...

FELIPE.—(*Mirándola fijo.*) Todo lo contrario, Germana... No han podido. (*Germana, sin contestar, se va al grupo de Monchita.*)

HERMINIA.—Pero han querido. ¿Qué hace ese agente de policía? ¿De qué está sirviendo que haya venido a la casa?

TÍO.—¡Venga! ¡Venga! (*Tirando con Antón.*) ¡¡Ya!! (*La puerta cede, se abre, y en el umbral aparece el Pelirrojo.*)

PELIRROJO.—Vamos... Ya era hora de que se abriese. También a mí se me atrancó el otro día... (*Herminia, seguida de Felipe, avanza hacia la izquierda, interesados por lo que pueda decir el Pelirrojo. Laredo abandona el grupo de Monchita y baja a la izquierda, uniéndose al grupo del Tío, Castelar, Daniel, el Pelirrojo y Antón.*) No ha habido desgracias, ¿verdad? Se habrán asustado los señores... Todo ha sido una imprudencia del señor Ríos, que, mientras yo echaba la gasolina, se puso a charlar con las señoritas de Arnal y, para tranquilizarlas de su miedo a los atracadores, les enseñó una pistola que llevaba, y se le escapó el tiro. ¿Y la señora de Laredo se ha desmayado? ¡Todo sea por Dios! (*Va al foro y se une al grupo de Monchita.*)

DANIEL.—(*Aparte al Tío.*) ¿Te crees tú eso?

TÍO.—Yo no.

CASTELAR.—Ni yo tampoco. (*Daniel se une a Herminia y a Felipe. Inician el mutis. Laredo se ha acercado al Tío y al Castelar, y antes de que hagan mutis por la izquierda les habla aparte.*)

LAREDO.—Como ustedes están al tanto de todo, no tengo que decirles que también hay en la casa más de una persona interesada en la muerte del señor Arévalo...

TÍO y CASTELAR.—¿Qué?

LAREDO.—Ahora que, cuando atentan contra él, es señal de que, el que sea, ha vaciado ya la caja, apoderándose del dinero y de los documentos.

TÍO y CASTELAR.—¿Cómo?

LAREDO.—Pero punto en boca de todo, ¿eh?

CASTELAR.—Pero, hombre, señor Laredo. (*Laredo le da la espalda y vuelve con Monchita.*)

TÍO.—No te canses. Ya sabes que hasta la Resurrección de la carne es inútil. Vete tú pa el jardín, a ver si olfateas algo de lo del tiro; yo me quedo aquí pa comprobar eso de que han vaciado la caja. *(Castelar se va por la izquierda. El Tío va a la derecha y se sienta debajo de la caja. Felipe, entretanto, se ha separado de Daniel y Herminia y se ha ido al grupo de Monchita.)*

DANIEL.—¿Y tú? ¿Te crees lo que ha dicho el mayordomo, Herminia?

HERMINIA.—¿Por qué no?

DANIEL.—¿No se te ocurre pensar que han disparado contra tu padre?

HERMINIA.—¿Cómo voy a pensar semejante cosa, Juan? Eso sería absurdo. Y la explicación de Peter es verosímil... *(Va al grupo de Monchita.)*

DANIEL.—¿Que es verosímil? *(Se la queda mirando irse y se va detrás.)*

HERMINIA.—*(A Laredo.)* ¿Cómo encuentra usted a Monchita?

LAREDO.—Hay que llevarla a casa.

HERMINIA.—¡Los abrigos de las señoras, Eulalia! ¡Los de los señores, Antón! *(Eulalia se va por el segundo derecha y Antón por el foro.)*

PELIRROJO.—*(Sosteniendo a Monchita.)* Ayúdame, Adelcisa.

HERMINIA.—*(Al Pelirrojo.)* Pasa tú a la casa, a avisar... Nosotros la llevaremos. *(El Pelirrojo se va por la izquierda. A Monchita, llevándola con la ayuda de Marifé y Muguruza.)* ¿Puede usted andar hasta su casa, Monchita? ¿Se nota usted mejor?

MONCHITA.—Sí. Mucho mejor. *(Abrumada.)* La canción del pájaro tiene mala suerte. Siempre que la canto ocurre algo desagradable.

LAREDO.—*(Que cierra marcha con Felipe y Daniel.)* Claro: ocurre de desagradable el que la cantas.

FELIPE.—Vamos, no le diga usted esas cosas, Laredo...

LAREDO.—Ahora, que amenazarle, sí; pero esto de pegarle tiros no había ocurrido hasta ahora. *(Han ido haciendo mutis por este orden: Monchita, Marifé, Herminia, Muguruza, Daniel, Laredo y Felipe. Y la última, Germana, que deja pasar a todos y se detiene en la puerta. El Tío ha quedado en la derecha, y Adelcisa, en el foro, cerrando el piano. Eulalia sale rápidamente por el segundo derecha llevando los abrigos de Monchita y Marifé, en dirección a la izquierda.)*

EULALIA.—*(Llorosa.)* ¡Madre mía, qué día! ¡¡Qué día!! *(Se va por la izquierda. Por el foro surge Antón con los abrigos y sombreros de Laredo y Muguruza. Cuando va a hacer mutis por la izquierda le detiene Germana.)*

GERMANA.—Trae, Antón. Yo lo llevaré. *(Le coge las ropas y entonces le habla aparte rápidamente, espiando el no ser vista por el Tío, que, por su parte, en la derecha, parece muy absorto en la contemplación del cuadro que tapa la caja.)* ¿Qué? ¿Lo tienes ya todo?

ANTÓN.—No. Cuando he abierto la caja me he encontrado con que no había nada dentro.

GERMANA.—¿Qué dices? ¿Que no había nada? Eso es que la ha vaciado Felipe, instigado por el policía... y lo han guardado en otro sitio...

ANTÓN.—No. El policía es un majadero. La caja la ha robado alguien y ya me figuro quién es: el mismo que ha disparado desde el jardín. Pero estate tranquila, que los documentos y el dinero no tardarán en pasar a mis manos. A las cuatro, en la glorieta, como si no hubiera ocurrido nada.

GERMANA.—¿Seguro?

ANTÓN.—Seguro. (*Germana se va por la izquierda con los abrigos. En cuanto se ha ido, Adalcisa va hacia Antón, entre furiosa y acongojada.*)

ADELICISA.—¿Qué la decías? ¿Qué os estabais diciendo?

ANTÓN.—Adalcisa...

ADELICISA.—¿Te piensas que soy ciega?

ANTÓN.—(*Aparte, señalando con los ojos al Tío.*) Cállate ahora...

ADELICISA.—Esta mañana te avisé de que iba a venir a la casa un policía para hacer investigaciones sobre la muerte de doña Andrea. Y ahora el policía está aquí ya... Si sigues con ella irás a la cárcel. ¡Y además, yo te quiero para mí sola!

ANTÓN.—¡Calla, imbécil! (*Avanzando hacia el Tío, disimulando; el Tío hace también que no oye.*) ¿Desea el señor más coñac?

TÍO.—Más coñac, no. Pero tráeme una copita de anís. Es una idea. (*Antón se va por el foro centro. A Adalcisa, que va a irse detrás.*) Y tú no le des más la lata al chico, Adalcisa...

ADELICISA.—(*Deteniéndose sorprendida.*) ¿Eh?

TÍO.—Las mujeres vivís en el Limbo. Más cabeza, niña, más cabeza. ¿Quién eres tú comparada con la señora de la casa?

ADELICISA.—(*Con rabia y pena.*) Nadie. Ya lo sé...

TÍO.—Pues entonces aguanta mecha, hija, y resígnate a perder el novio. (*Dispuesto a sacar de mentira verdad.*) Antón la prefiere a ti y la señora está loca por él...

ADELICISA.—(*Saltando.*) ¡Qué va a estar!

TÍO.—(*Apretando el tornillo.*) Lo quiere de veras; te digo yo que lo quiere de veras, Adalcisa...

ADELICISA.—¡Mentira!

TÍO.—A ti te molesta oírlo, pero está por él que se monda. Por eso ha llegao a lo que ha llegao; porque para ella no hay en el mundo otro hombre más que Antón. (*En el foro aparece Antón con una bandeja y en ella una botella de anís y una copa. Se detiene al oír a Adalcisa y al Tío.*)

ADELICISA.—(*Estallando al fin.*) ¡Ella ha llegado a lo que ha llegado porque necesitaba alguien que le ayudase a largarse con el dinero! (*Al oír esto, Antón deja la bandeja sobre el piano y saca un revólver.*) ¡Y cuando haya conseguido largarse con el dinero, a Antón le dará un puntapié!

TÍO.—(*Poniéndose de pie como electrizado.*) ¡¡Ya!!

ADELICISA.—(*Sorprendida.*) ¿Eh?

TÍO.—(*Deslumbrado por su descubrimiento.*) ¡¡Visto!! ¡Ya no hace falta que hables más! Ya me has dicho lo que yo quería. ¡Un día me

va a estallar la cabeza de talento! ¡Un día se va a oír un ruido tremendo y va a ser que el talento me ha salido de pronto de la cabeza, como si fuera el chorro de un sifón! ¡Lo veo! ¡Lo veo todo claro!... Lo veo todo más claro que el caldo de un asilo... Lo que nos ha dicho ahora Laredo, lo que le dijo Germana a Felipe cuando estábamos en la escalera... ¡Todo! *(Durante este párrafo, el Tío está como transportado y no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Antón ha avanzado en silencio hacia Adalcisa, amenazándola con el revólver y con un dedo en la boca, ordenándola callar, y la ha obligado a hacer mutis por el segundo derecha, yéndose él detrás. Y por la izquierda, a su vez, ha entrado Eulalia, procedente del jardín y camino del foro centro. El Tío va a la caja, ladea el cuadro, etc.)* Ya sólo falta comprobar lo de la caja. ¡Avisa si viene alguien, tú!

EULALIA.—*(Parándose sorprendida.)* ¿Qué?

TÍO.—*(Mientras manipula en el cuadro y en la trampita.)* ¡Lo que ha dicho Laredo es fetén, y seguramente la caja, a estas horas, está ya vacía!

EULALIA.—¿Cómo?

TÍO.—Y si está vacía ya sé que ha sido cosa de Germana y de tu novio.

EULALIA.—¿De mi novio?

TÍO.—Fue 3-11-40 lo que dijo Daniel, ¿verdad?

EULALIA.—¿Pero quién es Daniel?

TÍO.—¡Sí! ¡Ese fue! *(Marcando.)* Tres..., once..., cuarenta... ¡Listo! *(La caja se abre; mirando dentro.)* ¡Vacía! Se han llevado el dinero y los papeles... Porque a Germana le interesaban también los papeles; por eso habló de ellos en su conversación con Felipe. *(Yendo hacia Eulalia.)* Y los papeles no pueden ser más que el testamento de don Rodrigo!

EULALIA.—¿Queé? *(Empieza a hacer pucheros.)*

TÍO.—Y en ese barullo del testamento está mezclada doña Andrea; y por eso la debieron envenenar. ¡Y está mezclada Herminia; y por eso le anda con trolas a Daniel! ¡Y Felipe! ¡Y el «Pelirrojo»! ¡Y a lo mejor la señora del abrigo abrochado y el tío que estrena hoy revólver!

EULALIA.—*(Rompiendo a llorar.)* ¡¡Ay, Dios mío de mi alma, que ahora se ha vuelto loco este señor!! ¡¡Ay, que se ha vuelto más loco que un molino!!

TÍO.—¡¡Mi madre!! Pero si es la llorique... Pero ¿cómo te has cambiado tú por Adalcisa? ¿Pero dónde se ha metido la otra? ¿Y de dónde has salido tú? *(Avanza hacia ella.)*

EULALIA.—¡Ay! No me haga usted daño... No me haga usted daño... Yo le prepararé una ducha fría...

TÍO.—¿Una ducha fría a mí?

EULALIA.—Y le daré calmantes, que tengo en mi cuarto, que yo los tomo muy a menudo...

TÍO.—¿Pero cómo calmantes?

EULALIA.—Yo le daré a usted pantopón, que es muy bueno.

TÍO.—(*Viendo una nueva luz.*) ¿Pantopón? ¿Has dicho pantopón?

EULALIA.—Sí, señor; pero no dé usted esos gritos, ni me mire con esa cara, que me da usted miedo...

TÍO.—¿Que tienes en tu cuarto pantopón? ¡Vamos allí ahora mismo! ¡Tú por delante! (*Eulalia inicia el mutis por el segundo derecha.*)

EULALIA.—¡Pero, señor, por Dios y por la Virgen!

TÍO.—¡¡Anda!! (*Para sí, en el mutis.*) ¡Pantopón! ¡Ay, que también esta idiota va a estar metida en el barullo! ¡Ay, que va a ser ésta la que pantoponó a doña Andrea! (*Se va detrás de Eulalia, por el segundo derecha. Por la izquierda entran Daniel, Felipe, Herminia y Germana.*)

GERMANA.—Creí que Monchita se estaba cantando hasta mañana.

HERMINIA.—¡Pobre Monchita! ¡Es una infeliz! Pero, realmente, en noches así, invitar gente es un error.

FELIPE.—Contando, sobre todo, con que a los recién casados les molesta la gente...

HERMINIA.—¡Oh, no es eso! Pero es que en todo el día no hemos podido pensar en nosotros mismos. (*Queda con Felipe.*)

GERMANA.—Ni brindar a solas por vuestra felicidad, hija mía; tienes razón. Pero ahora lo haremos. (*Al Pelirrojo, que ha entrado por la izquierda, cerrando la puerta.*) Peter: lleva champán, al saloncito. Para cinco, porque va a ser un brindis familiar, y tú eres como de la familia... (*A Daniel, riendo.*) ¿No, Juan?

PELIRROJO.—Muchas gracias, señora. (*Se va por el foro centro.*)

GERMANA.—(*Riendo, a Daniel.*) No creas que te lo reprocho. Al fin y al cabo, ya somos una familia como hay pocas. (*Dejando de reír. Inicia el mutis por la escalera. En voz baja y rápidamente a Felipe.*) Ni salgas al jardín. No te separes de Juan ni un momento. Tengo miedo por ti...

FELIPE.—Vamos, no seas chiquilla. (*Herminia inicia el mutis por la escalera, detrás de Germana.*)

HERMINIA.—(*Desde la escalera.*) Son cerca de las dos. No te fíes del reloj, que se ha parado. A las dos te toca la medicina...

FELIPE.—No se me olvida. (*Daniel va hacia Felipe. Se van Herminia por el foro izquierda superior y Germana por la izquierda superior.*)

DANIEL.—(*A Felipe.*) Y usted y yo, Arévalo, es imprescindible que hablemos ahora mismo y que nos expliquemos mutuamente muchas cosas... (*Le lleva hacia la derecha.*)

FELIPE.—(*Viendo la caja de caudales abierta.*) ¿Eh?

DANIEL.—¿Qué pasa?

FELIPE.—¡La caja! ¡La han abierto! (*Yendo a la caja y mirando en ella.*) ¡Está vacía!

DANIEL.—(*Acudiendo.*) ¿Vacía?

FELIPE.—(*Dejándose caer abrumado, en el diván de la derecha.*) Está vacía...

DANIEL.—Y la han vaciado ahora mismo, claro... Cuando se quedó aquí solo mi... mi tío.

FELIPE.—No. No la han vaciado ahora mismo, Juan.

DANIEL.—¿Qué dice usted?

FELIPE.—Estaba ya vacía cuando me dispararon desde el jardín.

DANIEL.— ¡Ah! ¿Es que cree que desde el jardín tiraron contra usted?

FELIPE.—Después de ver esto, estoy seguro. Me dispararon porque ya habían vaciado la caja y con mi muerte el ladrón conseguía la impunidad absoluta.

DANIEL.—Arévalo: no comprendo nada.

FELIPE.—Es que he debido ponerte en antecedentes hace tiempo. Pero no me he atrevido, Juan.

DANIEL.—¿Por qué?

FELIPE.—Pues... Pues no te he puesto antes en antecedentes de todo, Juan, porque me habían dicho que...

DANIEL.—¿Qué?

FELIPE.—Que... que tú has sido ladrón...

DANIEL.—¿Eh?

FELIPE.—(*Precipitadamente.*) Cada vez que has pretendido que hablásemos de tu pasado, temblaba de que eso resultase verdad, porque Herminia te adoraba. Y además, porque, ladrón o no, estoy convencido de que eres un hombre honrado.

DANIEL.—(*Emocionado y avergonzado.*) Arévalo...

FELIPE.—Escúchame bien. (*Por el segundo derecha surge el Tío.*)

TÍO.—Esa chica tiene pantopón pa despoblar Australia, pero no es posible que haya sido ella la que envenenó a doña Andrea, porque es más tonta que una «kermesse». ¡Hola, buenas! Si estorbo...

DANIEL.—Sí. Sí estorbas; lárgate.

FELIPE.—No. Que no se vaya.

DANIEL.—Pero, Arévalo...

FELIPE.—Él puede oírlo también; él debe oírlo...

TÍO.—Hombre, claro. Si es algo relativo a los barullos de la casa, yo debo oírlo... Venga de ahí, Felipe...

DANIEL.—¡No! Él no debe oírlo; él no puede oírlo, Arévalo... Yo, efectivamente, he sido ladrón. (*Felipe calla y baja la cabeza.*)

TÍO.—¡Arrea!

DANIEL.—Y éste lo es también.

TÍO.—¡Mi madre! (*Inicia un mutis y se pone a distancia prudentemente.*)

DANIEL.—Y el que dijo ser mi primo, también. Y el mayordomo, igual. Los cuatro, ladrones profesionales, Arévalo. Ya lo sabe usted.

TÍO.—¿Pero a qué viene esto?

DANIEL.—Ahora, si quiere, échenos de su casa, o denúncienos al agente que ha venido a investigar la muerte de doña Andrea... Estos (*Señalando al Tío*) se merecen la cárcel de sobra...

TÍO.—¡Ay, mi abuela!...

DANIEL.—Y yo, ¡también!, porque el amor de Herminia debí matarlo al nacer.

FELIPE.—No, Juan.

DANIEL.—Me llamo Daniel. Juan Togores es nombre falso.

FELIPE.—Me duele que sea verdad lo que me habían dicho de ti; pero ahí se acaba todo. Por mi parte, yo, que nunca he sido ladrón profesional, no he sabido ser un hombre honrado, Juan...

DANIEL.—¡Arévalo!

TÍO.—Señores, ¡qué familia!

FELIPE.—Mientras que tú, que has sido un ladrón, llevas la honradez dentro y cada palabra tuya me lo confirma más. Y ellos (*Por el Tío*), ladrones también, ni siquiera son autores del robo que se ha cometido aquí...

TÍO.—¡Alto allá! Cuidado, Felipe. Por lo mismo que a mí me daba en la nariz hace tiempo eso de que los ladrones somos gente honrada, necesito hacer una declaración previa: esa caja la he abierto yo.

FELIPE.—¿Eh?

DANIEL.—(*Saltando; a Felipe.*) ¡Ah! ¿Lo ve usted?

TÍO.—¡Chist! Pero sin amontonarse... La he abierto yo, pero yo no he tocao lo que había dentro. La he abierto pa convencerme de que estaba vacía, de que la había «limpio» la persona que yo me sé...

DANIEL.—¿La persona que tú te sabes?

FELIPE.—¿Y qué persona es ésa?

TÍO.—¡Ah! Pero, ¿se puede hablar?

FELIPE.—Sí, sí...

DANIEL.—¿Cómo no se va a poder hablar?

TÍO.—Pero, ¿se puede hablar claro? Pues... Lo siento, Felipe. (*A Daniel.*) Y a ti no te digo na, porque... ¿qué se va a esperar de una suegra?

FELIPE.—¿Germana? ¿Ha sido Germana?

TÍO.—Con toda su cara...

DANIEL.—(*Indignado.*) ¿Qué estás diciendo, estúpido?

FELIPE.—Me lo figuraba.

DANIEL.—¡No!

FELIPE.—Sí. Me lo figuraba, y por eso hace tiempo que no me atrevía a confiarle la verdadera combinación de la caja.

DANIEL.—¡Ah! Era por eso... Pero no me explico qué motivos podía tener ella para...

FELIPE.—Vas a explicártelo todo. Todo..., salvo las muchas cosas que yo mismo no puedo explicarme...

TÍO.—Esas, a lo mejor, se las explico yo. Venga, cuente, Felipe...

FELIPE.—Sí, y de prisa... Porque el atentado del jardín volverá a repetirse; porque hay a quien le interesa que yo muera antes de que pueda decir a nadie lo que voy a decirles ahora...

TÍO.—Pues meta usted el nueve, Felipe, que yo ya estoy negro...

FELIPE.—Y lo mismo puede entrar otra bala por ese ventanal, que... (*En el jardín suenan dos tiros.*)

TÍO.—¡Zumba!! Ya está ahí.

FELIPE y DANIEL.—¿Eh?

TÍO.—(*Se tira al suelo.*) ¡Agacharse y no correr, que la velocidad de la

bala es superior a la del hombre!

DANIEL.—¿Quién ha podido ser?

FELIPE.—Alguien viene... *(Se abre la puerta de la izquierda y aparece el Castelar con los pelos alborotados, respirando agitadamente y con una pistola en la mano.)*

TÍO.—¡Atiza! Si es éste... *(Yendo hacia él.)* Oye, tú, ¿quién tira?

DANIEL.—¿Qué ocurre?

CASTELAR.—*(Precipitadamente.)* ¡Ta! ¡Ta! Mo tarutetes tetes, que se estiriciao esperigó...

TÍO.—¡«Castelar», no empieces! ¡Habla claro! *(Por el foro centro el Pelirrojo rápidamente.)*

PELIRROJO.—¿Qué ha sido? *(Por el segundo derecha, Eulalia, y detrás Antón.)*

EULALIA.—¡Ay, madre de mi alma!!

ANTÓN.—¿Qué sucede? *(Por la izquierda superior, Germana, vistiendo aún de noche.)*

GERMANA.—¿Qué es eso? ¿Más tiros?

TÍO.—*(Arrancándose un botón del chaleco y dándoselo a Castelar.)* ¡Toma este botón! ¡Échatelo a la boca y desembucha!

CASTELAR.—*(Obedeciendo.)* Gracias. ¡Na! ¡Decía que no es na! Que no se asusten ustedes, que el que ha tirao he sido yo, pero que no pasa na. Ha sido una falsa alarma.

GERMANA.—Vaya... Menos mal. *(Vuelve a irse por la izquierda superior.)*

CASTELAR.—Es que me he encontrao a uno... Bueno; ahora lo contaré. En seguida vengo. Hasta ahora. *(Se va por la izquierda, cerrando. El Pelirrojo se va por el foro centro, y Antón detrás de él.)*

EULALIA.—¡¡Madre mía, qué día y qué noche!! *(Se va por el segundo derecha.)*

TÍO.—Pero, ¿qué estará haciendo ése ahí fuera, a tiro limpio?

DANIEL.—*(A Felipe.)* Hable usted, Arévalo.

TÍO.—Venga, sí, Felipe, hable usted.

FELIPE.—La historia es antigua y viene de años atrás.

TÍO.—Bueno, pero no la coja usted de demasiao atrás, que, a lo mejor, no nos da tiempo... *(Germana vuelve a aparecer en la izquierda superior.)*

GERMANA.—*(Desde la galería.)* Por cierto, Felipe, no habrás tomado la medicina, ¿verdad? Ahora bajo a dártela. *(Se va de nuevo.)*

TÍO.—¡Cuando yo decía que no nos daba tiempo!...

FELIPE.—Va a bajar... *(Al Tío.)* ¡Cierre la caja y ponga el cuadro en su sitio! ¡Aprisa!

TÍO.—*(Corriendo a la derecha y obedeciendo.)* Na, que no nos enteramos...

FELIPE.—Y a ella no hay que decirle una palabra. Que no sospeche que lo sabemos. ¡Chist! Ahí viene... *(Germana sale de nuevo.)*

GERMANA.—*(Mientras baja la escalera hacia el primero derecha.)* Estaba figurándome que no la habías tomado aún... Si no nos

preocupásemos Herminia y yo, nunca tomarías a tiempo la dichosa medicina. Anda, ven, que eres como un chico pequeño...

FELIPE.—Ahí voy, Germana. (*Germana se va por el primero derecha.*)

DANIEL.—(*A Felipe.*) ¿Me permite usted que le acompañe a tomar su medicina, Arévalo?

FELIPE.—¿Cómo no? Pero, ¿por qué ese capricho?

DANIEL.—No. Por nada, por nada... (*Felipe se va por el primero derecha.*)

TÍO.—(*Deteniendo a Daniel, que va a irse detrás.*) Bien hecho, tienes miedo de que envenenen a Felipe y que no pueda hablar, ¿verdá?

DANIEL.—¡Ah! También tú lo has pensado...

TÍO.—¡Hombre, claro! (*Daniel se va por el primero derecha.*) Y eso que éste no está enterao de lo del pantopón. (*La puerta de la izquierda se abre para dar paso al Castelar y a Menéndez. Este último va de nuevo en traje de calle, con gabardina y el sombrero en la mano. Se ha colocado unos bigotes postizos, negros como la tinta, de esos de las verbenas, que se dan de puntapiés con el color de su propio pelo.*)

CASTELAR.—(*Al Tío.*) Oye, tú. Fíjate en esto, haz el favor.

TÍO.—(*Aparte.*) ¡Aguanta! El «bofia».

CASTELAR.—¿Quién te parece a ti que es este señor, vamos a ver?

TÍO.—¿Quién va a ser? El señor Menéndez, el policía.

CASTELAR.—(*A Menéndez.*) ¿Se convence? (*Al Tío.*) ¿Y lo has reconocido en seguida?

TÍO.—En cuanto ha aparecido.

CASTELAR.—(*A Menéndez.*) ¿Lo ve usted? (*Al Tío.*) Es que él se cree que va disfrazao.

TÍO.—Pero, hombre... (*Riéndose. A Menéndez.*) ¿Y qué motivos tiene usted pa creerse eso?

CASTELAR.—Claro que, gracias a que este señor se caracteriza, por lo mal que se caracteriza, es por lo que está respirando oxígeno todavía. Porque al verle merodear por el jardín he pensao que era el asesino frustraao de Felipe, he sacao la pistola, y si al tirar del gatillo no me doy cuenta de que era él, lo afeito en seco.

MENÉNDEZ.—(*Tirando el sombrero, quitándose los bigotes y sentándose desesperado.*) ¡Si no puede ser! ¡Si no puede ser! ¡Y lo que no puede ser, no puede ser!

TÍO.—¿Pero qué pasa?

MENÉNDEZ.—¡Que no sirvo! ¿No lo está usted oyendo? ¡Que hice oposiciones a la Policía porque como abogado me condenaban a muerte a todos los que defendía, y en esto también acabarán echándome del Cuerpo, porque tampoco para esto sirvo! ¿Ustedes conocen al inspector Beringola, el de la Brigada de Investigación?

TÍO.—(*Cambiando una mirada con Castelar.*) De oídas.

CASTELAR.—Eso. De oídas na más.

MENÉNDEZ.—Pues Beringola se ha empeñado en que sirvo y todo se le vuelve darme servicios, y yo, venga a hacer el ridículo. Llevo un año

tirándome planchas. Este me he metido la pata en el atraco de la calle de Silva y en el crimen de Puerta Cerrada. Y ahora aquí en el asunto de esta doña Andrea, que falleció hace seis meses y que ahora hemos tenido la denuncia de que murió asesinada, tampoco doy una... Vine esta mañana un momento; me puse de acuerdo con las dos doncellas para empezar las investigaciones esta noche, mezclándome con la servidumbre y no hice más que llegar y presentarme a los dueños de la casa, como ustedes vieron, y ya me tiré la primera plancha.

TÍO.—¿Pues qué plancha fue ésa?

MENÉNDEZ.—Que al presentarme y verles a ustedes echar a correr cuando yo dije que era policía, me creí que eran ustedes dos» «chorizos».

TÍO y CASTELAR.—¡¿Cómo?!

MENÉNDEZ.—Bueno; quiero decir dos rateros; es que en nuestro argot, a los rateros se les llama «chorizos».

TÍO.—No, no... Si decimos que cómo fue eso de tomarnos a nosotros por rateros...

MENÉNDEZ.—Porque soy un despistao. Porque no sirvo.

TÍO.—Sus investigaciones sobre doña Andrea, ¿cómo van?

MENÉNDEZ.—No van de ninguna manera. ¡Pero si he perdido la noche en tonterías! Aquí debía estar Beringola, a ver si seguía diciendo que yo sirvo para policía. Después del resbalón con ustedes, se me metió en la cabeza desconfiar de los invitados a la cena...

TÍO.—¿De los invitados?

MENÉNDEZ.—Que me parecía que muchos de ellos tenían pinta de ladrones. (*El Castelar y el Tío se miran.*) Y ya han visto ustedes: ni ladrones ni cosa que lo valga... Luego me dio la ventolera de que el que tenía facha de presidiable era el mayordomo. (*Nueva mirada de Castelar y el Tío.*) ¡Otra plancha! Después se me metió entre ojos uno de los criados, ese guapito que llaman Antón. (*Nueva mirada entre Castelar y el Tío.*) ¡Y nada! Hubo un rato que tuve la sospecha de que el doctor Laredo estaba enterado de algo en el asunto de doña Andrea... (*Vuelven a mirarse.*) ¡Nada tampoco! En fin: con decirles a ustedes que, al final, ya he desconfiado de la dueña de la casa... (*Castelar y el Tío vuelven a mirarse.*)

TÍO.—(*A Castelar, aparte.*) ¡Chavó! La vista que tiene Beringola...

CASTELAR.—(*Aparte al Tío.*) Como que menos mal que éste es un pesimista...

MENÉNDEZ.—(*Nuevamente desesperado.*) ¡Y mañana me llamará Beringola a su despacho, y me preguntará el resultado de mis primeras pesquisas en lo de doña Andrea!...

TÍO.—No se preocupe usted; nosotros le pondremos al tanto de muchos detalles de este asunto, que hemos averiguado por nuestra cuenta.

MENÉNDEZ.—¿Ustedes? ¡No me digan más, que me lo estaba figurando! (*Alegremente.*) Por eso no tienen ustedes pinta de personas corrientes... ¡Ustedes son policías!

TÍO.—¿Cómo?

CASTELAR.—¡Anda, mi tía! *(Por el primero derecha aparece Germana y cruza la escena, yéndose por la izquierda superior.)*

MENÉNDEZ.—¡Claro: como yo casi no conozco al personal! A ustedes les ha mandado aquí también Beringola para que me echasen una mano. Si es que se ha empeñado en que yo tenga un éxito... *(Dándoles la mano.)* Mucho gusto, compañeros; y gracias anticipadas. Cuéntenme. Siéntense y cuéntenme...

TÍO.—*(Aparte a Castelar.)* Pues tenía él razón; Beringola no ve tres en un burro.

CASTELAR.—*(Aparte al Tío.)* Beringola es un idiota. *(Por el primero derecha salen Daniel y Felipe.)*

FELIPE.—*(A Menéndez.)* Ya era hora de que se le viera, señor Menéndez. ¿Dónde se ha metido usted?

TÍO.—Andaba por el jardín, de pesquisas.

FELIPE.—Está usted enterado de que, según todos los indicios, antes me han disparado al través de ese ventanal.

MENÉNDEZ.—Sí, señor. Yo no he visto nada, pero ya me ha contado lo ocurrido este compañero. *(Por Castelar.)*

DANIEL.—*(Estupefacto.)* ¿Qué?

FELIPE.—*(Extrañado.)* ¿Compañero?

TÍO.—*(Aparte a Castelar.)* Felipe sabe ya quiénes somos. Ha «cantao» Daniel.

CASTELAR.—*(Aparte.)* ¿Es posible?

FELIPE.—¿Ha dicho usted «compañero», Menéndez?

MENÉNDEZ.—Sí. Estos amigos son policías también, señor Arévalo.

FELIPE.—¿Se lo han comunicado ellos a usted?

MENÉNDEZ.—No, señor. Pero lo he adivinado yo...

FELIPE.—*(Sonriendo.)* ¡Ya! *(A Daniel. Aparte, por Menéndez.)* Creo que no se trata de Sherlock Holmes.

CASTELAR.—*(Al Tío.)* ¿Y por qué no nos denuncia Felipe?

TÍO.—*(Aparte a Castelar.)* Porque ha descubierto que los ladrones somos gente honrada... Hay que partirse el pecho por él, «Castelar». *(Alto. A Felipe.)* Desde luego que dispuestos a ayudar al señor Menéndez pa que usted no pase las morás, sí que estamos. Y trabajar ya hemos trabajao lo nuestro. Por lo pronto, yo puedo advertir que doña Andrea murió envenenada con pantopón.

FELIPE.—¡¿Qué?!

DANIEL.—¿Con pantopón?

TÍO.—Y que el asesino fue uno de la casa, que cogió el pantopón del cuarto de la doncella llorique. Y digo yo: el que es capaz de matar una vez es capaz de matar dos. ¿No será el asesino de doña Andrea el mismo que ha tirao hoy contra usted? ¿Y no habrá tirao contra usted el mismo que ha robao la caja?

DANIEL.—¿Qué dices? ¿Estás loco?

MENÉNDEZ.—*(A Castelar.)* Oiga usted... ¿Pero han robado la caja?

CASTELAR.—Sí, señor... Por desgracia... pa todos.

MENÉNDEZ.—¡Estando yo aquí, y sin que yo me entere!

CASTELAR.—¡Ya ve usted lo que son las cosas! De esta hecha, pierde la fe en usted hasta Beringola.

FELIPE.—(A *Daniel*, refiriéndose al Tío.) No está loco, Juan. Por el contrario, su hipótesis es también la mía. En la caja había ciento sesenta mil duros en dinero y valores y un testamento a favor de Herminia...

DANIEL.—¿El testamento de usted?

TÍO.—(Interviniendo.) No. El testamento de don Rodrigo.

FELIPE.—Eso es. Es el de Rodrigo.

DANIEL.—(Al Tío.) ¿Y tú cómo sabes?

CASTELAR.—(A *Menéndez*, por el Tío.) Es un policía imponente.

MENÉNDEZ.—(A *Castelar*.) Ya lo veo... ¿Cómo se llama?

CASTELAR.—Lopetegui. Edelmiro Lopetegui.

FELIPE.—(A *Daniel*.) Andrea, que llevaba varios años aquí, estaba enterada de la existencia del testamento de Rodrigo.

TÍO.—¡Eso, eso! ¡Cuenta, Felipe! ¡Pero aprisa, antes de que ocurra algo! ¡Tú! (A *Castelar*.) ¡Vigila pa allá, con los ojos bien abiertos! (A *ventana*.) ¡Tú! (A *Daniel*.) ¡Mirando pa la escalera! ¡Usted! (A *Menéndez*.) ¡Vigilando ese lao! (A *foro*.)

MENÉNDEZ.—Sí, señor Lopetegui.

TÍO.—¿Lopetegui? Y yo miraré pa allá. (A *la derecha*. *Aparte*.) ¿A qué vendrá eso de Lopetegui? (A *Felipe*.) Vamos, Felipe, hable usted yendo al grano. ¿Decía usted que Andrea estaba enterada del testamento?...

FELIPE.—Sí. Rodrigo, al morir, le dejó a Herminia toda su fortuna, haciéndome a mí depositario de ella y del testamento; y Andrea lo sabía. Yo..., débil para rechazar malos consejos, hice uso de gran parte de esa fortuna..., hasta que me di cuenta de que la persona que me aconsejaba era indigna... (Se tapa el rostro con las manos.)

TÍO.—(Aparte, a los demás.) Se refiere a su mujer...

DANIEL.—¿A su mujer?

MENÉNDEZ.—Pero usted, señor Arévalo, debió reaccionar mucho antes contra una persona que le empujaba a desposeer a su propia hija.

FELIPE.—Es que Herminia no es hija nuestra.

DANIEL.—¿Cómo?

TÍO.—¡Arrea!

CASTELAR.—¡Estas familias así me entusiasman! Porque como mi tío Emilio...

TÍO.—¡Cállate tú ahora con tu tío Emilio! Venga, de prisa, Felipe, que me parece que estamos llegando a lo gordo... (La escena queda a oscuras de pronto.)

TODOS.—¿Eh?

DANIEL.—¿Qué es eso?

TÍO.—¡Rodear a Felipe! ¡Rodear a Felipe!

DANIEL.—¡Luz! ¡Luz! (Vuelve a encenderse la luz. En el foro, de pie, el *Pelirrojo*.) ¿Eres tú el que ha apagado?

PELIRROJO.—No, señor. Es que la llave está floja, y a veces se apaga

sola. Venía a decir a los señores que el champán está servido.

DANIEL.—Bien. Ahora vamos. Retírate.

PELIRROJO.—Sí, señor. *(Se va por el foro.)*

DANIEL.—*(Con el rostro grave.)* Abrevia, Arévalo.

TÍO.—Sí, Felipe. Haga usted el favor de sintetizar, que esto se pone feo.

FELIPE.—Cuando Andrea supo que yo había dispuesto de la fortuna legada por Rodrigo, habló de decírselo a Herminia. Germana y yo tuvimos con Andrea una escena terrible, y aquella noche Andrea enfermó para morir en el hospital a las pocas horas.

TÍO.—¡Está bien claro! Pantoponada pa que no hablase...

DANIEL.—*(A Felipe.)* ¿Y por qué don Rodrigo le dejó su fortuna a Herminia?

FELIPE.—Porque Rodrigo era hermano de su madre. Y la madre de Herminia... *(Felipe, de pronto, se desploma en el sillón.)*

TÍO.—¡Felipe! ¡Felipe!

DANIEL.—¿Qué le pasa? ¿Qué es esto?

TÍO.—¡¡El pantopón!! ¡¡El pantopón!! ¡Lo han pantoponao, como a doña Andrea, pa que no hable!

DANIEL.—¿Pero, cuándo?

TÍO.—Cuando ha tomao la medicina. ¡Lo han pantoponao delante de tus narices!

DANIEL.—Entonces, ¿ha sido ella?

MENÉNDEZ.—*(Que se había puesto a observar a Felipe. Al Tío.)* Creo que tiene usted razón. ¡Esto es una intoxicación, señor Lopetegui!

TÍO.—¡Y dale con Lopetegui!

CASTELAR.—Hay que acostarlo. *(Llevan a Felipe hacia el primero derecha.)*

MENÉNDEZ.—¡Y llamar a un médico!

DANIEL.—Ayúdeme, Menéndez. Yo telefonaré al doctor Laredo. Avisadle a Herminia lo que ocurre. Está arriba, en sus habitaciones.

TÍO.—*(A Castelar.)* ¡Anda tú! *(Castelar se va corriendo por el foro izquierda superior. A Daniel.)* Y tú dame la llave de aquella puerta. *(La izquierda. Daniel le da un llavero que se quita. Ambos se llevan a Felipe por el primero derecha. El Tío va a la izquierda y cierra la puerta con llave. A Menéndez, que ha vuelto a salir del primero derecha.)* He cerrao pa que no salga de aquí ni una rata.

MENÉNDEZ.—Bien hecho.

TÍO.—Y ahora venga usted conmigo. Vamos a coger por nuestra cuenta a la dueña de la casa. La clave de todo la tiene ella.

MENÉNDEZ.—Creo lo mismo, señor Lopetegui.

TÍO.—Pero antes de na, ¿me quiere usted hacer el favor de decir por qué tiene que llamarme a mí Lopetegui? *(Por el segundo derecha, Eulalia, llorando más que nunca y corriendo a todo correr. Viene asustadísima.)*

EULALIA.—¡Señor! ¡Señora! ¡Señor Menéndez! ¡¡Madre del alma!! ¡Virgen del Carmen!

TÍO.—¿Qué es eso?

EULALIA.—¡Vengan ustedes! ¡Bajen ustedes! ¡Ay, madre de mi corazón, ya no me faltaba a mí más que esto!

MENÉNDEZ.—¿Pero qué ocurre?

EULALIA.—¡Abajo! ¡La otra doncella! ¡La Adalcisa!

TÍO.—¿Qué?

EULALIA.—¡Que está en su cuarto atada y amordazada!

TÍO.—¿Atada y amordazada?

EULALIA.—¡Y como está atada, no puede moverse! ¡Y como está amordazada, no puede hablar!

TÍO.—¡Claro!

MENÉNDEZ.—¡Ahí voy! *(Se va por el segundo derecha.)*

EULALIA.—¡¡Madre del alma, me tendré que ir de esta casa!!

TÍO.—Adonde vas a ir ahora mismo es a la alcoba del señor, que pueden necesitarte hasta que llegue el médico.

EULALIA.—¿El médico? ¡Dios mío! ¿Pues qué ocurre?

TÍO.—¡Arrea y no preguntes, que la cosa no está pa interviús!

EULALIA.—Sí, señor; sí, señor. ¡Madre mía! ¿Y quién será Interviús? *(Se va por el primero derecha. Por el foro izquierda superior, Castelar.)*

CASTELAR.—*(Al Tío, desde arriba.)* ¡«Tío»!

TÍO.—¿Qué pasa?

CASTELAR.—¡¡Aquí no hay nadie!!

TÍO.—¿Cómo?

CASTELAR.—Que aquí no está la mujer de Daniel. ¡Que se ha evaporado!

TÍO.—¡¡Ay, mi madre!! *(Llamando hacia dentro por el primero derecha.)* ¡Daniel! *(Yendo hacia la escalera. A Castelar.)* ¿Pero, estás seguro? ¿Has mirado bien?

DANIEL.—*(Apareciendo por el primero derecha.)* ¿Qué ocurre?

TÍO.—Que tu mujer ha desaparecido, Daniel. ¡Que esto es la oca!

DANIEL.—*(Corriendo a la escalera.)* ¡No es posible! Tiene que estar ahí...

TÍO.—Eso le digo yo a éste... ¿No estará por algún rincón, «Castelar»?

CASTELAR.—Hombre, una mujer no es una aspirina... *(Se van los tres por el foro izquierda superior. La puerta del foro izquierda inferior se abre y Herminia asoma la cabeza. Examina la escena y habla hacia dentro.)*

HERMINIA.—Sal. No hay nadie. Ahora puedes irte. *(Por el foro izquierda inferior sale Teresa, vistiendo como en el primer acto. Tiene unos cuarenta y cinco años y restos de una gran belleza.)*

TERESA.—Sí. Me voy y para no volver nunca.

HERMINIA.—Eso no. ¡Eso no!

TERESA.—Sí. Eso sí, Herminia. Mucho me ha costado atreverme a decírtelo, pero ya lo sabes todo. Hasta ahora te dije que tu madre había muerto y que Andrea vivía y era yo. Ahora ya sabes que a Andrea la mataron por querer defender tu herencia y que yo soy esa

madre inconfesable de la que tanto hemos hablado.

HERMINIA.—¡Pero yo no te reprocho nada! Ni te lo reprocharía nunca...

TERESA.—Ya lo sé, y por eso me duele aún más esta separación definitiva. Pero es ineludible. He cometido grandes faltas y he pagado ya algunas en tantos años de no verte ni abrazarte, y en los años que aún viva pagaré las demás. Antes no pude dejarte la combinación de la caja en el garaje, en el interior del coche grande, como convi-nimos, pero ahí la tienes ya. Es la misma de ayer, 3-11-40, porque anoche, contra su costumbre, Felipe no la cambió. Se conoce que esta vez no temía que la averiguase Germana...

HERMINIA.—¿Y esa mujer, por qué se comporta así con él?

TERESA.—Es su ángel malo, porque Arévalo tiene buen corazón. Ha hecho de padre contigo. Y lo hubiera sido realmente si yo no hubiese tenido también mi ángel malo. ¡Guárdate de él, Herminia! Porque mi ángel malo también es el tuyo. Debía ser tu mejor amigo, y es tu enemigo mayor. No lo olvides.

HERMINIA.—No lo olvidaré nunca.

TERESA.—Y ahora, adiós. Apodérate de lo de la caja sin ningún escrúpulo: es el resto de lo que mi hermano te legó. Y puesto que no quieres explicarle a tu marido la verdad de mi vida y de la de tu padre...

HERMINIA.—¡No, no, qué vergüenza! (*Transición; con conmiseración.*) ¡Pero perdóname!... Quiero decir que prefiero que Juan siga viviendo en el engaño en que me conoció...

TERESA.—Yo también lo prefiero (*Va a la puerta de la izquierda*), pero, por asegurarte la dicha, hubiera sido capaz de pedirle perdón de rodillas.

HERMINIA.—¡Madre!

TERESA.—(*Sonriendo.*) Después de oírte esa palabra, ya me voy contenta. (*Va a abrir; la puerta no cede.*) Está cerrada con llave... Llama a Peter; él me abrió antes...

HERMINIA.—No. Ven aquí otra vez. (*La lleva al foro izquierda inferior.*) Esperaremos a... (*Por el foro centro, el Pelirrojo.*)

PELIRROJO.—¡Chist! ¡No entren ahí!

HERMINIA y TERESA.—¿Eh?

PELIRROJO.—(*Señalando a la puerta.*) ¿No oyen? (*A Herminia.*) Están ahí su marido y los otros. Han entrado por arriba, buscándola a usted, y han descubierto la escalera condenada que une las dos habitaciones. ¡Van a salir! Vayan por aquí. (*El segundo derecha. A Herminia, por Teresa.*) Sáquela usted por la puerta de servidumbre. Y, de paso, pueden recoger en mi cuarto unas ropas de doña Andrea que encontré antes ahí, y que no me explico cómo...

TERESA.—Me las olvidé yo. Fueron las ropas con que Andrea llegó al hospital y eran mi disfraz, porque hasta hoy no le he descubierto a mi hija quién soy Peter; te quedo muy agradecida por tu ayuda y por tu silencio.

PELIRROJO.—Señora, para mí una madre es lo más importante del

mundo, y mi silencio con el señor era lo natural...

HERMINIA.—¡Que van a venir!

PELIRROJO.—Sí. De prisa... De prisa... (*Herminia y Teresa se van por el segundo derecha. Por el foro centro, Antón, con el revólver en la mano.*)

ANTÓN.—(*Al Pelirrojo.*) Eso te digo yo... ¡De prisa! ¡Dame lo de la caja!

PELIRROJO.—¿Lo de la caja?

ANTÓN.—No trates de ganar tiempo. Lo has robado tú. Ya sé que trabajas para Díaz y que piensas repartirlo con él. Pero estoy yo por medio. ¡Decídate pronto, o...! (*Se abre la puerta del foro izquierda inferior y salen a todo correr Daniel, el Tío y Castelar. Antón se guarda rápidamente el revólver.*)

TÍO.—¡Habrá salido por aquí!

DANIEL.—Sí. Pero, ¿por qué ha salido por aquí? (*Al Pelirrojo y Antón.*) ¿Habéis visto a la señorita?

ANTÓN.—Yo no, señor.

PELIRROJO.—Ni yo. (*Dentro, en la izquierda superior, se oye un estridente grito de terror de Germana.*)

TÍO.—¿Qué es eso?

CASTELAR.—¿Qué pasa ahora?

DANIEL.—¡Es arriba! ¡Vamos! (*Seguido del Pelirrojo y de Antón, se lanzan por la escalera, y hacen mutis los tres por la izquierda superior.*)

CASTELAR.—¡Y nos parecía mucho tomate el de antes, «Tío»!!

TÍO.—¡Chist! ¡Calla! ¡Mira! (*Señala al ventanal, al través del cual se ve la lucecita de una linterna eléctrica que se mueve.*) Alguien anda por el jardín...

CASTELAR.—¡Ese es el que ha tirao contra Felipe! ¡Me juego la cara!

TÍO.—¡Vamos por él! (*Abriendo con la llave la puerta de la izquierda.*) ¡Y hay que pegar duro, Castelar!

CASTELAR.—¡Descuida! (*Abren y se lanzan al jardín por la izquierda. Se oye ruido de lucha e interjecciones de Castelar y del Tío. En seguida vuelven a entrar con Laredo, que viene hecho una lástima de golpes y arañazos. Trae en la mano un maletín.*)

LAREDO.—Pero, ¿a qué viene esto?

TÍO.—¡Hombre, haber dicho que era usted, señor Laredo!

LAREDO.—Pero, ¿cómo iba a decirlo, si el primer puñetazo me lo han dado en la boca?

CASTELAR.—Ese puñetazo ha sido mío.

LAREDO.—Pues se lo podía usted haber guardado... ¿Dónde está el enfermo? ¡Pronto!

TÍO.—(*Señalando el primero derecha.*) Ahí, en su cuarto, señor Laredo.

LAREDO.—Si es una intoxicación, no se puede perder un momento. Voy a ver... (*Se va por el primero derecha. Por el segundo derecha aparecen Herminia, Teresa, Menéndez y detrás Adalcisa.*)

HERMINIA.—¡Está usted cometiendo un atropello!

MENÉNDEZ.—Lo siento, pero esta señora (*Por Teresa*) no pertenece ni a la familia ni a la servidumbre, y tendrá que explicar su presencia en la casa.

CASTELAR.—(*Viendo a Teresa.*) ¡Arrea, «Tío»! La del abrigo abrochao... (*Por la izquierda superior salen Daniel, el Pelirrojo y Antón, que traen sujeto a Díaz. Detrás de ellos, Germana.*)

TÍO.—(*Señalando para arriba.*) ¡Y el que estrenaba hoy revólver, «Castelar»!

CASTELAR.—¡Ya estamos todos!

DANIEL.—(*A Díaz.*) ¿Por qué has venido aquí? ¿Qué tienes tú que ver en esta casa?

DÍAZ.—Esa es una de las muchas cosas que a ti no te importan.

MENÉNDEZ.—¡Tráiganmelo para acá! (*Por Díaz.*)

HERMINIA.—(*Viendo a Díaz.*) ¡Jesús! ¡Ese hombre otra vez!

TERESA.—(*A Herminia.*) ¡Valor, hija mía! (*Por el primero derecha, Eulalia, hecha cisco.*)

EULALIA.—¡¡Virgen María!! ¿Pero qué pasa ahora?

CASTELAR.—La que faltaba...

MENÉNDEZ.—¿Dónde han encontrado ustedes a éste? (*Por Díaz.*)

GERMANA.—Estaba escondido en el ropero de mi cuarto. He creído morirme del susto cuando lo he abierto y...

MENÉNDEZ.—¡Buena caza!

DANIEL.—(*Al Tío y a Castelar.*) ¿Conocéis vosotros a la mujer que está con Herminia?

TÍO.—Me da en la nariz que es el cadáver de doña Andrea.

MENÉNDEZ.—(*Al Pelirrojo y Antón, que sujetan a Díaz.*) Pongan a ese tipo aparte. (*A Daniel.*) Tú me respondes de que no se escapa, «Melancólico».

DANIEL.—(*Palideciendo.*) ¿Qué?

MENÉNDEZ.—Y para que no haya duda, que te ayude a vigilarle el «Pelirrojo»...

PELIRROJO.—(*Estupefacto.*) ¿Cómo?

MENÉNDEZ.—De este individuo (*Por Antón*) y de esta señora (*Por Germana*), responderá el «Castelar».

CASTELAR.—(*Aparte al Tío.*) ¡Ay mi madre, «Tío»! ¡Que éste nos ha estao tomando el pelo! ¡Tenía razón Beringola!

TÍO.—Y menos mal que a mí no me conoce...

MENÉNDEZ.—Para evitar asombros inútiles, advertiré que me llamo Fernando Beringola, y que no soy agente, sino inspector.

TÍO.—(*Aparte, al Castelar.*) Vais apaños, «Castelar». Reza lo que sepas.

CASTELAR.—Ya he empezao el Credo...

EULALIA.—(*Asombrada.*) ¡¡Ay, Virgen!! Aquí hasta el policía es un trolero...

MENÉNDEZ.—(*Al Tío, señalando a la izquierda.*) ¿Aquella puerta sigue cerrada con llave?

TÍO.—No, señor Beringola. Ha habido que abrir para que entrase el

médico.

MENÉNDEZ.—Pues ciérrala otra vez, «Tío». *(Al oír su nombre, el Tío medio se cae al suelo de la impresión.)*

CASTELAR.—*(Al Tío.)* Anda, cierra y vente a rezar conmigo. *(El Tío cierra con llave la puerta de la izquierda y vuelve.)*

MENÉNDEZ.—Hay mucho que aclarar, y conviene empezar por el principio. Haré previamente unas preguntas. *(A Herminia.)* ¿Sabía usted, señora, que esta mañana se ha casado usted con un ladrón?

HERMINIA.—¿Eeeeh?

TERESA.—¿Qué está diciendo?

MENÉNDEZ.—Bien. Veo que no lo sabía. Lo siento mucho, pero alguna vez tenía usted que saberlo.

HERMINIA.—*(Refugiándose en Teresa.)* ¡Madre! ¡Mamá!

TÍO.—*(A Daniel.)* Ya lo ves: la del abrigo es la mamá.

MENÉNDEZ.—Y después de eso, no creo que ya le importe a usted mucho enterarse de que también son ladrones el mayordomo y los dos... «parientes pobres».

TÍO.—*(Aparte, a Castelar.)* Y me parece que, encima, hay chufra.

EULALIA.—*(A Adelcisa, llorando.)* ¡Ay, Adelcisa!! ¡Que resulta que son todos «chorizos»!

MENÉNDEZ.—¿Y usted, señora? *(A Germana.)* ¿Sabe usted que la voy a detener junto con este hombre *(Por Antón)*, por supuesto asesinato cometido hace seis meses en la persona del ama de llaves de la casa, doña Andrea Roldán?

GERMANA.—¿Yo? ¿Nosotros?

MENÉNDEZ.—¿Y sabe usted que va a aparecer también como instigadora del despojo llevado a cabo por su marido en la fortuna de esta señora *(Por Herminia)*, que les fue confiada a ustedes, al morir, por don Rodrigo Velasco?

HERMINIA y TERESA.—¿Eh?

GERMANA.—Yo no hice nada... Yo no cogí nada...

MENÉNDEZ.—¿Y sabe usted que la voy a acusar también de instigadora de este hombre *(Por Antón)*, en el robo cometido hoy en la caja fuerte donde se guardaban los restos de la fortuna en litigio, junto con el testamento del dicho don Rodrigo?

TERESA.—¿Qué dice?

HERMINIA.—¡No es posible!

GERMANA.—Yo no he sido... ¡Ha sido él! Ha sido él...

ANTÓN.—¡Ah! Me acusas... Lo que buscabas era que yo cargue con la culpa, ¿eh?

ADELCISA.—¿Lo ves, Antón?

ANTÓN.—Pues no es cierto. La caja estaba ya vacía.

MENÉNDEZ.—Vacía, ¿eh? *(A Díaz.)* ¿Y tú sabes que te voy a detener por amenazas de muerte e intento de «chantaje» contra don Felipe Arévalo y como presunto autor del robo de la caja? *(Al Pelirrojo.)* ¿Y que tú vas a ir codo con codo con él, como autor de un disparo hecho desde el jardín contra el señor Arévalo, y como presunto asesino de

doña Andrea?

DANIEL.—(*Al Pelirrojo.*) ¿Tú, Pedro?

CASTELAR.—(*Al Tío.*) ¡Mi madre! ¿Pero entre cuántos mataron a doña Andrea?

TÍO.—No sé. Lo que sé es que aquí todo el mundo es presunto. Y que Beringola va a dejar la casa vacía.

EULALIA.—¡Ay, Adelcisa!! ¡Con qué gentes estábamos viviendo!

MENÉNDEZ.—Bien. Estas eran las preguntas. Ahora vamos a las respuestas. ¡Adelcisa!

ADELICISA.—Señor Beringola...

MENÉNDEZ.—Trae los discos del aparato instalado en la carbonera y un gramófono.

ADELICISA.—Sí, señor. (*Se va por el segundo derecha.*)

TÍO.—(*A Castelar.*) ¿Qué ha dicho que traiga?

CASTELAR.—Los discos del aparato instalao en la carbonera y un gramófono. Y a mí no me preguntes na, porque esta noche la apunto yo pa que la escriba don Javier de Montepín. (*Por el primero derecha sale Laredo.*)

LAREDO.—El señor Arévalo no corre ningún peligro de muerte. Simplemente está dormido bajo los efectos de un narcótico.

MENÉNDEZ.—Sí. Fui yo mismo el que le echó láudano en su medicina, doctor. Porque desde el principio he visto que el primero que se opone a que todo se aclare es el señor Arévalo.

CASTELAR.—¡Compadre!

TÍO.—Beringola se pierde de vista...

MENÉNDEZ.—No tardaremos en recoger el fruto de su denuncia.

CASTELAR.—(*Al Tío.*) El de la denuncia fue él...

TÍO.—¡Qué demonio de señor Laredo! ¡Siempre me pareció el más farsante de todos!...

MENÉNDEZ.—Y ahora, un consejo leal a los diversos delincuentes aquí reunidos, tanto profesionales como «amateurs»...

TÍO.—(*Aparte, al Castelar.*) Hay chufra, hay chufra.

MENÉNDEZ.—El consejo es éste: siempre que se actúa en el interior de una casa, hay que tener cuidado con los micrófonos.

CASTELAR.—(*Al Tío.*) ¿Con los qué?

MENÉNDEZ.—(*A Eulalia.*) Joven, deje de llorar un momento y saque de debajo de ese diván (*El de la derecha*) el micrófono que instalé yo esta mañana. (*Eulalia saca de debajo del diván un micrófono con su cable.*)

EULALIA.—Sí, señor, Beringola. Tome usted. (*Se lo da.*)

MENÉNDEZ.—Perfectamente. Este micrófono hace tres horas que recoge todo lo que se habla en esta habitación y lo impresiona en discos... Supongo que no les molestará oír una emisión gratuita, que espero resuelva los asuntos pendientes... (*Por el segundo derecha, Adelcisa, con un gramófono maleta y unos discos.*)

ADELICISA.—Aquí lo tiene, señor Beringola.

MENÉNDEZ.—Prepárelo todo. ¡Ánimo! Aún confío en no tener que

mandar a su novio a la cárcel, suponiendo que, después de haberla atado y amordazado, le siga a usted interesando...

ADELCISA.—Sí, señor. A pesar de todo. (*Abre el gramófono y pone un disco en él.*)

MENÉNDEZ.—Queridos amigos: yo vine a la casa esta noche a las doce en punto. Media hora después entré aquí con Adelcisa para presentarme a los dueños, provocando con ello la fuga de los «parientes pobres». Luego me fui con el señor Arévalo a su cuarto y las restantes personas se fueron al salón, dejando esta habitación sola. ¿Qué ocurrió aquí desde ese momento, hasta la una y media de la noche, hora en que se paró el reloj y todo el mundo volvió a este vestíbulo a oír cantar a la señora de Laredo? Vamos a saberlo. Se trata de un verdadero espectáculo.

TÍO.—(*A Castelar.*) Este acaba cobrándonos la butaca.

ADELCISA.—Listo, señor Beringola.

MENÉNDEZ.—Bien, un poco de silencio... ¡Venga! (*Adelcisa echa a andar el gramófono y se oye el disco.*)

VOZ DE MENÉNDEZ.—Señor Arévalo: me llamo Menéndez.

MENÉNDEZ.—Este es el momento en que yo entré aquí con Adelcisa y me presenté a los dueños de la casa...

VOZ DE MENÉNDEZ.—Soy agente de policía.

VOZ HERMINIA, VOZ FELIPE, VOZ ADELCISA.—¿Eh?

MENÉNDEZ.—Y ahí es cuando echaron a correr escaleras arriba los «parientes pobres»...

VOZ MENÉNDEZ.—Vengo, señor Arévalo, a hacer ciertas investigaciones. Se trata de la muerte del ama de llaves, que...

VOZ FELIPE.—Comprendido. Pero, si a usted le parece, señor Menéndez, pasaremos usted y yo a mi cuarto y hablaremos allí a solas.

VOZ MENÉNDEZ.—Como usted guste.

VOZ FELIPE.—Pues vamos allá. Por aquí, señor Menéndez. Usted primero.

MENÉNDEZ.—Esto es cuando Arévalo y yo nos fuimos adentro. (*El primero derecha.*)

VOZ GERMANA.—Volvamos nosotros al salón, Herminia. No podemos abandonar a los invitados así...

VOZ HERMINIA.—Sí. Vamos. Anda, Juan. ¡Peter! Baja y apaga las luces.

MENÉNDEZ.—Y esto es cuando los demás se fueron al salón. Pero se quedó aquí el «Pelirrojo», que bajó a apagar las luces. Ahora hay que oír ruidos. (*Acercándose al gramófono.*) ¿Qué hizo el «Pelirrojo» al bajar aquí? Por los ruidos, señores, lo que hizo fue abrir la caja.

DANIEL.—¿Abrir la caja?

DÍAZ.—¿Cómo?

TÍO.—(*A Castelar.*) Pa que veas quién es el «Pelirrojo».

MENÉNDEZ.—(*Escuchando.*) Suenan papeles. Lo está cogiendo todo: el dinero y los documentos... ¡Ya lo ha cogido!

DÍAZ.—(*Abalanzándose al Pelirrojo.*) ¡¡Traidor!!

DANIEL.—¡Quieto!

TÍO.—¿Adónde va éste?

MENÉNDEZ.—¡Sujétenle y silencio! (*Entre Daniel y el Pelirrojo dominan a Díaz.*) ¡¡Silencio!! (*Escuchando.*) Ahora el «Pelirrojo» cierra la caja nuevamente y se le oye andar por aquí de un lado a otro... ¿Qué hace?

TÍO.—(*A Castelar.*) Podía preguntárselo a él.

VOZ DÍAZ.—¡¡«Pelirrojo»!! ¡«Pelirrojo»!...

MENÉNDEZ.—¡¡Hola!! Alguien, que acaba de entrar, llama al «Pelirrojo».

VOZ PELIRROJO.—¿De dónde sales tú?

VOZ DÍAZ.—Estoy escondido ahí arriba, en un ropero.

MENÉNDEZ.—(*A Díaz.*) El que entra eras tú, Díaz.

VOZ DÍAZ.—¿Lo tienes ya todo? ¿Has abierto ya la caja?

VOZ PELIRROJO.—No. Aún no he averiguado la combinación.

TÍO.—¡Qué trolero!

VOZ PELIRROJO.—Me llaman del salón, Díaz, Escóndete otra vez. Yo te avisaré cuando haya podido abrir la caja. Hasta ahora.

MENÉNDEZ.—El «Pelirrojo» se va y tú (*A Díaz*), al quedar solo, intentas abrir la caja. Se oye perfectamente el rodar del botón, pero no das con la combinación.

VOZ FELIPE.—¿Qué haces ahí?

MENÉNDEZ.—¡Ah! Te sorprende Arévalo, que salía solo de su cuarto.

VOZ FELIPE.—¿Qué buscas en esa caja?

VOZ DÍAZ.—De sobra lo sabes. Te resistes a dármelo, pero ese dinero es mío; tengo derecho a él...

VOZ FELIPE.—Si no te vas te denuncio, Díaz. Ahí dentro hay un policía. Lo diré todo. Diré que tú envenenaste a la Andrea...

MENÉNDEZ.—¡Hola!

VOZ FELIPE.—¡Que la envenenaste para que no le descubriese a Herminia la verdad de la herencia y ver si podías sacarme a mí ese dinero!...

VOZ DÍAZ.—¡Atrévete! Habla. Dilo. Y yo le diré a Herminia que su padre soy yo. (*Díaz, zafándose de Daniel y el Pelirrojo, da un salto y echa a correr hacia la izquierda, escapando al jardín al través del ventanal, que se hace añicos. Gran revuelo.*)

DANIEL.—¡Díaz es el padre!

PELIRROJO.—¡Cuidado!

DANIEL.—¿Eh?

MENÉNDEZ.—¡Que se va!

TÍO.—¡Que se escapa! (*Corren detrás el Tío, el Pelirrojo, Castelar, Antón y Laredo. El Tío hace girar la llave en la puerta.*)

MENÉNDEZ.—¡Tíradle! ¡Tírale, «Pelirrojo»!

TERESA.—(*Yendo hacia el Pelirrojo.*) ¡No, por Dios! (*El Pelirrojo dispara hacia el jardín, al través del ventanal roto.*) ¡No tire!

PELIRROJO.—Ya es tarde. Ha caído.

TERESA.—¡Virgen Santa!

ADELCISA.—¡Jesús!

EULALIA.—¡Señora! (*Hacen mutis por la izquierda, cuya puerta ha abierto el Tío, Castelar, Menéndez, Antón, Adalcisa y Eulalia. El Tío y Castelar quedan en escena, junto a la puerta.*)

HERMINIA.—(*Iniciando el mutis izquierda.*) ¡Dios mío!

TÍO.—(*Sujetándola.*) No salga usted.

DANIEL.—(*Alcanzándola.*) No salgas, Herminia.

HERMINIA.—Es un infame, Juan; pero soy su hija... ¿Comprendes por qué no quería que me hablastes de tu pasado? Por no hablarte yo del de él...

DANIEL.—Ya te haré olvidar su pasado y el mío.

TÍO.—(*Al Castelar.*) La verdad es que el sino de esta chica era andar entre mangantes...

CASTELAR.—Y eso que nosotros no hemos venido aquí hasta hoy... (*Entra Menéndez por la izquierda.*)

TÍO.—¿Qué?

CASTELAR.—¿Qué?

HERMINIA.—¿Qué, señor Beringola?

MENÉNDEZ.—(*Al teléfono.*) ¡Oiga! Póngame con la Brigada de Investigación.

PELIRROJO.—(*Que ha sacado unos sobres del reloj de pared. A Herminia.*) Aquí tiene usted su dinero y los documentos, señora...

HERMINIA.—Peter... ¿Lo escondiste en el reloj para dármelo?

MENÉNDEZ.—¡Ah, vamos! Por eso el reloj se ha quedado en la media.

TÍO.—Y por eso nosotros nos quedamos sin los cuartos.

HERMINIA.—(*Dejando escapar un grito de asombro.*) Pero aquí no está el dinero, Peter.

DANIEL.—¿Eh?

MENÉNDEZ.—¿Cómo?

PELIRROJO.—¿Que no está el dinero? Eso es cosa de éstos, que...

CASTELAR.—¡Calma! ¡Calma! (*Sacando unos fajos del bolsillo.*) Que lo tengo yo, que lo tengo yo... Cuéntelo y verá cómo está ahí todo... (*Se lo da a Herminia. Todos le rodean.*)

MENÉNDEZ.—(*A Pelirrojo.*) ¿A ver qué pistola usas, «Pelirrojo»? (*Examinando la pistola que le da el Pelirrojo.*) Una «Astra» del nueve corto... ¿Entonces es verdad que el tiro del jardín se le escapó a Díaz sin querer? (*Al teléfono.*) Buenas noches, señor comisario. Aquí, Beringola. El asesino de doña Andrea está liquidado.

HERMINIA.—¡Dios mío!

DANIEL.—Herminia... (*Se retiran a la derecha.*)

MENÉNDEZ.—Sí, señor. ¿Qué hora es ahora? (*Buscándose el reloj en el bolsillo.*) ¿Dónde tengo yo mi reloj?

CASTELAR.—Tómelo usted... (*Se echa mano al bolsillo.*) ¡Mi madre! Si no lo tengo yo tampoco...

TÍO.—(*Sacando un reloj del bolsillo y dándoselo a Menéndez.*) Lo tengo yo. (*Al Castelar.*) Te lo he cogido para que no se te perdiese.

MENÉNDEZ.—(*Después de mirar al Tío y a Castelar, al teléfono.*) En este asunto no hay más delincuente que Díaz. Sí. Los demás son

ladrones, pero...

tío.—(*Inclinándose sobre el teléfono*). Pero somos gente honrada, señor comisario... (*Le quita disimuladamente el reloj a Menéndez y se lo pasa al Castelar.*)

TELÓN

¹ El compromiso de referencia, establecido con Tirso en el verano anterior, determinaba que había de entregarle dos comedias como mínimo por temporada en las tres comprendidas en las fechas de 1940-41, 1941-42 y 1942-43. Con el tiempo, las seis comedias habían de ser, además de "El amor sólo dura 2.000 metros", "Los ladrones somos gente honrada" en el periodo de 1940-41, "Madre (el drama padre)" y "Es peligroso asomarse al exterior" en el de 1941-42; y "Los habitantes de la casa deshabitada" y "Blanca por fuera y Rosa por dentro", para el de 1942-43. Todas estas comedias que siguieron a "El amor sólo dura 2.000 metros", se hicieron más que centenarias, y algunas de ellas más que bicentenarias; pero el principio del ciclo, con "El amor", no podía decirse que fuera demasiado afortunado.

² Y no me sindicué, efectivamente, en los tres meses de estancia soportados en la zona roja, sin que ello me ocasionara ningún conflicto demasiado grave. («Advertencia dedicada a los millares de «carotas» que se sindicaron por simpatía hacia el marxismo o porque creían que los «rojos» iban a ganar la guerra, y que llegada la Liberación, declararon: «No tuve más remedio que sindicarme para salvar la vida, ¿sabe usted?»)

³ Sin ir más lejos, el asunto de mi amistad con falangistas. Pues, efectivamente, la tenía, y bien asidua en algunos casos, con Sánchez Mazas, Ros, Alfaro, Catalán, Murlane, Gistau, Sarrión, Julio Fuertes, los Sáenz de Heredia y muchos más. Pero tampoco había mentido al decir que también tenía amistades en otros sectores políticos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, pasando por el anarquismo, en virtud de la variedad de mi trabajo y de los infinitos medios en que éste se había desenvuelto. Tal vez esta circunstancia, o la extraña y fría tranquilidad —venida a mí no sé desde dónde— con que procedí todo el tiempo de mi estancia en Medinaceli, me libró de angustiosos interrogatorios, tan padecidos entonces en las «checas», y me sacó sin más tropiezos del lance.

⁴ Tan habituado estoy ya —según he referido en algunos de estos «Prólogos»— a que las comedias destinadas a ser un éxito no les gusten previamente a los actores, que prefiero que mis lecturas le parezcan mal a la compañía, y siempre que una obra es celebrada en la lectura, me asalta un temor de fracaso que ya no puedo desechar de mí hasta la una y media de la madrugada del día del estreno.

⁵ En «Una noche de primavera sin sueño» el «clímax» es la pistola que se le dispara dentro a «Gerardo», cuando todo el mundo cree que el arma está estropeada. En «Margarita, Armando y su padre», el «clímax» es la última salida de Pamplinas, descubriendo que es a su novia a la que está enamorando «Antoñito». «El cadáver del señor García» carece de «clímax», porque materialmente no se lo hallé al escribirla, y fracasó ruidosamente. El «clímax» de «Angelina» son las apariciones de los espectros y el falso suicidio de «Germán». En «El adulterio decente» el «clímax» casi no existía, porque tampoco hallé uno bueno, y siempre se resintió la comedia y nunca gustó en la medida de las otras. En «Las cinco advertencias de Satanás» el «clímax» es el momento en que «Coral» se entera de que «Félix» es su padre. En «Cuatro corazones con freno y marcha atrás», el «clímax» es la escena en que «Valentina» declara que va a ser madre. «Carlo Monte en Monte Carlo» tiene un «clímax» musical: el concertante final. En «Un marido de ida y vuelta» el «clímax» es la salida de «Leticia», ya espectro, para llevarse a «Pepe»; es el «clímax» más efectista, más espiritual y más poético de todas mis comedias, y no tiene par ni en el Teatro español ni en el extranjero. En «Eloísa está debajo de un almendro» es el «clímax» la aparición de la falsa «Eloísa» en lo alto de la escalera y la entrada final de «Fermín» anunciando la trapatiesta entre los perros y los gatos. «El amor sólo dura 2.000 metros» tenía un «clímax» trágico; la muerte del niño,

que, como queda dicho, repugna a la gente y que hundía la comedia en vez de levantarla. Para «Los ladrones somos gente honrada» hallé, al fin, un «clímax» decisivo, como se verá más adelante. En «Madre (el drama padre)» el «clímax» era la carta escrita por «Espinosa». «Es peligroso asomarse al exterior» también careció de «clímax» hasta el estreno, y sólo después del estreno dio con él el actor Gutiérrez; esa vez el «clímax» se reducía a un gesto del criado «Hermenegildo», pero tenía una fuerza avasalladora. Si lo hubiera hallado antes, en el ensayo general, por ejemplo, la comedia hubiera acabado tan triunfalmente como sus hermanas. También el «clímax» de «Los habitantes de la casa deshabitada» resultó de un efecto fulminante: era la última salida de «Rodrigo», cuando aparece por el sótano diciendo: «Ya está. ¡Ya los he soltao!». Y en lo que se refiere a «Blanca por fuera y Rosa por dentro», el «clímax» —ingeniosísimo— está constituido por la reproducción de la catástrofe ferroviaria en el salón de casa de Barrantes.